



PROYECTO

AMANDA



*desde ninguna
parte*

AMANDA VALENTINO
Y PETER SILSBEE

Sweet Obsession



Agradecimientos



Transcripción:

Angie J. Menkaure Minerva
 Darkiel Monzze
Denissa Levou Susana
 FanyLove Upsybetzy
 Lili28 Valeria
Lilith Odonell Virgie88
 Lornian Yurani
Mary Ann♥

Corrección:

Anna
Lornian
LucyLightwood
Scath

Revisión y Recopilación:

Cintia
Coni
KumikoBuzo
Lornian
Valeria

Diseño:

Vannia



Índice



| | |
|------------------------------------|-----|
| Sinopsis | 004 |
| Prólogo | 005 |
| Capítulo 1 | 006 |
| Capítulo 2 | 017 |
| Capítulo 3 | 021 |
| Capítulo 4 | 026 |
| Capítulo 5 | 038 |
| Capítulo 6 | 044 |
| Capítulo 7 | 053 |
| Capítulo 8 | 065 |
| Capítulo 9 | 071 |
| Capítulo 10 | 076 |
| Capítulo 11 | 086 |
| Capítulo 12 | 097 |
| Capítulo 13 | 111 |
| Capítulo 14 | 125 |
| Capítulo 15 | 132 |
| Capítulo 16 | 146 |
| Capítulo 17 | 153 |
| Capítulo 18 | 162 |
| Capítulo 19 | 166 |
| Capítulo 20 | 168 |
| Capítulo 21 | 173 |
| Capítulo 22 | 177 |
| Capítulo 23 | 184 |
| Sobre la Autora... Melissa Kantor. | 196 |

Sinopsis



Como lo prometido es deuda, aquí va mi testimonio.
Callie, Nia y yo (Hal para los que no me conozcáis) seguimos buscando a Amanda, una «amiga» que puso nuestras vidas patas arriba y luego desapareció.

¿Dónde está?

No tenemos ni idea, pero estamos seguros de que su vida corre peligro. Aunque las pistas se nos amontonan, algunas no son nada claras y muchas otras conducen a un callejón sin salida.

Prólogo



Transcrito por Darkiel

Corregido por Coni

Amanda me lanzó una mirada intensa, penetrante.
—Porque yo sí que confío en ti, Hal.
Se quedó callada, con sus ojos clavados en mí, como si nada. Y entonces, justo cuando yo estaba a punto de apartar la mirada, me cogió la mano y la estrechó suavemente entre las suyas.

—Confío plenamente en ti, Hal.

—Pues... gracias —respondí—. Me alegra que confíes en mí, Valentino, pero ¿no te parece que deberías ponerme a prueba para saber si soy digno de tu confianza? —añadí medio en broma.

Amanda se quitó las gafas, apoyó la cabeza en el asiento y esbozó una sonrisa que, con el tiempo, he llegado a comparar con la de la Mona Lisa.

—Lo haré, Hal Bennet. Ten por seguro que lo haré.

Capítulo 1



Transcrito por Monzze

Corregido por Coni

El lunes por la mañana, el despacho del subdirector Thornhill no parecía la escena de un crimen. Pero claro, desde mi posición solo podía ver la puerta, sentado como estaba en el pasillo, a la espera de ser interrogado por la policía. Quién sabe, tal vez el interior estuviera lleno de sangre y cristales rotos, con una de esas siluetas dibujadas con tiza marcando el lugar donde cayó el cuerpo. Habían agredido a Thornhill entre las 18:00 del viernes (hora a la que se marchó la señora Leong, su secretaria y la última persona que había hablado con él) y las 7:00 del sábado. Fue entonces cuando el señor Richards entró en su despacho para preguntarle algo sobre los uniformes del equipo de fútbol y se lo encontró inconsciente en medio de un charco de sangre y con una brecha en la cabeza.

La imagen del subdirector desangrándose en el suelo me revolvió el estómago, así que intenté no pensar en los horrores que podría esconder aquella puerta. Recorrí el pasillo con la mirada y me topé con mi cartel de *Como gustéis*. Me lo había encargado el profe de dibujo, pero perdí todo mi interés por él cuando lo acabé. No me gusta revisar mis trabajos. Por muy satisfecho que te sientas con tu creación, en cuanto la terminas, empiezas a sacarle defectos por todas partes.

Viendo el cartel, recordé el día en que Amanda me soltó que no iba a actuar en la representación. Pensaba decirle a la señora Garner, la directora de la obra, que lo sentía mucho, pero que no tenía tiempo para hacer el papel de Rosalind.

No lo entiendo. ¿Por qué hiciste la prueba sino querías el papel? —le pregunté, jadeante, mientras me agachaba apoyando las manos en las rodillas. Sí, una pose de lo más masculina, lo sé.

Era temprano, el cielo apenas empezaba a teñirse de color, y había salido a correr para disfrutar de la soledad del invierno. Justo cuando tomaba la curva

hacia la colina de Crab Apple, me encontré con Amanda. En los meses que llevábamos siendo amigos, me había acostumbrado a que apareciera de la nada en los lugares más inesperados, así que ya no me sorprendía cruzarme con ella de golpe (a veces literalmente) un día como aquel: al amanecer y en mitad del bosque.

Amanda estaba apoyada en un árbol. Llevaba un vestido de color verde pálido y (juro que no miento) una corona de margaritas en pleno febrero, cuando se acercó y me puso otra exactamente igual en la cabeza.

—Toma, podemos hacer que son de laurel —dijo, y se mordió el labio inferior, quedándose callada unos segundos sin dejar de mirarme—. Aunque tal vez las margaritas sean más apropiadas, teniendo en cuenta que eres un artista y no un poeta.

—O teniendo en cuenta que no soy ninguna de las dos —la corregí.

Amanda no paraba de repetir que yo era un artista. ¡Un gran artista! De hecho, apostaría a que me había inscrito en aquel concurso nacional de dibujo, solo para confirmar su teoría de que tengo talento.

—Si escuchas una voz en tu interior que te dice que no sabes pintar, nunca dejes de hacerlo: pinta una y otra vez sin parar, y la voz terminará callándose.

Era imposible no sonreír ante tal muestra de confianza, pero como solíamos tomarnos el pelo todo el rato, no le di demasiada importancia a sus comentarios.

—No intentes impresionarme con tus citas, Amanda Valentino.

—No intentes convencerme con tus inseguridades, Hal Bennett.

—*Touché.*

—*Au contraire. Coulé.*

Hice un gesto de resignación porque mis conocimientos de francés no iban más allá de *touché* (más tarde descubrí que *coulé* significaba 'hundido'). Amanda sonrió y le salieron unas arruguitas en las comisuras de los ojos, enormes y de un tono gris verdoso.

—Parece que te has escapado de una leyenda griega —le dije, y no me refería solo a su vestido, sino también a la corona de margaritas, a las sandalias que calzaba e incluso al árbol en el que estaba apoyada.

—Me encantan los dioses griegos, ¿a ti no?

—Pues...

No es que me gusten o me dejaran de gustar, la cosa está en que nunca me había parado a pensar demasiado en los dioses griegos. Zeus, Poseidón... Todos tenían su punto, pero de ahí a que me entusiasmaran...

Amanda balanceaba los brazos mientras caminábamos, y seguía hablando.

—Son tan humanos... Sus ataques de celos, sus intentos desesperados por ocultar su verdadera naturaleza... —se detuvo y puso las manos a ambos lados de la cara—. Ahora los ves —dijo, y se tapó los ojos con sus dedos largos y estrechos— y ahora no los ves.

—Más te vale perfeccionar ese truco de la desaparición antes de decirle a la señora Garner que no vas a interpretar a Rosalind. Se pondrá furiosa cuando se entere.

Echamos a andar otra vez. El crujido de las hojas secas bajo nuestros pies era lo único que rompía el silencio de aquella mañana.

Amanda inspiró el aire frío y contuvo la respiración unos instantes, al tiempo que un escalofrío le recorría el cuerpo.

—¿No crees que ese es precisamente el problema de todas las señoras Garner que hay en el mundo? Siempre están buscando una excusa para perder los papeles.

No podía estar más de acuerdo. Casi no conocía a la señora Garner, pero cuando hablé con ella sobre los bocetos preliminares del cartel de *Como gustéis*, no pude evitar sentir repelús por la forma en la que me agarraba el brazo o me daba las gracias una y otra vez como si le hubiera donado un riñón. «Hal Bennett», me dijo con los ojos desorbitados, «nos has salvado la vida». Sin darme cuenta, empecé a consolarla con palmaditas amistosas en el hombro, como si le hubiera dado una mala noticia en lugar de unos dibujos...

La señora Garner siempre había mostrado ese carácter tan peculiar desde que Amanda se presentó a la audición de la obra. Había causado verdadera sensación al arrebatarle el papel protagonista a Heidi Bragg (la reina de las Chicas I de nuestro instituto, el Endeavor High), que parecía tenerlo asegurado.

Me detuve y miré a Amanda fijamente a los ojos.

—¿Por qué has cambiado de idea? ¿Por qué ya no quieres actuar?

La verdad es que me daba igual que Amanda participase o no en la obra. Lo que sí me preocupaba era esa sensación, que ya entonces tenía, de que Amanda se iría de Orion, y de mi vida. El papel de Rosalind era como la garantía de que se quedaría en Endeavor por lo menos hasta la noche del estreno. El hecho de que renunciase incluso antes de empezar los ensayos, me hizo temer que la obra no era lo único que dejaría atrás muy pronto: nuestra amistad tenía fecha de caducidad.

—¿Que por qué ya no quiero actuar? —repitió, y levantó la barbilla para mirarme a los ojos—. Sencillamente, me he dado cuenta de que ese no es mi escenario, Hal.

—¿Y cuál es tu escenario?

Mi intención era preguntárselo de una forma desenfadada e incluso divertida, pero nunca antes le había hablado tan en serio. Amanda me sostuvo la mirada.

—La vida —respondió, retrocediendo unos pasos—. ¡El mundo es un escenario, Hal!

Entonces se arremangó la larguísima falda de su vestido y se marchó corriendo, cuan ninfa del bosque.

—¡Te echo una carrera! —exclamó, volviendo ligeramente la cabeza.

Y aunque una vez fui el velocista estrella del equipo de atletismo de Endeavor, Amanda me sacó tanta ventaja en la salida que ni siquiera intenté alcanzarla.

Meneé la cabeza para apartar a Amanda de mis pensamientos. Necesitaba centrarme. La policía estaba a punto de interrogarme, y teniendo en cuenta que mis actividades extraescolares de las últimas

dos semanas eran más que cuestionables, más me valía saber qué contestar.

Estaba de los nervios, y no precisamente porque me hubieran convocado sin ningún motivo. Todo lo contrario: ¡había montones de ellos! Por ejemplo, una semana antes de que agredieran al subdirector, Callie Leary, Nia Rivera y yo nos colamos en su despacho para averiguar, entre otras cosas, por qué pensaba que fue Amanda la que le pintó el coche y la que nos convenció para hacerlo. Por no hablar de la vez que, después de enterarnos del incidente, forzamos el coche de Thornhill para recuperar la nota que le había dejado Amanda. A Callie y a mí nos pareció verla cuando limpiamos el vehículo y, efectivamente, allí estaba.

Por primera vez en mi vida, comprendí que lo que en un momento dado puede parecer una gran idea, en realidad nunca deja de ser una auténtica locura. Lo que hace un par de días resultaba lógico e incluso necesario, ahora que iba a ser interrogado por las fuerzas de la ley me parecía una completa estupidez.

Eso sí, el hecho de que solo me hubieran llamado a mí me confirmó que la policía de Orion no estaba al tanto de las actividades ilegales que las chicas y yo nos traíamos entre manos. Pero entonces se abrió la puerta de entrada a dirección, y apareció Callie. Mi corazón dio un vuelco. Su llegada era claramente una mala señal. ¿Habríamos dejado huellas en el coche o algún rastro en el despacho de Thornhill?

Seguro, y por todas partes además.

A pesar de todo, me alegré mucho de verla. Callie me dirigió una sonrisa y vino a sentarse a mi lado. Cuando se apartó la melena pelirroja de la cara, me di cuenta de que volvía a tenerla rizada como el verano en el que nos hicimos amigos, antes de comenzar la secundaria. Solíamos salir juntos a pescar, escalar y descubrir cuevas ocultas en el bosque. Todo aquello ocurrió antes de que se convirtiera en una Chica I, ese aquelarre de niñas lideradas por Heidi Bragg que llevaban las riendas de nuestro curso. Me pregunté si su ruptura con Heidi y compañía tendría algo que ver con que dejara de alisarse el pelo, o era simplemente un cambio temporal. En cualquiera de los casos, estaba mucho más guapa así.

—Hola —le dije en cuanto tomó asiento.

—Hola —contestó Callie, dejando la mochila en el suelo.

Aunque la señora Leong no estaba en su escritorio para lanzarnos esa mirada asesina que tanto la caracterizaba, empezamos a hablar entre susurros.

—Esto es una mala señal, ¿verdad? —preguntó Callie.

—¿Que nos cite la policía después de que hayamos cometido unos cuantos allanamientos? ¿A eso te refieres?

Solo por si acaso, me agaché y fingí atarme las zapatillas. La otra secretaria estaba sentada al fondo de la zona de dirección, y había que disimular.

—Venga, Callie —susurré mientras me desataba los cordones para volver a anudarlos de nuevo—, somos unos genios del crimen. Ni siquiera saben que éramos tres.

—Eh... Bueno, respecto a eso...

Como Callie no terminó la frase, me enderecé y la miré. Ella me hizo un gesto hacia la entrada de la oficina, y cuando seguí su mirada me encontré con el rostro de Nia, al otro lado del ventanuco de la puerta. Al vernos, se le pusieron los ojos como platos, pero se acercó hasta nosotros sin decir nada.

Si Callie estaba guapísima, Nia parecía... una *top model* a la última. Llevaba una chaqueta negra, corta y ceñida, y un pantalón pirata espectacular. Los tacones de sus zapatos de hombre resonaban sobre el suelo de linóleo mientras caminaba. Unas gafas al estilo de los años 50 cubrían sus ojos marrones. Como ya he dicho, normalmente no me fijo demasiado en cómo visten las chicas, pero en los últimos meses, Nia había pasado de llevar pantalones anchos y caídos a ser la reina de la moda.

Era imposible no darse cuenta.

Nia se sentó al lado de Callie, cruzó las piernas e hizo el gesto de dar una calada a un cigarro invisible. Después, con toda la tranquilidad del mundo, comentó:

—Vaya, ¿cómo vosotros por aquí?

Al otro lado de la estancia, la secretaria se levantó y desapareció en un cuartito que había junto a su escritorio. Un segundo después, escuchamos el sonido de un fax.

—¿Así que esta es la parte en la que nos ponemos de acuerdo sobre lo que vamos a decir? —preguntó Callie.

—¿Lo que vamos a decir sobre qué? —dijo Nia arqueando una ceja—. ¿Sobre por qué entramos en el coche de Thornhill o cómo conseguimos la llave de su despacho?

Me había olvidado por completo de la llave.

—Más bien sobre qué estabas haciendo el viernes entre las 18:00 y las 19:00 de la tarde —contestó Callie, sin dejarse amilanar.

—Supongo que decir que estábamos buscando a Amanda Valentino no será la mejor forma de probar nuestra inocencia —respondió Nia.

—O descartar que nos hayamos vuelto locos —añadí.

Recordé cómo habíamos recorrido Orion de punta a punta sin encontrar nada, salvo una serie de pistas con un mensaje de lo más simple: «Seguid buscando».

Y no éramos los únicos que buscábamos a Amanda, eso estaba claro.

En ese momento se abrió una puerta y los tres giramos la cabeza a la vez hacia la derecha para ver aparecer a la señora Leong. Pero esta no salió del despacho de Thornhill, sino de la sala de al lado. Siempre pensé que se trataba del cuarto de limpieza, pero se ve que no era así. Estiré el cuello y pude distinguir una mesa y un par de sillas. Me estaba preguntando si aquel cuartito tendría otra puerta que conectara con el despacho de Thornhill, cuando, sin saber cómo ni por qué, tuve un presentimiento: tenía que entrar en el despacho de Thornhill sí o sí.

A veces tengo esa clase de corazonadas, una especie de sexto sentido. Y hasta ahora nunca me ha fallado. Así me di cuenta de que el grafiti de Amanda en el coche era un mensaje y no un simple dibujo, y también supe que no fue un padre cabreado el que agredió a nuestro subdirector, algo que estaba claramente relacionado con la desaparición de nuestra amiga.

No es que tenga poderes psíquicos, pero...

La señora Leong salió al pasillo y pasó a nuestro lado con el rostro bañado en lágrimas.

¿Debería decirles a las chicas lo que pensaba? ¿Pedirles ayuda? Igual era mejor que no lo supieran. Justo cuando decidí esperar a que

interrogaran a una de ellas para colarme en el despacho de Thornhill sin involucrarlas en el asunto, la secretaria que había mandado el fax salió del cuartito y se sentó en la mesa junto al despacho de Thornhill.

El plan A, descartado.

Entonces empezó a sonar un teléfono y, cuando la secretaria fue a cogerlo, me giré hacia las chicas y les dije en voz baja y apremiante:

—Tal vez os parezca una locura, pero tengo que entrar en el despacho.

Nia levantó las cejas.

—Esto me suena. Creo que estoy teniendo un *déjà vu*.

—Hal... —dijo Callie, claramente preocupado—, ¿no crees que...?

Volví la vista hacia la sala que siempre creí que era el cuarto de limpieza. El pomo empezó a girar: alguien estaba a punto de abrir la puerta desde dentro. Se me acababa el tiempo.

—No puedo explicarlo —añadí rápidamente—. Necesito unos minutos unos minutos a solas ahí dentro, ¿vale? Distraedlos de alguna for...

La puerta se abrió, y alguien dijo mi nombre.

—¿Henry Bennett?

El poli parecía recién salido de un casting para el episodio de *CSI: Orion*. Era un tipo enorme, de unos dos metros por lo menos. Llevaba el uniforme impoluto y bien planchado, y el pelo rapado como si estuviera a punto de embarcarse con los marine rumbo a un destino desconocido.

Tenía una pistola enfundada en la cintura.

—Hal... —repitió Callie, casi suplicándome.

—Sé lo que hago —murmuré, sin mover los labios.

Me levanté y me eché la mochila al hombro, preguntándome si alguna vez había soltado una mentira tan grande como aquella. Ya fue bastante aterrador entrar en el despacho de Thornhill mientras este vigilaba a los castigados en la biblioteca, en la otra punta del instituto. ¿De verdad pesaba hacer lo mismo con un agente de la ley (y, para ser exactos, un agente cuyos bíceps estaban a punto de romper las costuras de su uniforme) al otro lado de la puerta?

Pasé frente al policía y me senté donde me indicó. Tenía la boca seca. La habitación no tenía ventanas y era poco más que un trastero: había una mesa cuadrada con cuatro sillas a su alrededor, que ocupaban casi todo el espacio. Pero ni las dimensiones liliputienses ni el olor a café rancio que flotaba en el ambiente me preocupaban en absoluto. Lo único que me traía de cabeza era la puerta que quedaba a mi espalda.

Una puerta que solo podía conducir a un lugar: el despacho del subdirector.

—Muy bien, así que eres Henry Bennett.

—Hal —le corregí—. Nadie me llama Henry.

En realidad, mis padres me llamaban así cuando me metía en algún lío, así que lo que dije no era del todo cierto. Pero tenía la impresión de que aquella no sería la última verdad a medias que diría al agente Nick Marsiano (según ponía en la inscripción de su placa).

—Hal —repitió, aunque estaba claro lo poco que le importaba cuál fuera mi nombre.

Se recostó en la silla, cruzó los brazos y se puso a mirar al techo, como si estuviera leyendo un guion escrito en el fluorescente que zumbaba por encima de nuestras cabezas.

—Muy bien, Hal —hablaba con voz tranquila, casi amistosa—, ¿por qué crees que os he hecho llamar, a ti y a tus amigas?

—Hummm... ¿Por qué se siente solo? —fue mi respuesta.

En menos de un segundo, el amistoso policía que miraba distraídamente al techo se convirtió en una versión más temible del agente Marsiano, apuntándome con un dedo acusador en toda la cara.

—No te hagas el listo conmigo, Hal Bennett. El viernes pasado, un hombre estuvo a punto de ser asesinado en esa habitación —señaló la puerta que estaba a mi espalda—. Alguien destrozó las cámaras de seguridad, irrumpió el edificio y atacó al subdirector del instituto. Así que quiero que me cuentes lo que sabes.

—Pero, agente, ¿por qué tendría que saber yo algo sobre el ataque al señor Thornhill? —pregunté.

Y era cierto. Sí, puede que supiera algunas cosas sobre Thornhill que no tendría por qué saber. Y sí, sin duda había hecho cosas que no

debería haber hecho... Pero no tenía ni idea de quien le había atacado ni por qué.

—Claro, claro, Hal Bennett. ¿Por qué las tres personas que crearon el... —consultó el nombre en un papel que tenía delante— «Proyecto Amanda» deberían saber algo sobre la misteriosa agresión a Roger Thornhill?

Me sorprendió tanto su insinuación que fui incapaz de reaccionar.

—¿Qué?

Pensé que me preguntaría por el asalto al coche de Thornhill o incluso por la grabación de vigilancia que sacamos de su ordenador (¿lo habría averiguado la policía forense al revisar su ordenador?, y, lo que era más importante aún, ¿podían hacer eso los agentes forenses del departamento de policía de Orion?), pero ¿qué tenía que ver nuestra web con que alguien atacara al subdirector?

El oficial Marsiano estaba disfrutando con mi desconcierto. La expresión de su cara lo decía todo.

—Parece que ya nos vamos entendiendo, ¿eh? —su voz sonaba amenazante y dulce a la vez, como un filo de una navaja untada en miel—. Sí, Hal —dijo, pronunciando mi nombre de tal forma que se me erizó el cabello y deseé que volviera a llamarme Henry—, tus amigas y tú os creéis muy listos, ¿verdad? Pensasteis que...

Y entonces se oyó un grito agudo e histérico al otro lado de la puerta: procedía de la zona de dirección.

—¡No lo soporto más!

Reconocí la voz de Callie de inmediato. Por un instante, quise mandar a paseo al agente Marciano y correr a consolarla, pero justo cuando todos mis músculos de mis piernas empezaban a tensarse, me di cuenta de lo que ocurría.

Callie estaba poniendo en marcha mi estrategia.

—¡Tranquilízate! No va a pasar nada —aunque la estaba animando, la voz de Nia sonaba casi tan histérica como la de Callie—. ¡Callie, basta!

—¡Chicas, chicas! —no paraba de exclamar la secretaria.



En un abrir y cerrar de ojos, el agente Marsiano se puso de pie y cruzó la estancia en dos zancadas.

—¿Se puede saber qué está pasando aquí, señoritas? —preguntó al tiempo que salía dando un portazo.

El principio de la explicación de Nia («Callie está fuera de...») fue lo único que me dio tiempo a oír antes de salir disparado por la puerta.

Solo que por una completamente diferente.

Capítulo 2



Transcrito por Minerva

Corregido por Coni

El despacho de Thornhill estaba a oscuras, pero la luz que entraba por el ventanal me permitía ver más que suficiente. Al contrario que mis fantasías inspiradas en CSI, la habitación estaba prácticamente igual que la última vez que entramos, hace poco más de una semana. No había cristales rotos ni sillas volcadas. El único indicio del crimen era una mancha oscura sobre la moqueta, frente al escritorio, que bien podría pasar por café derramado en vez de sangre (aunque en ese caso me extrañaría mucho que la policía hubiera puesto una cinta amarilla con las palabras ESCENA DEL CRIMEN: NO PASAR junto a un manchurrón de café).

La urgencia que sentía por entrar en el despacho aumentó cuando crucé el umbral, pero después de echar un vistazo a mí alrededor, empecé a pensar que estaba perdiendo la cabeza. ¿Qué esperaba encontrar? Seguro que la policía se había pasado todo el fin de semana registrando la habitación. Si hubiera alguna pista, sin duda ya la habrían encontrado.

El escritorio seguía igual de ordenado que el día que nos preguntó por la pintada del coche y la desaparición de Amanda. Encima solo había una carpeta, un teléfono, un portátil y un cuaderno con el nombre del instituto impreso en el encabezado. Pasé las hojas, pero todas estaban en blanco. Cuando vi el viejo ordenador de mesa, observé que en la papelera de al lado había una taza de café vacía y una cuchara de plástico. ¿Las habría dejado el criminal? ¿Thornhill quizás? ¿Los policías que habían registrado el despacho? Igual debería llevármelas, seguro que tenían muestras de ADN.

¡Qué gran idea, Hal! Puedes utilizar tu kit de extracción de ADN para separar el material genético del plástico y después analizar los resultados en el ordenador del laboratorio forense.

Está bien, está bien, lo del ADN era un poco ridículo. De repente escuché un grito, y el ruido de un objeto (¿un móvil tal vez?) estrellándose en el suelo de linóleo.

—¿Y si esa persona vuelve? ¿Y si somos su próximo objetivo?

A pesar del miedo, no pude evitar sonreír al pensar que Callie me estaba salvando el pellejo con su estupenda actuación. Puede que Amanda consiguiera el papel de Rosalin en *Como gustéis* y que se lo terminara quedando Heidi cuando esta lo rechazó, pero no había duda de que Callie tenía madera de actriz.

Pero por mucho talento que tuviera, ¿cuánto tiempo más podría aguantar distrayendo al agente Marsiano? Tarde o temprano (y probablemente más temprano que tarde), el poli la calmaría o la enviaría a casa.

Llevaba ya casi un minuto en el despacho de Thornhill y aún no había descubierto nada. Mientras recorría el escritorio con la mirada por segunda vez, reparé en la diminuta lucecita del portátil.

¡Un momento! ¿Desde cuándo Thornhill tenía portátil? Endeavor no estaba a la última tecnología, precisamente. Hace poco, mi hermana Cornelia, que es un genio de la informática, se puso enferma de faringitis y mi madre llamó a su profe de Historia para ver si podía escanearle los deberes y enviárselos por e-mail durante su ausencia. Su respuesta fue, y cito textualmente: «Los ordenadores no están pensados para eso, señora Bennett».

No hay nada mejor en esta vida que una institución que se aferre con fuerza al siglo XX.

Disimuladamente, como si alguien me estuviera observando, rodeé el escritorio y abrí el portátil de Thornhill, sin antes cubrirme los dedos con la manga de rugby. Puede que yo no conociera el procedimiento para encontrar huellas dactilares, pero el departamento de policía de Orion, seguro que sí.

La pantalla se encendió de inmediato y un documento apareció ante mis ojos. No era más que una nota para los profesores sobre el nuevo sistema de pedido de material para el siguiente curso escolar. «Estará disponible a partir del mes de abril y se puede solicitar rellenando un impreso que les entregará la señora Leong en la secretaría o...»

¿Pero qué diablos estaba haciendo? El agente Marsiano podría irrumpir en el despacho en cualquier momento, pistola en mano, y yo andaba perdiendo el tiempo con una circular sobre material de clase.

Como tenía el dedo cubierto por la camiseta, no podía subir el cursor hasta la barra de tareas, así que usé la parte lateral del meñique para llegar hasta la barra de tareas y hacer clic varias veces para entrar en MIS DOCUMENTOS. ¿La parte lateral de los dedos deja huella? Sin duda. Revisé a toda velocidad la lista de archivos que Thornhill había abierto recientemente. *Cambios en la normativa de teléfonos móviles; Carta del rector Dr. Thomas; Calendario de reuniones para el mes de marzo; Reparto de «Mucho ruido y pocas nueces»; Actividades extraescolares de primavera (lista provisional); Actividades deportivas de primavera (lista definitiva).*

Como esperaba, no había nada en el plan *Posibles agresores de Thornhill (lista definitiva)*. Tirándome de los pelos, leí los títulos una vez más, aun sabiendo que era inútil. Allí no había ninguna pista. ¡Ni allí, ni en ninguna otra parte! ¿Cuántas veces habíamos revisado la web buscando pistas sobre la desaparición de Amanda, solo para descubrir que todos los que la conocían se sentían tan perdidos (y engañados) como nosotros?

¿Por qué lo de Thornhill iba a ser diferente?

Me levanté y puse una mano sobre el ordenador para cerrarlo. Entonces mis ojos pasaron una última vez sobre el nombre de un archivo.

Reparto de «Mucho ruido y pocas nueces».

Mucho ruido y pocas nueces.

Esa no era la obra que se iba a presentar este año en Endeavor.

Era *Como gustéis...*

¿Se habría equivocado el subdirector? ¿O se trataría de la representación de algún curso anterior? Mientras intentaba recordar que obra se había presentado en nuestro instituto el año pasado, desplazo el puntero hasta el archivo. Clic.

El documento que se abrió ante mis ojos era cualquier cosa menos el reparto de una obra de teatro. Se parecía a los archivos que manejaba mi padre en su trabajo de contable: columnas repletas de datos incomprensibles, palabras sin sentido y números que se extendían



hasta el infinito. C-33528, F-514, M-229, beta file-4421(a), Dem_94. Al principio me vi tan abrumado por tal cantidad de información inútil que las filas y las columnas me parecieron todas iguales. Pero entonces, poco a poco, la masa caótica empezó a cobrar sentido.

Aunque la letra era tan pequeña que tuve que entornar los ojos y pegarme a la pantalla para poder leerla, la cosa estaba más que clara: la columna de la izquierda tenía una serie de nombres dispuestos sin orden aparente. Los primeros no me decían nada: Reeve, Cecile; Hayes, Gacie... Pero a medida que avancé en la lista, acabé topándome con un nombre que conocía perfectamente.

El mío.

Capítulo 3



Transcrito por Fany

Corregido por Coni

Bennett, Henry.

Bennett, Cornelia.

Bennett, Katharine.

Bennett, Edmund.

¿Cornelia? ¿Qué tenía que ver mi hermana en todo esto? ¿Y mis padres? ¿Qué hacían en la lista de Thornhill?

El corazón empezó a latirme con tanta fuerza que me costaba respirar. Enseguida encontré los nombres de las chicas y también los de sus padres. Seguí revisando la lista a toda velocidad. Iba tan rápido que ya casi no distinguía algunos de los nombres. ¿Estaría el de Amanda? Continué avanzando hasta llegar al final pero no dejaban de aparecer cientos y cientos de nombres. Tenía que anotarlos todos. Tenía que imprimir la lista. Tenía que...

—¡Por última vez, Callista, tranquilízate!

Imprimir la lista. ¡Eso es! Con manos temblorosas, pulsé las teclas *Ctrl* y *P*.

El ordenador emitió un ruido extraño y la pantalla se quedó en blanco. Un segundo después, se volvió negra.

—¡Mierda!

Olvidé que debía guardar silencio; mi mente estaba concentrada únicamente en conseguir aquella lista fuera como fuera. Apreté el botón de encendido del ordenador, pero no ocurrió nada.

—¡Nooo! —susurré mientras, desesperado, seguía apretando el botón una y otra vez.

Nada.

—... así que cuanto vuelva a salir, te quiero ver en la enfermería. ¿Me has oído, jovencita?

Y con la misma certeza con que supe que debía entrar en el despacho de Thornhill, sentí que había llegado el momento de salir pitando de allí. ¡Pero ya!

El agente Marsiano entró en la sala donde iba a interrogarme un segundo después de que me abalanzara sobre mi asiento. El reloj de metal que llevaba en el bolsillo se me clavó en la pierna con tanta fuerza que hice una mueca. Una de mis piernas había acabado en el reposabrazos de la silla, pero el policía se lo tomó como una muestra de mi mala actitud y no como una prueba de que me hubiera movido.

Por suerte, no pareció notar que estaba jadeando como si acabara de correr los cien metros lisos, que en esencia era lo que había hecho.

—Te agradecería mucho que te sentaras correctamente cuando estás en presencia de un representante de la ley —dijo.

A pesar de su tono borde, parecía algo menos seguro de sí mismo después de enfrentarse al ataque de histeria de Callie. Entonces me acordé de la vez que mi madre le preparó una gran cena de bienvenida a mi padre hará cosa de un mes, cuando había estado fuera una semana por un viaje de negocios. Mi madre no es precisamente uno de esos cocineros que salen por la tele, así que se le quemó el asado. Nos dimos cuenta cuando empezó a salir humo del horno y saltó el detector de incendios. Mi madre es una persona bastante tranquila, pero en cuanto vio que la cena que estaba preparando durante días se había chamuscado, se puso como un basilisco.

El agente Marisiano me recordó un poco a mi padre mientras íbamos de camino al restaurante donde cenamos aquella noche. Y cuando sonó su teléfono, respondió con tanto entusiasmo que me hizo pensar que lo que más deseaba en ese momento era tener noticias de algún otro crimen violento que requiriese su presencia inmediata, lo más lejos posible de las colegialas histéricas.

—Marisiano —graznó—. Ah. Hola, Jack... No, estoy hablando con el chaval de los Bennett.

Intenté disimular mis nervios. ¿Por qué estaría Jack Bragg, el jefe de policía y padre de Heidi, preguntando por mi interrogatorio?

—¿Estás seguro? Bueno, nosotros... Si, vale, lo siento, Jack. Está bien, lo haré —cerró el móvil con fuerza y me lanzó una mirada de profunda irritación—. Tendremos que seguir con nuestra conversación más tarde.

«No sabes cuánto deseo que llegue ese momento», pensé.

—Entonces, ¿Puedo marcharme ya?

El agente Marisiano me miró fijamente durante unos instantes.

—Puedes —asintió—, pero no te vayas demasiado lejos.

Me levanté a la vez que él. El policía se acercó a la puerta, pero en vez de abrirla se quedó de pie, clavándome la mirada.

—Que tengas un buen día, Henry —dijo, todavía inmóvil, como si me estuviera retando a pedirle que se echara a un lado.

Lo que necesitaba era irme a un lugar donde sentarme tranquilamente a recordar los nombres que había visto en aquella lista. No me entusiasmaba la idea de pasarme el resto de la tarde intentando de explicarle a mi madre por qué me había arrestado la policía de Orion, así que pasé.

—Gracias. Igualmente, señor.

Y dicho esto, salí por la puerta, un poco decepcionado (aunque no sorprendido) al descubrir que ni Callie ni Nia estaban esperando fuera.

Si hubiera tenido un examen en alguna de las dos clases siguientes, lo habría suspendido seguro. En los noventa minutos que sucedieron a mi breve interrogatorio, lo único que hice fue intentar reconstruir mentalmente la lista que había encontrado en el ordenador de Thornhill.

Callie, Nia y yo aparecíamos en ella, y apostaría a que una tal Zoe, también. Faltaba poco para que sonase el timbre y me empezaron a rugir las tripas. Pensé en un buen plato de pasta para calmar el hambre, y entonces caí en la cuenta de que el apellido de Zoe era



italiano... ¿Costello puede ser? ¿No había una Zoe en nuestro curso? Estaba casi seguro de que sí, pero no me acordaba de su apellido.

Todo este esfuerzo mental me provocó un dolor de cabeza increíble, y eso que apenas había conseguido recordar un par de nombres. ¿Estaba también el de Amanda? Juraría que no lo había visto. ¿Me lo habría saltado? Poco probable, teniendo en cuenta que últimamente mi única ocupación era recuperar pistas sobre el paradero de Amanda Valentino. Aun así, con todos los nombres que había leído, tampoco era una posibilidad tan descabellada.

¿Y qué hacía mi nombre en esa lista? ¿Y el de mi hermana? ¿Y el de mis padres? La señora Kimble escribió «beatitud» en la pizarra y, cuando la miré, aquella palabra se fue transformando poco a poco en un rostro. Bea. Beatrice. ¿Estaba Beatrice Rossister en la lista? Me la imaginé recostada en una cama del hospital Johns Hopkins, recuperándose de su operación de cirugía plástica. Anoté su nombre en un papel, luego lo tache y después lo volví a escribir de nuevo. La señora Kimble seguía hablando en un tono monótono, así que me tape los oídos y empecé a tararear una melodía por lo bajo, intentando concentrarme para hacer memoria.

Cuando el timbre anunció la hora de irse a casa, salí disparado hacia la puerta principal, como si el señor Richards me estuviera esperando allí con el cronómetro en la mano. Tenía que quedar con las chicas y contarles lo que había visto. Pero en un momento tan decisivo como este, no podía permitirme el lujo de quedarme sin móvil, así que me aseguré de poner al menos un pie fuera del instituto antes de sacarlo. Me sorprendió ver que tenía un mensaje de Callie.

¡LLÁMAMEEE!

Apenas había empezado a marcar su número cuando alguien me tocó el hombro con la mano. Al darme la vuelta, me encontré con unos ojos verdes, tan grandes que nada parecía escapar a su intensa mirada.

—Justo te estaba llamando —dije señalando el móvil, como si quisiera demostrar que lo que decía era cierto.

—Nia está en Tócala Otra Vez, Sam —dijo Callie con voz quebrada, como si le costara un gran esfuerzo hablar—. Tenía Biología a última hora, pero la profe no vino, y cuando recibió un mensaje... se fue pitando para allá.



Tócala Otra Vez, Sam era la tienda de ropa *vintage* que visitamos la semana pasada, mientras buscábamos a Amanda. No quería sonar cabreado, ¿pero de verdad no había otro momento para irse de tiendas?

—¿Me estás diciendo que Nia se ha ido de compras?

—Hal, Nia ha... —Callie tragó saliva y después me llevo del brazo hasta el césped, lejos de la marea de gente que empezaba a salir por la puerta principal—. Nia lo ha encontrado todo.

Mi cerebro estaba lleno de nombres y números, así que me costó bastante centrarme en lo que me decía.

—¿Cómo que «todo»?

Callie apoyó las manos en mis hombros, aunque no sé a quién de los intentaba calmar, si a ella o a mí.

—Las cosas de Amanda. Todo: su ropa, sus disfraces, sus pelucas... Está todo allí, en Tócala Otra Vez, Sam.

Capítulo 4



Transcrito por Valeria y Lornian

Corregido por Coni

Callie no dijo nada durante nuestro trayecto en bici hasta Tócala Otra Vez, Sam. No hizo falta. La expresión en su rostro me lo había confirmado todo: estábamos pensando en lo mismo. Las cosas de Amanda habían aparecido de repente y sin su propietaria. Solo podía haber dos razones. Una, que Amanda se hubiera marchado de Orion y estuviera huyendo. O dos, que ya no pudiera seguir huyendo porque estaba...

Aparté esta posibilidad de mi mente. No le había pasado nada. Si algo terrible le hubiera ocurrido, yo lo sabría.

*¿Ah, sí?, preguntó una voz en mi cabeza. ¿Así que crees que lo sabrías?
¿Al igual que sabes lo del reloj?*

Pensar en el reloj me produjo un escalofrío. El día que Amanda desapareció, mientras las chicas y yo limpiábamos la pintada del coche de Thornhill, se las había ingeniado para colarse en mi casa y esconder un viejo reloj de bolsillo en mi cazadora de cuero, la misma que me compré unas semanas antes en nuestro «*viaje extraescolar*» como ella lo llamó cuando fuimos a Baltimore a visitar una artista conocida suya.

Era un reloj precioso. Muy antiguo, con números romanos de color negro sobre un fondo blanco. Había que darle cuerda unas quinientas veces al día, por lo menos, para que funcione correctamente. En el reverso tenía grabado el siguiente mensaje:

I know you (2) know me.

Estaba en inglés (hasta ahí llegaba). Pero ¿qué narices quería decir? No tenía ni la más remota idea.

Me había pasado horas intentando descifrar esa frase, pero no le encontraba ningún sentido. Estaba claro que Amanda quería decirme algo... Algo que yo debía entender. Algo que ella necesitaba que entendiera. Cuando no me quedaba mirando al reloj fijamente, lo sostenía entre mis dedos con los ojos cerrados, recitando las misteriosas palabras que tenía grabadas en el reverso. Es posible que



ese x2 entre paréntesis no significara nada, que fuera una pista falsa. O puede que el mensaje fuera mucho más simple: *Te conozco, Hal Bennet. Tú me conoces a mí.*

¿Tú también me conoces?

¿Sé que me conoces?

Puf. ¡Vaya mierda!

Amanda pensó que podrías ayudarla, Confiaba en ti, pero estaba equivocada. No te enteras de nada, ¿verdad, Hal?

No tuve ningún presentimiento cuando miré el reloj. No sabía si me estaba diciendo que me conocía o si era yo el que la conocía a ella. Para dejar de sentirme tan frustrado, intenté convencerme de que la inscripción era obra de otra persona. Puede que Amanda solo me diera el reloj porque le gustaba, porque sabía que alguien como yo apreciaría la hermosa línea de las manecillas, el tic tac de los segundos al pasar... Seguro que lo habría encontrado en alguna tienda de segunda mano y ni había visto (o le daba igual) el mensaje del reverso, un mensaje de algún poeta alternativo le habría escrito a su prometida cincuenta años atrás, y que no iba dirigido a mí.

Sí, claro, Hal. Mientras trataba de escapar (posiblemente para salvar su vida), Amanda hizo una pequeña pausa para colarse en tu casa y dejarte un mensaje que no tenía sentido. Simplemente quería hacerte un regalito de despedida, ¿no te digo!

Me había quedado atrás, distraído con mis rayadas mentales, así que empecé a pedalear a toda velocidad para alcanzar a Callie. El ciclismo no era lo mío: enseguida noté un dolor agudo en los gemelos. Aún así lo agradecí, y mucho, pues al concentrarme en el dolor pude alejar un pensamiento que no paraba de venirme a la cabeza una y otra vez, como el estribillo de una canción pegadiza.

Si no había sido capaz de descifrar el mensaje de Amanda, ¿por qué me empeñaba en pensar que si le hubiera pasado algo malo yo lo sabría?

Nos equivocamos de camino un par de veces antes de llegar a Tócala Otra Vez, Sam. Cuando finalmente dejamos las bicis delante del porche (pintado con colores brillantes) y subimos los escalones a toda prisa, ya

estaba oscureciendo. Me quedaba poco tiempo antes de tener que volver a casa. Después de la agresión de Thornhill, el instituto había enviado una nota a los padres anunciando que todas las actividades extraescolares, salvo las importantes, quedaban suspendidas hasta nuevo aviso. Me di cuenta de que el concepto de «actividades importantes» en Endeavor (el ensayo de la obra, los entrenamientos de baloncesto) no tenía nada que ver con el mío (pasar un rato a solas en el aula de dibujo, salir a correr). Pero eso a mi madre le daba igual, y no había ninguna razón para pensar que hubiera cambiado de opinión.

Si no volvía pronto a casa, me caería una buena.

Recordé vagamente que la última vez que estuvimos en la tienda, la puerta estaba atascada y había tenido que empujarla con todas sus fuerzas para que pudiéramos entrar. Curiosamente, Callie la abrió sin esfuerzo y la campanita que colgaba en lo alto empezó a tintinear, rompiendo el silencio de la estancia, aparentemente vacía.

Entonces se oyó una voz desde el otro extremo de la tienda.

—Lo siento, está cerrado. Estamos haciendo inventario.

Esa era la dueña, Louise, la misma que nos había puesto la excusa del inventario el viernes. Viendo las toneladas de ropa, bufandas, pendientes, zapatos, boas de pluma, sombreros y bolsos que cubrían hasta el último milímetro del lugar, no era de extrañar que la tienda estuviera cerrada por inventario, lo verdaderamente sorprendente era que Louise no se hubiera ahogado durante la tarea.

—¿Hola? —dijo Callie.

—¿Callie? ¿Hall? —se escuchó la voz de Nia, amortiguando por la enorme cantidad de trastos que había.

—Sí, somos nosotros —respondió Callie.

Louise, con una piel tan oscura como el carbón, apareció por detrás de un maniquí. Iba vestida con una chaqueta de piel sintética y unos pantalones de campana, al estilo de una *hippy* de ciudad. Había olvidado lo alta que era; yo mido cerca de 1,80 y casi me sacaba una cabeza. Sus zapatos de plataforma le añadían unos cuantos centímetros de más, pero aún así... Sus brazos no tenían nada que envidiar a los del agente Marsiano, así que más me valía no tocarle las narices.

—Vaya, vaya —dijo, cruzándose de brazos y escrutándonos de arriba abajo con la mirada.

—Hola —dijo Callie.

—Hola —saludé yo también, con su voz débil.

—Estoy en la trastienda —gritó Nia.

Louise no hizo ningún gesto para invitarnos a pasar, pero tampoco nos detuvo. Callie, aunque algo dudosa, fue la primera que se adentró en la tienda, y yo la seguí. Poco después empezamos a esquivar pilas de cajas (que parecían que iban a desmoronarse en cualquier momento), mientras nos guiábamos por la voz de Nia.

En la trastienda había algo más de espacio. Nia, sentada en el suelo al lado de un perchero, sostenía un par de zapatos de un color centellante. La expresión de su rostro estaba a medio camino entre la tristeza y el miedo.

—Aquí está todo. Todas sus cosas.

Callie y yo echamos un vistazo al montón de chaquetas, vestidos, trajes y chales, apretujados hasta tal punto que costaba distinguir dónde termina una prenda y dónde empezaba otra. Arriba del todo, había un puñado de pelucas y sombreros.

—Dios mío —susurró Callie.

Se adelantó hasta la pila de ropa y tocó la manga de una chaqueta negra con tanta suavidad como si fuera un espejismo.

Me aclaré la garganta. Desde mi posición, lo más próximo que tenía era un vestido de color verde claro, muy parecido al que llevaba Amanda la mañana que me la encontré en el bosque.

—¿Estáis seguras...? Quiero decir, ya sé que vosotras sabéis de esto mucho más que yo, pero ¿estáis seguras de que son sus cosas?

Que aquel vestido fuera idéntico al de Amanda no significaba que fuera el suyo. No necesariamente.

Al darse cuenta de que la manga no se había evaporado cuando la tocó, Callie empezó a rebuscar con más ahínco en la pila de ropa y sacó una prenda. Nia tragó saliva en cuanto la vio. Callie se dio la vuelta hacia mí, mostrándome el vestido gris.

—Ni siquiera tú podrías haber olvidado este, Hal. Amanda lo llevaba puesto el primer día que vino al instituto.

—Hal Bennett, Amanda Valentino. Amanda Valentino, Hal Bennett. Estábamos en clase de Lengua. Nos presentó la señora Kimble, y Amanda extendió la mano para saludarme. No tengo por costumbre darle la mano a nadie (salvo a los amigos de mis padres, claro), pero no me quedó más remedio que hacerlo. Amanda me estrechó la mano con firmeza y esperé que mi apretón estuviera a la altura.

—Hola, ¿qué tal? —preguntó Amanda.

—Hola, pues... tirando —respondí.

Quería parecer gracioso, pero enseguida me di cuenta de que había quedado como un pasota o un idiota. O puede que las dos cosas a la vez.

—¿Qué tal tú? —dije rápidamente.

Solo era una pregunta de cortesía, pero Amanda se lo pensó dos veces antes de contestarme.

—Yo diría que soleada, pero con posibilidad de chubascos.

La señora Kimble soltó una risita histérica. La llegada de Amanda la había vuelto todavía más nerviosa de lo que ya era. Amanda la había puesto en evidencia diciendo que había citado a Ernest Hemingway y no a F. Scott Fitzgerald, como ella pensaba. Aquello la había descolocado por completo. Después de eso, la profe había confundido dos veces el sentido literal con el figurado, y la pobre mujer aguantó como pudo, pero, de haber podido, se habría largado de clase en mitad de la lección.

—Pues bien, Amelia...

—Amanda —la corrigió.

Otra risita histérica.

—¿No es lo que he dicho?

Otra risita más, seguida de un incómodo silencio durante el que la profe no dejó de mirar el pasillo de reajo. Su ansiedad era contagiosa y a mí también me entraron ganas de largarme de allí lo antes posible.

—¿Quiere algo de mí, señora Kimble? —le pregunté.

—Ah, sí, claro —su rostro era el vivo retrato de la confusión mientras miraba a Amanda, pero cuando se dirigió a mí recuperó parte de su seriedad habitual—. Sí, iba a pedirte que acompañaras a... —hizo una breve pausa por miedo a equivocarse de nuevo— Amanda a su próxima clase.

—Sin problema —dije, y me giré hacia la nueva.

De alguna manera, su aspecto me recordaba a un cuadro, puede que de van Eyck o de Miguel Ángel. No la describiría como una chica hermosa (aunque lo es), sino más bien como alguien... atemporal, como la *Mona Lisa* o *El nacimiento de Venus* de Botticelli. Me parecía que ya la había visto en alguna parte, pero al mismo tiempo tenía la sensación de que no había nadie como ella en todo el mundo.

Cuando me percaté de que llevaba un buen rato mirándola fijamente, me puse colorado. Pero Amanda no le dio ninguna importancia, o al menos eso me pareció. La señora Kimble, por su parte, estaba a puntito de desmayarse.

—¡Estupendo! —exclamó con excesivo entusiasmo, al tiempo que daba una palmada—. Entonces está decidido. Estoy segura de que Hal será un guía estupendo.

Y justo en ese momento, Amanda me lanzó la mirada más intensa que me han dirigido en mi vida. A veces pienso que fue la primera persona que me vio de verdad, más allá de cualquier apariencia.

No debió de durar más de unos segundos, pero a mí se me hicieron eternos.

—Sí —dijo Amanda por fin—, yo también creo que será un guía estupendo.

—Venga, Hal, no me puedo creer que no te acuerdes de este vestido —dijo Callie con tono a medio camino entre la risa y la desesperación.

Aquel momento, cuando nos vimos por primera vez... Todo aquello estaba grabado a fuego en mi memoria, pero era incapaz de recordar si iba vestida con unos vaqueros o con un traje de noche.

—Lo siento —admití, negando con la cabeza—. Estoy en blanco.

—Ay, Hal —suspiró Callie—, cómo se nota que eres un chico...

—¡Lo dices como si fuera malo! —le repliqué en broma.

—No, lo que quiero decir... —añadió Callie rápidamente—. Bueno, da igual, es caso es que estoy segura de que es el mismo vestido.

Nuestras miradas se cruzaron un segundo, antes de que ella empezara a sacudirse el polvo que se le había acumulado en la ropa. El brillo de su melena rojiza contrastaba claramente con el color de la prenda que sostenía en la mano, y me dije que algún día tenía que pintarla vestida de gris.

—Hal, Callie —susurró Nia, haciendo un gesto para que nos acercásemos.

Cuando nos pusimos en cuclillas a su lado, añadió:

—Louise me mandó un mensaje para decirme que tenía las cosas de Amanda, pero cuando llegué se negó a decirme de dónde las había sacado.

Como si hubiera oído su nombre en la conversación, Louise apareció de repente entre dos torres de cajas.

—Así que lo habéis encontrado.

Nia se levantó, todavía con los zapatos rojos en la mano.

—Sabías que lo haríamos. Por eso me mandaste un mensaje para que viniera.

—¿Te envié un mensaje? —preguntó, encogiéndose de hombros.

—Pues claro. ¿De dónde sacaste mi número? —Nia cruzó los brazos y adoptó esa pose tan suya como diciendo: «No te hagas la lista conmigo, tía».

—Puede que me lo dijera un pajarito... —respondió Louise, pero se calló de pronto.

Oímos el ruido de un coche que se detenía en el aparcamiento que había fuera para los clientes. Todos miramos inmediatamente en dirección a la puerta.

—¿Se puede saber por qué...? —empezó a decir Nia, pero Louise levantó una mano para hacerla callar.

No sé si fue por el impresionante bíceps de Louise o por la propia confusión de Nia, pero el caso es que cerró la boca.

Un segundo después, volvimos a escuchar el rugido del coche alejándose.

—Últimamente viene mucha gente rara por aquí —dijo Louise, ya fuera para explicar lo que acababa de ocurrir o para responder a la pregunta de Nia.

Pero Nia Rivera no era precisamente sutil, que digamos.

—¿Cómo conseguiste las cosas de Amanda? —inquirió.

—¿Esto es suyo? —preguntó a su vez Louise, escrutando el perchero.

—¿De qué narices estás hablando? —saltó Nia.

Callie la agarró del brazo para intentar calmarla, pero Nia se revolvió y le lanzó una mirada de reproche.

—¡Ella me mandó un mensaje y ahora se está haciendo la loca! —gritó enfadada.

Louise se pasó la mano por la cabeza (tenía el pelo muy corto, casi rapado) y miró a Nia con cara de pocos amigos. Antes de que esta pudiera añadir algo más, me coloqué entre las dos.

—¿Te importa si revisamos estas cosas? Te prometo que no te molestaremos y que podrás seguir con tu inventario —dije.

Louise entornó los ojos, mientras yo contenía el aliento esperando su respuesta. Y entonces se giró para marcharse y, por un momento, me quedé sin respiración pensando que no había logrado convencerla. Pero Louise se iba y ni siquiera se dio la vuelta cuando añadió:

—Hablando de inventario, me pregunto qué habrá en todos esos bolsillos.

Y, dicho eso, desapareció de nuestra vista.

—¡Esa mujer es...! ¡Es...! —Nia estaba que echaba chispas.

Callie volvió a intentar calmarla, pero esta vez no tenía pinta de que fueran a discutir.

—Mira, es evidente que Louise no va a decirnos nada a las claras —dijo Callie en tono conciliador—, pero tiene las cosas de Amanda y, como tú misma has dicho, se puso en contacto con nosotros. Así que, de alguna forma, sí que nos está diciendo algo. A su manera.

—¿Pero qué problema tiene la gente para hablar sin rodeos? —refunfuñó Nia entre dientes.

Estaba claro que no se refería solo a Louise.

Nunca me había fijado en la cantidad de bolsillos que hay en la ropa de las chicas. Las faldas de Amanda tenían bolsillos laterales y frontales, habían unos que se abrían y otros que solo eran decorativos. Algunos de ellos, a su vez, tenían más bolsillos en su interior, y en una ocasión, hasta vi una especie de bolsillo unido por una cuerda al bolsillo de una americana.

¡Y ese bolsillo llevaba otro bolsillo dentro!

No sé exactamente qué esperábamos encontrar en aquel infierno de bolsillos, pero cuantas más cosas inútiles sacábamos, más nos desanimábamos. Entre un montón de monedas, envoltorios de chicles y brillos de labios... había muy pocas cosas que solo llevaría una persona como Amanda. Solo encontramos un delicado pañuelo bordado con flores que formaban una A muy estilosa, una pluma de ganso para escribir y un pequeño paquete de algo que, según Nia y Callie, eran láminas antibrillos.

—Básicamente sirven para quitarte la grasa y los brillos de la piel —me explicó Callie y, entre risas, arrancó una tira y la apretó suavemente contra la nariz de Nia—. ¿Lo ves? Mucho mejor ahora.

—Gracias, ya empezaba a notar la piel un poco grasa.

Callie arrancó otra lámina y repitió la demostración conmigo. Cerré los ojos para sentir la agradable presión de sus dedos sobre mi piel.

—¡Mirad! —exclamó Nia de pronto, entusiasmada.

Callie y yo pegamos un brinco y nos acercamos para ver qué había descubierto Nia en el bolsillo de un chubasquero rosa.

—Entradas de cine —dije, y después de examinarlas más de cerca, añadí—: Y son de Los Ángeles. ¿Sabíais que Amanda había vivido allí?

Las dos negaron con la cabeza al mismo tiempo y Callie leyó el título de la entrada que Nia sostenía en la mano.

—Festival de Cine de Rodolfo Valentino —levantó la mirada, con un brillo de entusiasmo en los ojos—. Rodolfo Valentino, Amanda Valentino... ¡Puede que sea un pariente suyo! Igual podemos encontrarlo.

—Estás de coña, ¿no? —le replicó Nia.

Callie negó con la cabeza, sin comprender a qué venía ese tono tan borde.

—¿Es que has hecho un curso de incultura general o qué? —preguntó Nia, con su habitual arrogancia.

No sé por qué, pero no me gustó el rumbo que iba tomando la conversación.

—Venga, chicas, no creo que...

Callie hizo un gesto para que me callara. No quería que hiciera de abogado del diablo en esta ocasión.

—No empieces con tu rollo prepotente, Nia. Sea cual sea el «crimen» que he cometido, deja de tocarme las narices, ¿vale?

Pero ahí no acabó la cosa. Ya fuera porque seguía enfadada con Louise o con Amanda, o simplemente porque era tan fan de Rodolfo Valentino que no podía soportar la idea de que alguien no lo conociera, Nia no estaba dispuesta a dejarlo correr.

—Te alegrará saber, Callie, que podemos localizarle sin problemas en el cementerio donde lleva enterrado los últimos ochenta años.

Se produjo un silencio y pensé que Callie iba a lanzarse sobre Nia en cualquier momento. Pero en vez de eso, ladeó la cabeza y dijo:

—Pues va a ser que no era su padre, ¿no?

No sé si fue por dejar el asunto zanjado o por toda la tensión acumulada a lo largo del día, pero el caso es que los tres rompimos a reír. En un momento dado, me caí al suelo de la risa, y las chicas ni siquiera intentaron disimular sus carcajadas. Cada vez que intentaba incorporarme, alguna de ellas pronunciaba el nombre de Rodolfo Valentino y empezábamos a partirnos otra vez hasta que se nos saltaron las lágrimas. Finalmente, dejé de intentar levantarme.

Al cabo de un rato, Nia se quitó las gafas y se frotó la nariz.

—Está bien, chicos, es hora de centrarnos —dijo, haciendo que volviéramos a la realidad.

—Sí —asintió Callie soltando una última risita. Echó un vistazo a las entradas y se encogió de hombros—. Amanda Valentino. Rodolfo Valentino. Bueno, en cualquier caso, Valentino suena muy bien.

—Sí, una lástima que no fuera su verdadero apellido. En realidad se llamaba... —Nia cerró los ojos con fuerza, intentando recordar—. Rodolfo Pietro Filiberto Raffaello Garglielmi di Valentina —dijo finalmente, y chasqueó los dedos.

—¿Qué clase de nombre es ese? —preguntó Callie meneando la cabeza—. ¡Pero si parece que estabas pasando lista en un instituto italiano!

Nia asintió con la cabeza y dejó las entradas en nuestra «pila de Amanda», bien lejos de los envoltorios, las monedas y los deberes perdidos.

—Comprenderás entonces por qué se puso Valentino —añadió Nia.

De repente, tuve una de mis corazonadas, y me puse en pie de un salto. Callie me miró sorprendida y me preguntó:

—¿Estás bien, Hal?

Al escuchar la voz de Callie, Nia también se giró hacia mí.

—Amanda también hizo lo mismo —dije con la mirada perdida.

—¿El qué? —preguntaron las dos al unísono.

Esperé a que pasaran unos instantes, pero la sensación no desapareció.

—Amanda hizo lo mismo —repetí.



Al ver sus caras de desconcierto, me di cuenta de que tenía que esforzarme por explicarme mejor:

—Amanda también se cambió el nombre. Su verdadero apellido no es Valentino.

Capítulo 5



Transcrito por Darkiel

Corregido por Valeria

—¿Qué quieres decir con eso? —inquirió Nia.
—Pues verás...

Estaba a punto de confesarles que en ocasiones veo cosas (vamos, lo más normal del mundo, ¿no?), pero entonces caí en la cuenta de que no les había hablado de la lista que encontré en el ordenador de Thornhill.

¡Menuda cabeza la mía!

Inspiré profundamente y empecé desde el principio.

—Mirad, ahora no hay tiempo para explicaciones, tendréis que confiar en mí. Primero necesito contaros una cosa muy importante, aunque es posible que después de escucharme penséis que me estoy volviendo majara.

—Tranqui, Hal —dijo Nia, poniéndome una mano en el hombro—. Nadie ha dicho que estés loco... por mucho que a veces lo pensemos.

—Claro, y aunque estés como una cabra, podemos seguir siendo amigos —añadió Callie con una sonrisa contagiosa—. Cuando te encierren, iremos a visitarte al manicomio. ¡Tenlo por seguro!

—Bueno, me alegra saber que al menos habrá alguien que quiera visitarme —me di una palmada en las piernas y cogí aire—. A ver, chicas, lo que voy a contaros es lo más raro que he visto en mi vida.

Les hablé de la lista que encontré en el ordenador del subdirector y enumeré todos los nombres que recordaba. Nia se puso pálida cuando escuchó el nombre de sus padres, y Callie se quedó boquiabierta al enterarse de que su madre también estaba incluida.

—Debe de haber unos cien nombres por lo menos —concluí—, o puede que incluso doscientos.

Al comparar todos los nombres que vi con los poquitos que había logrado recordar, me sentí fatal. ¡Menuda diferencia de número!

—¿Seguro que no estaba el nombre de Amanda? —preguntó Nia. Negué con la cabeza.

—Juraría que no lo vi, pero la letra era bastante pequeña —aseguré, y separé los dedos pulgar e índice dejando un hueco entre ellos—. Y apostaría a que no me dio tiempo a revisar todas las páginas. También es posible que no lo reconociera si, en vez de Amanda Valentino, aparecía su verdadero nombre.

Las chicas intercambiaron una mirada y se ve que también una pregunta, porque Callie se encogió de hombros y negó con la cabeza.

¿Era así cómo reaccionaba la gente justo antes de llamar a los loqueros para que te encerrase?

Abrí la boca para decir algo en defensa de mi cordura, pero antes de que pudiera articular palabra, alguien me interrumpió:

—Chicos, ¿habéis encontrado la caja?

Me di la vuelta y vi a Louise, subida a una escalera, intentando alcanzar una bolsa de plástico de un estante. Cuando la abrió, sacó una maraña de hilos que no resultaron ser otra cosa que un vestido.

—¡Qué chulada! —exclamó Nia.

—Es de 1965 —dijo Louise con una sonrisa, apreciando el buen gusto de Nia.

—¿Has dicho algo de la caja? —añadió Nia.

Entonces me pregunté si a Nia le gustaba realmente ese vestido de hilo, o si solo le estaba haciendo la pelota a Louise.

—Puede ser —respondió la dueña de la tienda lacónicamente—. En cualquier caso, si yo estuviera en vuestro lugar, empezaría a buscarla por allí —señaló el rincón al otro lado del perchero.

El gesto habría sido de gran ayuda de no ser porque la zona a la que se refería estaba repleta de objetos, apilados unos encima de otros.

Nia se encaminó en la dirección que nos había indicado Louise, pero se detuvo al ver un precioso espejo de plata sobre un tocador antiguo. Cuando lo cogió, la expresión que apareció en su cara me resultó tan enigmática que me acerqué a ella, preocupado.

—¿Qué? —preguntó Nia, confusa, cuando reparo en mí; parecía que acababa de salir de un sueño.

—Te he preguntado si estás bien —respondí.

—Sí, es solo que... —titubeó, algo muy poco habitual en Nia—. Este regalo desprende mucha tristeza —se quedó con la mirada perdida, apretando el espejo contra el pecho.

Callie rodeó el perchero para acercarse a ella.

—¿Qué es? —preguntó.

Cuando Callie le quitó el espejo de las manos para verlo mejor, el rostro de Nia perdió la expresión soñadora y recuperó ese ceño fruncido que tanto la caracterizaba.

—«A mi queridísima Fran en el día de nuestra boda. Te querré siempre. George. 4 de octubre de 1917» —Callie levantó la mirada, algo confusa—. ¿Por qué te parece triste? Yo creo que es muy bonito.

Nia puso los ojos en blanco y se dio la vuelta.

—Lo que tú digas —farfulló mientras retomaba su camino hacia el lugar indicado por Louise.

—¿Por qué has dicho que era triste? —insistí, pisándoles los talones.

Esperaba que me soltara algo, aunque solo fuera el típico comentario sarcástico, pero Nia estaba tan ensimismada que no pareció escucharme. Justo cuando iba a preguntarle de nuevo, pegó un grito y señaló algo con el dedo: una caja encajada entre un fonógrafo y un tocador de mármol. Parecía bastante pesada, a juzgar por el esfuerzo que tuvo que hacer Nia para intentar desencajarla. Me acerqué a ayudarla, pero...

—Ni se te ocurra, Hal Bennett. Sí, ya sé que pesa mucho, pero puedo hacerlo sola —replicó sin siquiera mirarme.

—Vale, vale...

Retrocedí unos pasos mientras Nia movía suavemente la caja adelante y atrás. Una vez que logró desencajarla, la levantó y la colocó sobre el tocador.

—¡Vaya! —exclamó Callie, alargando la mano para tocar la superficie de madera, tan negra como la tinta china.

—Y que lo digas... Vaya... ¡Vaya! —añadió Nia.

—Madre mía... Vaya, vaya... ¡vaya! —dije para aportar mi granito de arena a la ronda de exclamaciones.

A primera vista, la caja era de madera negra de grano fino con algún que otro toque de color turquesa (tanto en el dibujo de la propia madera como en los motivos de soles tallados en plata o nácar). Yo diría que databa de la época de los nativos americanos, pero tal vez me dejaba influir demasiado por el turquesa. Me acerqué con intención de abrirla y fue entonces cuando me di cuenta de que no tenía ni tapa ni cajones.

—Oye, Louise —dijo Callie, pensando exactamente lo mismo que yo.

Como si hubiera sabido que necesitaríamos su ayuda, el rostro de Louise se reflejó en el espejo que había sobre el tocador.

— ¿De verdad es una caja? —preguntó Callie

—Eso parece, ¿no? —espetó la dueña de la tienda.

Su respuesta no fue nada del otro mundo, pero la formuló en un tono suave y algo burlón. Me dio la impresión de que Louise se sentía aliviada porque la hubiéramos encontrado.

—Lo que Callie quiere saber es si esta caja se abre —dijo Nia en un tono de lo más agradable para ser ella.

Justo entonces, su móvil empezó a sonar con fuerza, como queriendo mostrar toda su mala leche contenida. Nia comprobó quién llamaba y se puso un poco pálida de repente.

—Hola, mamá —contestó.

Se alojó unos pasos para seguir hablando y no pude escuchar bien lo que decía, pero quedaba claro que su madre le estaba echando la bronca.

—Lo siento —dijo Nia, sonando realmente arrepentida—. No me he dado cuenta de la hora...

¡Mierda! Saqué mi móvil del bolsillo y vi que tenía tres llamadas perdidas. Por lo tarde que era, no había duda sobre quién me había estado llamando.

La había liado bien gorda.

Callie era la única de los tres que no parecía preocupada por la hora. Supongo que algo tenía que ver que su progenitor no fuera el padre del año precisamente. Callie ni siquiera había sacado su móvil. En vez de eso, se puso a examinar la caja muy detenidamente.

—Hal, mira esto.

Me acerqué para echar un vistazo y enseguida comprendí el motivo de su sorpresa.

Al contrario de lo que pensé en un principio, la caja no estaba hecha de madera granulada. Los cambios de color no eran los dibujos naturales de la madera, sino tallados. Tenían un diseño de lo más elaborado, el más complejo y enmarañado que había visto en mi vida. A simple vista, parecía una mezcla de hoja y enredaderas de las que emergían una serie de criaturas, pero bajo la tenue luz de la estancia no podía distinguir exactamente de qué se trataba.

—Es preciosa —susurró Callie. Se levantó, colocó las manos sobre la caja y empezó a palparla—. Pero no encuentro la forma de abrirla.

Nia se acercó a nosotros después de cerrar el móvil con un gesto de cabreo.

—Chicos, estoy muerta. Mi madre acaba de darme tres minutos para que vuelva a casa, así que más vale que me crezcan alas para echar a volar, porque si no...

—Creo que yo también debería irme —dije, sin dejar de mirar la caja.

¿De verdad íbamos a marcharnos todos sin averiguar nada más?

Como si me hubiera leído la mente, Louise añadió:

—Os gustaría seguir examinando esa caja, ¿eh?

Callie siempre era muy agradable, pero en ese momento se superó a sí misma. Se dirigió a Louise con la sonrisa más dulce que fue capaz de esbozar y (juro que no me lo invento) entrelazó las manos como si estuviera rezando.

—Louise, tengo que pedirte un favor enorme.

Como si la hubiera calado desde el principio, Louise rompió a reír en sonoras carcajadas.

—Cariño, guárdate ese rollo de niña buena para tus novios.

Callie se puso colorada, pero no se enfadó como habría hecho Nia.

—Podemos llevarnos la caja, ¿verdad? —dijo entonces Nia.

Más que una pregunta parecía una afirmación, pero el tono de Nia no era nada ofensivo, y me di cuenta de que las cosas habían empezado a mejorar entre ellas.

Louise respondió con rodeos.

—Esa caja es muy valiosa. Os dais cuenta de lo peligroso que sería que cayera en manos de las personas equivocadas, ¿verdad?

—Claro que sí, la protegeremos con nuestras vidas —añadí, y aunque suene un poco melodramático, en su momento me pareció que era lo que debía decir.

Louise nos miró con detenimiento, uno por uno, mientras se frotaba lentamente las manos como si se las estuviera lavando.

—Sé que lo haréis —sentenció finalmente.

Y dicho esto, se dio la vuelta y desapareció en las profundidades de la trastienda. Un minuto después, escuchamos el sonido de una puerta al cerrarse.

Los tres intercambiamos una mirada.

—Seguimos sin saber si se abre o no —comentó Nia.

Callie cogió la caja. Al final no era tan pesada como parecía (seguro que antes debió influir en la forma en la que estaba encajada entre los otros muebles), ya que mi amiga no tuvo ningún problema para levantarla. Mientras la sostenía, siguió examinando la superficie de madera, que parecía cambiar de forma bajo la luz.

Y entonces, bajo nuestra atenta mirada, empezó a sacudir la caja con suavidad.

Se escuchó el traqueteo de algo que se movía en su interior.

—Chicos —dijo Nia, rompiendo el silencio—, creo que ahí tenemos la respuesta.

Capítulo 6



Transcrito por Mary Ann♥

Corregido por Coni

Cuando abrí la puerta de casa, me encontré a mi madre, plantada en mitad del pasillo con los brazos en jarras. Parecía que llevaba horas en esa misma posición.

—¡Henry Bennett! —exclamó nada más verme.

No sé por qué me dio tanto miedo el agente Marsiano, cuando mi madre era infinitamente peor.

—¿Eres consciente de que un hombre ha sido agredido en el instituto? Te llamé tres veces al móvil cuando salí de trabajar y no me lo cogiste, y cuando hablé con tu hermana, me dijo que aún no habías llegado a casa. Estaba empezando a pensar que te había pasado algo, ¿pero es que no te das cuenta?

Mamá lanzaba chispas por los ojos, así que decidí ahorrarme la coña de que si estaba allí ahora mismo hablando conmigo, era porque, lógicamente, no me había pasado nada.

—Lo siento mucho, mamá —dije sin pensármelo dos veces.

—Más te vale que lo sientas, y más te vale seguir sintiéndolo en la cocina mientras pones la mesa. Después lavarás los platos y te pondrás a hacer los deberes. Y nada más, ¿entendido? Ni consola, ni guitarra, ni internet.

—Vale, está bien —respondí rápidamente, y la seguí hasta la cocina, donde Cornelia estaba haciendo los deberes.

Mamá es una madre estupenda, pero sus habilidades como cocinera dejan bastante que desear (digamos que lo de quemar el asado no cogió a nadie por sorpresa). Cuando reformamos la cocina el año pasado, le preguntó en broma al contratista si en lugar de poner un fogón podíamos poner un teléfono con los números de todos los restaurantes de comida a domicilio guardados en la memoria. Cuando vi el menú de la pizzería John's abierto sobre la encimera, me imaginé que el timbre de la puerta no tardaría en sonar.

Mientras me encargaba de poner la mesa, mamá abrió un paquete de ensalada y la aliñó con un poco de aceite y vinagre, murmurando cosas como «se va a ensayar con un grupito sin decir nada» y «se cree demasiado importante como para llamar a su madre». Por lo visto pensaba que había estado con los compañeros de clase que, hace un par de semanas, me invitaron a tocar con ellos en el próximo concurso de talentos. Ante la idea de que me había pasado la tarde interpretando *riffs* de Bob Dylan con la guitarra, no supe si echarme a reír o a llorar. Ojalá mi vida fuera tan... normal.

Después de sacar la vajilla de plata del cajón, abracé a mi madre y le di un beso en la mejilla.

—Tranquila, mamá. Aunque me convierta en una estrella de rock, no me olvidaré de ti. Te lo prometo —le di otro acuchón y ella no se resistió, lo que significaba que ya se le estaba pasando el cabreo.

—Puedes olvidarte de mí, no me importa en absoluto —se burló Cornelia sin levantar la mirada de su cuaderno.

—¿Quién has dicho que eras? —pregunté.

—Ja, ja, ja, qué risa —respondió Cornelia, con sarcasmo, antes de colocarse la coleta y seguir estudiando.

La gente dice que mamá, Cornelia y yo nos parecemos mucho. Supongo que lo dirán porque todos tenemos los ojos azules y la piel muy clara; pero en mi opinión, no soy ni la mitad de guapo que ellas. No debería decir esto de mi propia madre, pero he visto fotos tuyas de joven y (como diría Amanda) era un auténtico bombón. Y cuando Cornelia era un bebé, la gente se paraba por la calle a decir lo preciosa que era: todavía es demasiado pequeña para ser un pibón, pero todo apunta a que se convertirá en una chica guapísima cuando crezca (por supuesto, jamás le he dicho nada de todo esto). Ya es más alta que la mayoría de sus compañeras de clase y tiene el pelo de un color rojizo tan bonito como el de mi madre.

Nunca me he preocupado demasiado por mi aspecto, pero este verano vino a visitarnos una amiga de la familia, que estudió en Francia, con su marido y con su hija de dieciséis años. Charlotte (la hija) era bastante maja, pero no dejó de darme la tabarra diciéndome que tenía que vestir mejor y peinarme de otra manera porque y cito textualmente: «Hal, eges pgesioso». Aunque me daba un palo tremendo, me fui con ella de compras y acabamos en el salón de belleza.

Charlotte le dijo a la peluquera cómo tenía que cortarme el pelo, ya que según ella, mi peinado no era «pgesioso» sino un completo «desastge». Sentado como estaba en uno de los sillones, con la cabeza cubierta por un mejunje grumoso y con una chica vestida de lycra dándome clases sobre cómo tenía que darle forma a mi pelo, me puse a pensar en los grandes artistas a los que admiraba: Picasso, Rembrandt, Giotto... La peluquera me dijo que debía pensarme muy seriamente lo de ponerme mechas, pero eso ya me pareció demasiado.

Era difícil imaginarme a Miguel Ángel poniéndose mechas.

—Últimamente hay muchos clientes que se las ponen —dijo mientras me alborotaba el pelo, estirándolo hacia mis mejillas—. Te quedarían genial porque resaltarían ese tono de piel tan bonito que tienes.

Le dije que me lo pensaría solo para que Charlotte me dejara irme de allí de una vez. Salí tan cabreado que me fui directamente a la joyería del otro lado de la calle para hacerme un pendiente en la oreja. No sé muy bien por qué lo hice; supongo que después de tirarme un día entero con una persona diciéndome qué comprar, qué llevar y cómo ondear mi melena, necesitaba tomar (al menos) una decisión por mí mismo. El resultado fue que, además de dolerme como una muela picada,

a mi madre le dio un infarto cuando vio el aro de oro. No obstante, me alegro de haberlo hecho. En parte porque me gustaba cómo me quedaba, pero sobre todo porque me recuerda un momento en el que fui yo quien tomó la iniciativa.

Después de cenar sonó el teléfono, pero ni Cornelia ni yo fuimos a cogerlo. Seguramente sería una de las amigas de mi madre, que llamaba para saber si estaba libre el viernes por la noche. Cada vez que ocurría algo así, mamá se quedaba media hora enganchada en el teléfono, por lo menos.

Puede que Cornelia y yo nos parezcamos físicamente a ella, pero en todo lo demás somos igualitos a nuestro padre. Mi madre es una persona muy sociable, siempre mantiene contacto con todo el mundo. Cuando mi hermana y yo éramos más pequeños, tenía un trabajo de jornada completa. Era presidente de Asociación de Padres, hacía un montón de servicios para la comunidad y aun así sacaba tiempo para ayudarnos a Cornelia y a mí a hacer dioramas de *El león, la bruja y el armario*. Entre medias de todo eso, se las ingeniaba para

quedar

con todos sus amigos del trabajo, de la universidad, del club de lectura, los padres de nuestros compañeros de clase...

Me echaba a reír cada vez que recordaba las discusiones que tenían mis padres antes de que nos mudáramos a Orion, cuando mi madre le decía que se iba a sentir muy sola aquí. Vinimos porque a mi padre lo trasladaron en el trabajo, lo cual también resultaba irónico, porque viaja tanto que podríamos decir que trabaja en todas partes menos en Orion. En menos de una semana (bueno, tal vez exagero, pero creo que ya habéis cogido la idea), mi madre consiguió un puesto importante como secretaria de la universidad, y en un abrir y cerrar de ojos, empezamos a recibir llamadas todos los días. Siempre era algún nuevo amigo que quería invitar a mis padres a cenar o a salir por ahí.

Parecía que llevábamos toda la vida en Orion, y no solo unos pocos meses.

Eso sí, si echabas un vistazo al comedor durante alguna de estas quedadas, te dabas cuenta de que todas las parejas que venían a casa lo hacían porque al menos uno de ellos era amigo de mi madre, y no de mi padre. De hecho, lo cierto es que mi padre no parecía tener ningún amigo, ni siquiera de esos de la universidad o del instituto a los que quieres mucho pero a los que solo ves en contadas ocasiones. Mi padre siempre se aísla un poco cuando está con gente.

No es que se quede apartado en un rincón, ni nada por el estilo, simplemente está... a lo suyo. Como si estuviera solo, incluso en medio de la multitud.

Siempre he pensado que se debía a su timidez, pero ahora me preguntaba si habría algo más, aparte de su propia personalidad.

¿Por qué estábamos en esa lista?

x0xOcallicatx0x0: Esta caja es increíble.

Cuando salimos de Tócala Otra Vez, Sam, llegó el momento de decidir quién se quedaría con la caja. Yo descarté la idea de guardarla en mi casa. Mi madre no es especialmente físgona, pero siempre anda por mi cuarto abriendo y cerrando cajones cuando hace la colada, así que no sería raro que terminaría encontrándola y preguntándome de dónde la había sacado. Y como la madre de Nia sí que era una cotilla, le dimos la caja a Callie.

Aunque su padre hacía todo lo posible por mantenerse sobrio y cuidar de ella lo mejor que podía, seguía siendo un poco más... distraído que los padres de Nia o los míos.

vidaSarteSvida94: Descríbenosla un poco mejor. No se ve bien en la foto que has mandado.

NAR1010: Sí, con el flash de la cámara no se ven bien los detalles.

x0xOcallicatx0x0: Tiene unas cositas que parecen botones.

NAR1010: ¿Has probado a pulsarlos?

x0xOcallicatx0x0: ¿Tú que crees?

Como nadie escribió más durante un rato, me puse a mirar la foto de la caja para intentar localizar los botones de los que hablaba Callie. De repente, me empezó a sonar el móvil y lo cogí sin apartar los ojos del ordenador.

Era Callie.

—Tengo a Nia en la otra línea. Hemos pensado que deberíamos subir la foto de la caja a la web.

—No sé, Callie —dudé al recordar la advertencia de Louise—. ¿Y si esa gente de la que hablaba Louise ve la foto en nuestra web?

—¿Y que pasa si la ven? ¿Qué van hacer, asaltar nuestras casas y robarla? —replicó Nia con una risita. Pero a Callie no le pareció tan divertido.

—Nia, es posible que esa gente sea la misma que atacó a Thornhill en su despacho. ¿Crees que dudarían un segundo en asaltar nuestras casas?

Desde que la conozco, he aprendido que es mejor no contradecir a Nia, pero nunca deja de sorprenderme.

—Es cierto, tienes razón —dijo tras una leve pausa.

En ese momento, la puerta de mi habitación crujió y casi me caí de la silla del susto. Aquella conversación sobre robos y allanamientos de morada me había puesto los nervios de punta.

Pero solo era Cornelia, cargada con un bol de helado de chocolate.

—Según mamá, esto es lo único que te mereces.

Le di las gracias y cogí el bol. Mi hermana aprovechó para acercarse al ordenador y examinar la foto de la caja que había en la pantalla.

—Como se entere mamá de que estás conectado, te va a caer una buena bronca.

—Vale, pues entonces estamos de acuerdo, ¿no —le dije a las chicas, ignorando a Cornelia—. No colgaremos la foto en la web, solo nos centramos en descubrir cómo narices funciona esa caja.

Nia soltó una de sus réplicas.

—¿Y cuándo se supone que vamos a hacerlo? Mi madre me ha dicho que tengo que volver a casa inmediatamente después del instituto, si no quiero quedarme castigada de por vida.

En esencia, exactamente lo mismo que me había dicho la mía durante la cena.

—¿Qué te parece a la hora de comer? —propuse.

—Por mi bien —respondió Nia.

—Yo no puedo —suspiró Callie—. La señora Watson me ha pedido que le dé clases de apoyo a Ryan Lewis. Durante toda la semana le estaré echando una mano con las mates a la hora de comer.

Yo nunca había tenido nada en contra de Ryan Lewis. Íbamos juntos a clase de Biología y creo que incluso salimos juntos a correr un par de veces el año pasado. Pero solo de pensar que Ryan iba a pasar todo ese rato a solas con Callie durante toda la semana, empecé a odiarle con toda mi alma y sin razón alguna.

—¿Qué foto es esa? —preguntó Cornelia, sin importante que estuviera hablando por teléfono.

Levanté un dedo para indicarle que esperarse un momento.

—Escuchadme, chicas ya pensaré en algo, ¿vale?

Dadme veinticuatro horas.

—Que sean doce —replicó Nia.

—Quince —regateé

—Hecho —aceptó Nia, justo antes de que alguien empezara a hablarle al otro lado de la línea—. Tengo que irme.



—Adiós, chicos —se despidió Callie.

—Adiós —dije, y colgamos todos a la vez.

Cornelia estaba apoyada sobre mi escritorio, con la nariz pegada a la pantalla.

—¿Por qué no queréis colgarla en la web? —preguntó.

No supe qué contestar a eso. ¿Debería contarle que teníamos en nuestras manos una caja que ansiaba un grupo de gente peligrosa y, por lo visto, violenta? Claro mi hermana sabía perfectamente a qué nos enfrentábamos. Como ya he dicho muchas veces, Cornelia es un genio de la informática, hasta el punto de que la hemos dejado solucionar cualquier problema que pueda surgir cuando la gente se registre en nuestra página para contarnos lo que sabe de Amanda. Por tanto, estaba metida en esto hasta el fondo. ¿Debía seguir ocultándole lo de la caja?

—Esta tarde hemos ido a Tócala Otra Vez, Sam —empecé, y a continuación le conté todo lo que había ocurrido aquel día.

Eso sí, fui incapaz de decirle que había visto los nombres de nuestra familia en el ordenador de Thorhill. En lugar de eso, terminé preguntándole como quien no quiere la cosa:

—Oye, no es nada importante, pero... Si tuviera que acceder al portátil de Thornhill, tú podrías echarme una mano, ¿verdad?

Cornelia no sonrió, pero estaba claro que, por dentro se moría de risa por mi patético intento de disimular.

—Sí, ya, así que nada importante, ¿eh? Simplemente se te acaba de ocurrir que estaría bien acceder al ordenador del subdirector Thornhill, que casualmente está ingresado en la UCI en estado de coma. Qué curioso, ¿verdad?

—Es que se me ocurrió una broma muy buena, pero necesito la contraseña de cuenta de Facebook y... —empecé a invitarme forzando una sonrisa.

Mi hermana enarcó una ceja, después echó un último vistazo a la pantalla y se dio la vuelta, dispuesta a marcharse.

—¡Espera! —le dije—. ¿Sabes si ha aparecido algún comentario en la web escrito por un tal Frieda?

Frieda Levinson era la artista que Amanda me llevó a conocer a Baltimore. Aquel día nos saltamos las clases, pero Amanda dejaba de repetir que, por su contenido didáctico, podíamos considerar nuestro viaje como una excursión escolar. Desde que las chicas y yo descubrimos que las distintas historias que nos había contado sobre su familia no eran ciertas, los pocos adultos que relacionábamos con ella (y que efectivamente existían) cobraron una gran importancia. Llevaba varios días dejándole mensajes a Frieda en el buzón de voz, pero no me había devuelto las llamadas, y el número de teléfono del estudio al que me llevó Amanda ya no existía. Tenía la esperanza de que Frieda se hubiera puesto en contacto con nosotros a través de la web.

Cornelia negó con la cabeza.

—No, lo siento. Ha habido un montón de *posts*, pero no recuerdo ninguno de alguien llamado Frieda. Puedes comprobarlo si quieres, a lo mejor se me ha pasado.

—Tal vez lo haga —dije—. Gracias.

Me quedé mirándola mientras salía de la habitación y, en cuanto cerró la puerta, me puse a dar vueltas con la silla, lentamente, mirando el techo. *Bennett, Cornelia. Bennett, Henry. Bennett, Katherine. Bennett, Edmund.*

La lista de de Thronhill, los nombres de mi familia, las cosas de Amanda que aparecían como por arte de magia en la tienda de Louise, la caja... Todas y cada una de las pistas nos conducían a otro callejón sin salida. ¿Debería intentar acordarme de los nombres que aparecían en el ordenador del subdirector. ¿O sería mejor tratar de localizar a Frieda? Quizá debería echar otro vistazo a las fotos que hizo Callie de la caja: con un poco de paciencia, puede que terminara descubriendo algo...

Agotado de tanto pensar y un poco mareado de dar vueltas en la silla, me paré y bajé la cabeza. En ese momento vi mi guitarra, guardada dentro de su funda y apoyada en la pared.

Había convencido al grupo para tocar *Baby get aboard my plane*, de los Lowdowners, en el concurso de talentos, pero apenas había tenido tiempo de ensayar los acordes. También vi mi mochila, encima de la cama. Dentro estaban las prácticas de laboratorio de Biología: tenía que entregarlas el miércoles y ni siquiera había empezado. Por no hablar de la



redacción de Historia sobre las consecuencias negativas del Tratado de Versalles para Alemania... de la que apenas tenía escrita la introducción y había que entregar dos páginas.

Me incorporé por coger la mochila, pensando en mi padre: parecía sentirse solo incluso en sus propias fiestas. Antes de que llegara Amanda, yo iba por el mismo camino, seguro hubiera acabado igual. Puede que no solo, necesariamente, pero sí aislado. Y ahora tenía a Callie y a Nia. No quiero sonar demasiado melodramático, pero Amanda me había salvado de futuro lleno de soledad... de una vida sin vida.

Había llegado el momento de devolverle el favor.

Se acabaron las contemplaciones. Volví a sentarme ante el ordenador y entré en proyectoamanda.com con la esperanza de que alguien, en alguna parte, supiera algo que nos fuera a servir de ayuda.

Capítulo 7



Transcrito por Denissa Levou

Corregido por Coni

Nada más llegar al instituto a la mañana siguiente, vi a Callie y a Nia apoyadas en la pared opuesta a la zona de dirección. Me había pasado toda la noche maquinando cómo podríamos entrar en el despacho de Thornhill. Y por lo visto no había sido el único: el primer comentario de Callie me lo dejó bien claro.

—¡Estamos tan cerca y a la vez tan lejos de ese ordenador! —suspiró.

Unos círculos oscuros comenzaban a dibujarse bajo sus ojos y me pregunté si habría dormido tan poco como yo.

—Vaya, Callie, no sabía que se te daban bien las mentiras —replicó Nia.

Callie le echó una mirada fulminante y después levantó las manos en un gesto de resignación.

—No es por cambiar de tema —dijo cambiando de tema—, pero he traído la caja.

Hizo un gesto hacia la mochila que llevaba colgada de los hombros, mucho más abultada que de costumbre.

—¡Pero si ahora no tenemos tiempo para...! —exclamo Nia.

—Chicas, ¡tranquilidad! Que no cunda el pánico. Aún me quedan unas cuantas horas para idear un plan —dijo, al ver que se respiraba tensión en el ambiente. Y hablando de tiempo, me acordé del reloj de Amanda.

I know you (x2) know me.

¿Habría algo más en mi vida además de misterios sin resolver?

Entonces sonó el timbre y Callie echó una última mirada en dirección al despacho de Thornhill.

—A veces se me olvida que hubo un tiempo en Endeavor en el que no me pasaba el día intentando colarme en las oficinas administrativas —dijo con voz nostálgica.

—Sí, pero en aquel entonces no eras feliz de verdad —le recordé sonriendo.

Callie me devolvió la sonrisa.

—Tienes razón —coincidió.

Dicho esto, cada uno se encamino a su primera clase.

Durante el almuerzo, mientras pensábamos dónde y cómo reunirnos para examinar la caja, Nia tuvo la amabilidad de recordarme que mi plazo de quince horas estaba a punto de cumplirse.

Desesperado, propuse la solución más obvia.

—Podríamos decir que vamos a casa de Callie a estudiar... no sé, para un examen final de Historia, o algo así.

Nia empezó a negar con la cabeza antes incluso de que terminara la frase.

—Mi madre me diría que cada uno tiene que estudiar en su propia casa. Además —prosiguió, aunque intenté interrumpirla—, no tardaría mucho en darse cuenta de que tramamos algo. Entonces me dejaría castigada durante el resto del año, o incluso de por vida. Preferiría no correr ese riesgo...

Terminó la frase encogiéndose de hombros. En el fondo tenía razón. Teniendo en cuenta que mi madre me cortaría la cabeza si supiera dónde nos estábamos metiendo, no podía imaginarme las medidas que tomarían unos padres tan severos como los de Nia.

Recordé lo anticuados que me parecieron la vez que estuve en su casa. En un momento de la comida, Cisco, que además de ser el hermano de Nia era el chico más popular de su curso (y probablemente del instituto y de todo Orion, incluso), empezó a comer de la ensalada con el tenedor grande. Bastaron dos sonoras palmadas de su madre para que el chico cambiara de tenedor enseguida, soltando el otro como si estuviera ardiendo. No me considero en absoluto una persona maleducada, pero aquella fue la única vez en mi vida que el padre de un amigo me hacía preguntas y yo respondía «No, señor» o «Sí, señor».

—Tal vez deberíamos turnárnosla. Que cada uno la tenga en casa durante un día o dos —sugirió Nia—, a ver qué podemos descubrir, y después nos juntamos e intercambiamos impresiones.

Le pegó un bocado a su sándwich y, como si probar la exquisita comida de su madre le hubiera recordado a ella, añadió:

—Creo que podré esconderla de mi madre durante un día por lo menos.

La verdad es que yo no podía decir lo mismo. Aunque mi madre no tuviera intención de buscar nada, parecía tener una especie de sexto sentido para encontrar las cosas que siempre me daba por esconder. Por ejemplo, hace cuatro años sintió la repentina necesidad de renovar el armario familiar el mismo día que escondí la pistola de agua de Danny Martin (todas las pistolas, sean del tipo que sean, están prohibidas en casa de los Bennett) dentro del cajón de los jerséis. Por eso siempre llevaba el reloj de Amanda encima, solo por si acaso. Pero eso no era la principal razón que me llevo a rechazar la propuesta de Nia.

—Creo que deberíamos de abrirla juntos —dije negando con la cabeza—. Sé que parece una tontería, pero...

Nia respondió rápidamente:

—No, me parece bien.

Su respuesta fue tan inmediata que tuve la certeza de que Callie y ella habían hablado en privado sobre mis «corazonadas». Todos teníamos muy presente la teoría (mía, en realidad) de que el verdadero apellido de Amanda no era Valentino, pero ninguno la mencionó en voz alta ni una sola vez.

—De momento vamos a dejar a un lado el tema de la caja. Por ahora estamos en un callejón sin salida —Nia parecía ansiosa por cambiar de tema—. Hablemos de la lista de Thornhill.

Intenté reconstruir la lista en mi cabeza. Había empezado a pensar que Frida también aparecía, pero es posible que fueran imaginaciones mías. Mientras hacía memoria, no supe qué era peor: no acordarme de quiénes estaban en la maldita lista, o imaginarme a Callie y a Ryan sentados en la biblioteca, juntos, riendo ante algún problema de mates difícil de resolver.

«Callie, me has ayudado un montón. Creo que me estoy enamorando de ti.»

«Ay, Ryan, qué torpe eres. Está claro que no puedes arreglártelas sin mí. Me parece que también me estoy enamorando de ti.»

Vale, esto se tenía que acabar. Sí o sí.

Con todo lo que estaba en juego, tenía cosas más importantes por las que preocuparme que las clases particulares de Callie. Aun así, desde que la vi cruzarse con Lee Forrest en el pasillo y pasar de largo sin dirigirle la palabra, había empezado a pensar que a lo mejor tenía alguna oportunidad...

Al final, encontré la solución a nuestro problema en el lugar más insospechado: la clase de Dibujo.

—Hola, Hal —me saludó el señor Varma.

Se había colocado detrás de mí y observaba el bodegón que estaba pintando. Representaba un bote de ketchup Heinz, un pepinillo mordisqueado sobre un plato y una servilleta arrugada al lado. Me había inspirado en una foto que saqué cuando mi madre, Cornelia y yo fuimos a cenar al centro comercial de Orion. Solo habían pasado dos semanas desde aquello, pero me parecía una eternidad.

A pesar de todo lo que tenía en la cabeza, me había metido de lleno en el cuadro. El agradable tacto del pincel y el suave olor de la pintura me sumieron en un estado de trance, lejos de todas mis preocupaciones.

—Hola, profe —respondí.

Al principio de curso pensé que el señor Varma era un profesor pésimo, porque casi no nos daba indicaciones sobre cómo hacer los trabajos.

Con el tiempo, sin embargo, llegué a comprender que bastaba con escuchar atentamente lo que decía, aunque no fuera mucho.

—Me gusta —dijo señalando la servilleta arrugada que tanto esfuerzo me había costado pintar.

—Gracias. Aunque el pepinillo no me termina de convencer.

El señor Varma observó el alimento deforme al que me refería y frunció el ceño.

—Sí, necesitas trabajarlo un poco más —coincidió—. Tal vez te vendría bien variar un poco el color.

Tenía razón. El problema no estaba en la forma. Era ese tono verde tan intenso el que hacía que el pepinillo no pareciera de verdad. Eso es.

El profe se dio la vuelta para marcharse, pero entonces chasqueó los dedos y dijo:

—Tengo que pedirte un favor.

La última vez que el seño Varma me pidió un favor, terminé cargando lienzos como un burro de carga desde un almacén que había al otro lado del instituto. ¿Qué querría esta vez?

—Eleanor está un poco... preocupada por los decorados de *Cómo gustéis*.

Qué raro me sonaba que los profesores se llamasen entre sí por sus nombres de pila. No tenía idea de quién me estaba hablando el señor Varma, hasta que caí en la cuenta de que debía de ser la señora Garner.

—Ah —me limité a responder.

No sabía adónde quería ir a parar, pero supongo que a algo relacionado con trastos extremadamente pesados que habría que cargar hasta una galaxia muy, muy lejana.

—Me preguntó si conocía a alguien que pudiera ayudarla con un problema de las hojas, y enseguida pensé en ti.

—¿Un problema con las hojas? —pregunté.

—Es decir, decorados que no parecen hojas pero que tendrían que parecerlo en un futuro muy cercano —respondió con una sonrisa irónica.

—¿Cuándo necesitaría que la ayudara?

—Después del instituto. Ahora que se ha montado todo este lío con la seguridad, están trabajando en los decorados durante los ensayos de la obra. Debe de ser bastante caótico, la verdad.

Probablemente le hubiera dicho que sí de todas maneras, pero fue su siguiente pregunta la que me convenció. No me cabía duda de que estaría encantado de pasar varias tardes trabajando alegremente el follaje de los decorados del bosque de Arden.

—Y no conocerás a alguien que pueda echarle una mano con los trajes, ¿verdad? —añadió en última instancia.

En ese momento vi la luz y supe que al menos uno de nuestros problemas tenía solución.

—Pues ahora que lo dice... sí, creo que conozco a las personas adecuadas.

—Siento quitarte la ilusión, Hal, pero si piensas que todas las chicas sabemos coser por el simple hecho de ser chicas, estás muy equivocado —me dijo Nia con los brazos cruzados y esa cara de mala leche tan característica.

Pensé que Nia se pondría como loca: mi plan para reunirnos después de clases era perfecto. No obstante, cuando me la crucé junto a su taquilla y se lo conté, no le hizo ninguna gracia saber que, desde ese momento, Callie y ella formaban parte del equipo de vestuario de *Cómos gustéis*.

—¿Quién está hablando de coser? —le pregunté, conteniéndome las ganas de soltarle alguna bordería.

—Vaya, perdóname, pero juraría que he oído las palabras «diseño de trajes» —Nia remarcó las comillas haciendo un gesto con los dedos en el aire.

—¡Pero si es una idea estupenda! —exclamé algo irritado, incapaz de mantener la calma por más tiempo.

Entonces levanté la vista y distinguí a Callie a lo lejos. Tuve que llamarla cuatro o cinco veces para que se diera por aludida en medio de toda la confusión que había en el pasillo. Mientras Nia y yo nos acercábamos hasta ella, un mensajero entró por la puerta principal, cargando con un paquete que tenía pinta de ser un enorme ramo de flores.

—He dado con el plan perfecto —le dije a Callie cuando vi la pregunta reflejada en sus ojos.

Nia soltó un bufido.

—No le hagas caso a Nia —le dije.

Callie se unió a nosotros y los tres continuamos avanzando por el vestíbulo.

—¿Y si te digo que vamos a tener varias horas todas las tardes para descubrir cómo funciona la caja de Amanda? —dije con gran entusiasmo, como un locutor deportivo.

En ese momento, el mensajero entró con el paquete en la zona de dirección.

—¿Y si te digo que, en realidad, te vas a tirar esas horas cosiendo? —replicó Nia—. Gracias a Hal, claro.

Me estaba empezando a cansar de tantas quejas.

—¡Diseñar los trajes no implica tener que coserlos! —exclamé, parándome en seco.

—No tengo ni idea de qué estáis hablando —interrumpió Callie—, pero si tiene que ver con trajes, seguro que nos va a tocar coser.

¿Por qué narices tenían que ponérmelo tan difícil?

—No se trata de eso, es... como lo que estuvisteis haciendo ayer en la tienda. Os encantaba todo el rollo ese de la ropa, ¿no? —dije, y representé con mímica la acción de levantar un vestido y empezar a examinarlo.

Callie y Nia intercambiaron una mirada que lo decía todo: «Hal ha perdido la chaveta».

—Pues yo creo que más bien será esto —respondió Nia, haciendo el gesto de pasar un trozo de hilo por una pieza de tela.

—Muy bien, ¿y no podríais... —repetí su gesto de coser— durante un par de tardes si eso nos permite a los tres pasar un rato a solas lejos de casa?

Nia se dio la vuelta hacia Callie.

—El brillante plan de Hal consiste en que formemos parte del equipo de vestuario de la obra de teatro para examinar la caja durante los ensayos.

Callie me miró para confirmar las palabras de Nia, y yo asentí. Después se giró hacia Nia.

—¿Y te parece mal? —preguntó, confusa.

—¿A ti no? —preguntó Nia a su vez, sin dar crédito a lo que oía.

—Pues no sé... —respondió Callie, encogiéndose de hombros—. Tampoco es que nos esté pidiendo nada del otro mundo, ¿no?

—Dejadme que os diga una cosa: nadie sería tan tonto como para llevar una camisa cosida por mí —Nia señaló los botones de latón que cerraban su jersey rojo—. Para conseguir este resultado, se necesita a un profesional.

—¡Eso mismo dice mi madre sobre la cocina! —coincidí, y justo en ese instante, la señora Leong asomó la cabeza por la puerta de la zona de dirección.

Nos miró con los ojos entornados, como si le costara trabajo reconocernos.

—Vaya, justo os estaba buscando —anunció.

¿Alguna mala noticia? ¿Habría vuelto el agente Marsiano? Se me erizaron los pelillos de la nuca de solo pensarlo.

—Ha llegado un paquete para vosotros —añadió la señora Leong.

Intercambiamos una mirada de asombro. ¿Qué había llegado el qué?

—Amanda —susurró Nia.

Con el corazón a mil palpitaciones por minuto, seguí a las chicas hasta la zona de dirección. Delante del escritorio de la señora Leong había un paquete sobre el mostrador, envuelto en un papel rosa muy llamativo.

Era el mismo bulto que cargaba el mensajero hacía apenas unos minutos. Cuando me acerqué, vi que llevaba grapado un sobre morado en el que ponía:

Hal Bennett, Callie Leary, Nia Rivera.

Era la letra de Amanda.

Recordé el último mensaje que nos había enviado a todos a la vez: una postal que rompió en tres pedazos para dejarlos después en cada una de nuestras taquillas. Hacía ya dos semanas desde que el sábado que tuvimos que venir al instituto para cumplir el castigo. Me entraron

ganas tremendas de agarrar el paquete, protegerlo con mi cuerpo y salir corriendo hacia un lugar seguro.

Por suerte, Callie se hizo cargo de la situación.

—Muchísimas gracias, señora Leong —dijo, acercándose al paquete sin cogerlo.

Parecía muy tranquila, como si el hecho de que tres estudiantes recibieran un paquete fuera lo más normal del mundo en Endeavor.

Pero la señora Leong no parecía tan serena. Mordiéndose el labio, puso una mano sobre el paquete y la otra sobre el mostrador.

—No es nada habitual que los alumnos reciban paquetes en el instituto. No estoy segura de que...

Eché un rápido vistazo a la puerta del despacho del subdirector, como si hubiera olvidado que no podía consultar con el señor Thornhill el procedimiento adecuado en esta situación. Con una sonrisa de oreja a oreja, Callie se acercó a la señora Leong y le susurró algo al oído. Al escucharlo, la secretaria esbozó una enorme sonrisa, algo inédito hasta la fecha.

—¿En serio? —preguntó.

Callie asintió y se encogió de hombros, como queriendo decir: «Qué cosas, ¿eh?».

La señora Leong le entregó el paquete y después nos miró como si estuviera deseando abrazarnos.

—Sois un verdadero encanto, chicos —dijo.

Nia intentó ocultar su desconcierto detrás de una sonrisa un poco forzada, y creo que yo hice lo mismo, más o menos. Afortunadamente, la señora Leong interpretó nuestras reacciones como una muestra de timidez, más que de extrañeza.

—No olvidéis contarme cómo reacciona cuando lo vea, ¿de acuerdo? —nos pidió la secretaria.

—Desde luego —le aseguró Callie, y un segundo más tarde estábamos al otro lado de la puerta de dirección, sumergidos en el caos del pasillo, justo antes de la última hora de clase.

Mientras Nia se afanaba en arrancar el sobre morado del paquete, le pregunté a Callie qué le había dicho a la señora Leong.

—Simplemente, que nos habíamos enterado de que la señora Garner estaba teniendo problemas con la obra y que habíamos decidido echarle una mano con los trajes y los decorados. Bueno, y también que le habíamos encargado un regalo como muestra de nuestra confianza en que la obra será todo un éxito —sonrió, satisfecha por su ocurrencia.

—¡Gran idea, Callie! —exclamé.

—Maldita sea —murmuró Nia, apretando los dientes mientras seguía intentando desenganchar el sobre—, esto está como cosido.

—La clave de una buena mentira es que sea lo más parecida posible a la verdad —explicó Callie a gritos, para que pudiera escucharla por encima del alboroto del pasillo.

—Lo tendré en cuenta para el futuro —respondí con otro grito.

—¡Ya está!

Callie y yo rodeamos a Nia mientras sacaba la tarjeta del sobre. No me hacía falta tener ningún presentimiento para saber que los tres nos moríamos por leer el mensaje de Amanda.

Pero la tarjeta... estaba en blanco.

Ninguna frase, ninguna palabra... Nada.

Solo había un pequeño dibujo en la esquina superior izquierda: ese coyote que todos conocíamos tan bien. Nia le dio la vuelta a la tarjeta un par de veces, como si no se lo acabara de creer.

Casi se podía palpar nuestra decepción.

—¿Pero qué es...? —empezó a decir Nia, pero Callie la interrumpió.

—Dentro.

—¿Qué? —preguntó Nia, confusa.

—El mensaje está dentro.

Nia se pasó una mano por la frente, y mientras Callie sostenía el paquete en alto, retiramos aquel deslumbrante envoltorio rosa que, dicho sea de paso, era el más hortera que había visto en mucho tiempo.

No sé que esperábamos encontrar en el interior, pero, definitivamente, no aquel horrible centro de flores, todo un insulto para las demás flores del mundo. Había margaritas teñidas en tono azul, crisantemos rosas y un puñado de flores naranjas que fui incapaz de reconocer. En mitad de aquella abominación floral, había una tarjetita de plástico con un texto en letras doradas: «Que te mejores pronto».

¿De verdad Amanda se había tomado la molestia de enviarnos este ramo tan feo? ¿Acaso no tenía cosas más importantes que hacer, como huir, por ejemplo?

Nos habíamos quedado pasmados, mirando las flores sin decir ni una palabra. Finalmente, fue Nia la que rompió el silencio.

—¿Eso es todo? —preguntó, claramente furiosa—. ¿Un ramo para que alguien se mejore pronto?

—Un ramo horrendo, querrás decir —añadió Callie.

—Sí, y si hay que mejorarse de algo, será del daño producido por ver unas flores tan espantosas —resopló Nia, harta de tantos enigmas absurdos.

Era cierto: el centro de flores era realmente feo. Recordé la delicada corona de margaritas que llevaba Amanda la mañana que me la crucé en el bosque. ¿Cómo era posible que esa misma persona hubiera elegido unas flores tan repugnantes? Pero la tarjeta y la caligrafía no dejaban lugar a dudas de que era obra de Amanda.

Nia dio un paso atrás, se cruzo de brazos y contempló las flores con el ceño fruncido.

—Creo que lo acabo de pillar —anunció.

—¿En serio? —dijo Callie.

—Os parecerá una locura —prosiguió Nia.

—¿Peor que alguna de las soltado últimamente? —señalé.

—Esto es un mensaje —afirmó Nia sin dejar de mirar el deprimente centro de flores.

—Ahora me recuerdas a mí —dije, y se me escapó una sonrisa.

Nia me miró y arqueó una ceja antes de proseguir.



—¿A quién conocemos que esté enfermo?

—A nadie —respondió Callie, negando lentamente con la cabeza.

—Bueno, vale, enfermo no —se corrigió Nia—. Pero ¿a quién conocemos que esté en el hospital?

Las palabras de Nia me golpearon con tanta fuerza como si fueran puñetazos. Aquellas flores eran algo parecido a una caricatura, una especie de parodia de los ramos de flores que la gente enviaba a las personas que estaban en el hospital. Lo cual solo podía significar una cosa. O una persona, mejor dicho.

—Thornhill —susurramos Callie y yo al unísono, boquiabiertos.

—Thornhill —repitió Nia, asintiendo con la cabeza—. Amanda quiere que vayamos a visitar a nuestro subdirector.

Capítulo 8



Transcrito por Lilith Odonell

Corregido por cintia

No me gusta mentir, y aunque en este caso no iba a hacerlo (al menos no en el sentido estricto de la palabra), estaba claro que tampoco iba a decir toda la verdad. Aun así, cuando llamé a mi padre para decirle que había decidido ayudar a la señora Garner con los decorados, me consoló pensar que efectivamente era eso lo que iba a hacer, aunque no aquella tarde en particular. No obstante, puede que esa clase de mentiras por omisión tuvieran validez antes un jurado, pero seguro que no colarían con una jueza como Katherine Bennett. Por la cara que puso Nia después de hablar por teléfono con sus padres, supe que no era el único que se sentía un poco culpable. Esa sensación nos acompañó durante todo el camino de ida hasta el aparcamiento.

—Lo estamos haciendo por un bien mayor —nos aseguró Callie mientras sacábamos las bicis.

—El fin justifica los medios —coincidió Nia, al tiempo que montaba en la suya.

De pronto, recordé una cita que me dijo una vez Amanda:

—Gandhi decía que «los medios impuros desembocan en fines impuros».

Los tres nos quedamos callados durante unos instantes, hasta que Callie rompió el silencio.

—Sí, ¿pero recordáis lo que ocurrió? —preguntó con rotundidad.

Pensé en el asesinato de Gandhi.

—Buena observación —asentí—. ¡Sigamos adelante!

Salimos del aparcamiento en fila india, algo que empezaba a ser una costumbre.

El Hospital General de Orion es un complejo médico sorprendentemente grande para una ciudad tan pequeña como la nuestra. Pese a que seguimos las indicaciones de los carteles repartidos por todo el lugar,

nos llevó un buen rato encontrar la entrada principal. Dejamos las bicis en el abarrotado aparcamiento que había frente a la enorme puerta giratoria. Callie se disponía a entrar, pero le coloqué una mano en el hombro y le hice retroceder.

—Espera un segundo —dije.

Callie se dio la vuelta para mirarme, sin comprender.

—Tendremos que inventarnos una excusa para explicar por qué hemos venido, ¿no?

Igual estaba siendo un poco paranoico, pero en cuanto recordé qué circunstancias habían llevado a Thornhill al hospital, mi inquietud me pareció totalmente justificada.

De hecho, apostaría a que me estaba quedando corto.

—Podemos decir que somos sus hijos —propuso Nia—, y que hemos venido a traerle esto.

Metió la mano en su mochila y sacó el centro de flores (algo espachurrado), un regalo que no querría ni para mi peor enemigo.

—Bueno, teniendo en cuenta que es nuestro subdirector —dijo Callie—, de alguna manera somos sus chicos, ¿no es verdad?

—Sus chicos, sí, pero no sus hijos —repliqué.

—Un detalle sin importancia —sentenció Nia.

Un segundo después, atravesamos la puerta giratoria y accedimos al vestíbulo. Como en cualquier hospital que se precie, la calefacción estaba a tope y un olor a antiséptico flotaba en el ambiente.

Nuestra historia funcionó de maravilla en la primera planta, donde una mujer de melena pelirroja y rizada, con cara de estar deseando acabar su turno, nos entregó tres pases a nombre de Nia Thornhill, Callie Thornhill y Hall Thornhill. Aunque no era más que una pegatina, llevar puesta esa identificación hizo que me sintiera como una persona diferente, como si realmente fuera hijo del subdirector. Me pregunté cómo sería Hal Thornhill. ¿Se le daría bien los dictados? Me lo imaginé muy responsable, siempre haciendo su cama con mimo y cuidado, todo un buen chico.

—Y si alguien nos pregunta, ¿qué se supone que vamos a decir? ¿Que somos trillizos? —preguntó Callie mientras subíamos en un ascensor más lento que el caballo del malo.

Parecía bastante nerviosa, así que le agarré la mano para reconfortarla. Callie deslizó sus dedos entre los míos con suavidad y calidez, y me dio un pequeño apretón para agradecer mi gesto.

—Si llegamos a ese punto, tendremos cosas más importantes de las que preocuparnos que de si somos trillizos o no —respondió Nia.

El número del panel pasó del dos al tres y el ascensor se detuvo con un pequeño timbrazos. Un segundo después, las puertas se abrieron y nos encontramos ante un pasillo. Al fondo había un letrero en la pared que decía UNIDAD DE CUIDADOS INTENSIVOS en letras muy grandes. La flecha indicaba que debíamos seguir de frente. Mi madre, que está enganchada a esas serie de médicos que se pasan el día coqueteando y haciendo comentarios ingeniosos y apenas les queda tiempo para salvar vidas, había sabido la diferencia entre la unidad de cuidados intensivos y la de vigilancia intensiva. A mí, tanto la una como la otra me sonaban igual de mal y me ponían los pelos de punta.

Antes de que pudiera dar un paso, Nia me detuvo agarrándome del brazo.

—Antes de que entremos, hay una cosa que quiero dejar clara.

Callie y yo asentimos.

—Si alguien pregunta, la mayor soy yo —dijo señalándose a sí misma.

Y dicho esto, me soltó el brazo y empezó a caminar por el pasillo.

—Estoy hasta las narices de ser la hermana pequeña —refunfuñó, al tiempo que empujaba la puerta que nos llevaría hasta Thornhill.

La unidad de cuidados intensivos era una amplia estancia con puertas numeradas a cada uno de los lados. Al fondo vimos un mostrador circular, pero lo cierto es que no había ninguna enfermera a la vista. En la sala reinaba el silencio, roto de vez en cuando por el pitido de alguna máquina.

La habitación 334 se encontraba a nuestra izquierda y tenía una plaquita con el nombre ATWOOD, C. A continuación estaba la 333, con los nombres KNIGHT, E. y FELTZ, L. en nuestros pases ponía

«Thornhill, R. UCI, 330», y cuando ya empezábamos a pensar que todo esto había sido pan comido, una enfermera salió de una de las habitaciones que estaban en el extremo más alejado de la sala de espera y llegó caminando a paso ligero.

No parecía mucho mayor que nosotros. De hecho, tenía más pinta de animadora de Endeavor que de profesional de enfermería. Llevaba la melena rubia recogida en una coleta y, en cuanto nos vio, nos dirigió una sonrisa radiante.

—¡Hola chicos! —exclamó con jovialidad.

No me había extrañado nada que después se hubiera puesto a gritar «¡Dame una E!», ondeando como loca con pompones. Mi madre siempre dice que con la gente es como con los libros: no puedes juzgarlos por la cubierta. Pero vamos, si esa chica era lo único que nos separaba del subdirector Thornhill, no teníamos nada de qué preocuparnos.

—Hola —la saludé con otra sonrisa.

—¡Hola! —repitió ella, sonriendo todavía más y mostrando una hilera de dientes blanco perfecto.

—¿Puedo ayudaros en algo? ¡Madre mía, qué ramo tan bonito!

Nia soltó una risita sarcástica casi imperceptible.

—Hemos venido a ver a nuestro padre —dijo Callie.

Le enfermera abrió sus ojazos azules al máximo y siguió con su ronda de exclamaciones.

—¡Qué monos! —suspiró, enternecida por nuestro papel de hijos modelos—. Y dime, cariño, ¿cómo se llama vuestro padre?

No sabía quién de los tres se refería con lo de «cariño», pero respondí de todas maneras.

—El señor.... —empecé a decir.

—Roger Thornhill —me cortó Nia y, acto seguido, le quitó las flores a Callie y las sostuvo en alto, como una prueba de nuestras buenas intenciones.

Por un momento me pareció que algo cambiaba detrás de la fachada de simpatía de la enfermera, y me pregunté si el subdirector estaría en peor estado de lo que pensábamos. Puede que incluso hubiera....

—Esperad que compruebe algo —dijo la enfermera de camino al mostrador—. No sé si será buen momento para...

Cogió el teléfono y empezó a murmurar algo en voz baja; después escuchó lo que decía su interlocutor y colgó.

—Sentaos ahí un ratito —nos pidió, sin perder la sonrisa en ningún momento.

Después se acercó a nosotros tanto que, por un segundo, llegué a pensar que iba a darnos un abrazo de grupo. En lugar de eso, nos hizo retroceder hasta una fila de asientos que había entre las habitaciones 331 y 330. Cuando sentí el roce de la silla de plástico en los gemelos, me senté aun sin tener realmente intención de hacerlo. Al girarme, vi una especie de caja transparente que tenía estampadas estas palabras «En caso de emergencia, levantar la tapa y apretar el botón». Efectivamente, bajo el plástico había un botón rojo, y me pregunté, con un escalofrío, qué clase de emergencia podría ser tan grave como para necesitar más ayuda de la que se encuentra de por sí en una unidad de cuidados intensivos.

Cuando la enfermera regresó a su puesto, un pensamiento curioso se me cruzó por la cabeza: ahí estábamos los tres, sentados a la espera de ver al señor Thornhill, como si hubiéramos vuelto al principio de cómo empezó todo esto. Recodé la frase que tanto le gustaba citar a Amanda.

Plus ça change, plus c'est la même chose.

Por mucho que cambien las cosas, todo sigue igual.

La enfermera se colocó detrás de su escritorio. No nos miró ni una sola vez, y al principio pensé que estaba enfrascada en su trabajo; pero al cabo de un rato, su manera de actuar empezó a parecerme... muy poco natural. Como si estuviera haciendo un gran esfuerzo para no mirarnos.

¿Parecía una locura? Esta chica era enfermera y, por tanto, tenía un montón de enfermos de los que preocuparse. Vamos, que tendría cosas más importantes que hacer que vigilar a tres chavales de instituto que habían venido a ver a su «padre».

Aun así, algo no encajaba. Miré a las chicas, pero era difícil adivinar si la tensión que delataban sus rostros se debía a otra cosa que no fuera habernos colado en un hospital. Y encima para ver a un hombre que

posiblemente había sido agredido por las mismas personas que habían causado la desaparición de nuestra amiga.

Muy lentamente, con movimientos casi imperceptibles para no delatarme, empecé a ponerme de pie.

Ni Callie ni Nia se dieron cuenta, pero en el momento en el que levanté el culo de la silla, la enfermera (aparentemente enfrascada en su tarea) se puso en pie de un salto.

—¿Puedo ayudarte en algo? —su sonrisa era tan amplia como de costumbre, pero me pareció menos entusiasta y más amenazadora que antes.

Me fijé en que había puesto la mano sobre el teléfono, y empecé a tener el horrible presentimiento de que había juzgado mal este libro.

—He pensado que tal vez este no sea el mejor momento para visitar a nuestro padre —dije, agarrando a Nia del brazo hasta ponerla de pie.

Y entonces ocurrieron tres cosas simultáneamente:

—¿Qué estas hacien...? —preguntó Nia, que estuvo a punto de dejar caer las flores.

—¡Sentaos ahora mismo! —exclamó la enfermera, al tiempo que se llevaba el auricular a la oreja.

—Vaya, vaya, vaya... Pero si son los chicos de Thornhill —dijo una voz desconocida.

Al girarnos vimos a un médico que acababa de atravesar las puertas de la UCI. Iba acompañado por un guardia de seguridad del hospital.

Capítulo 9



Transcrito por Fany

Corregido por Cintia

—**A**quí están, doctor Plummer —dijo la enfermera, dando una palmada y pegando un saltito de entusiasmo.

—Muchas gracias —respondió el médico acercándose hasta nosotros.

Debía de medir alrededor de 1,70. El cabello ceniciento, las gafas de montura plateada, la bata blanca de médico y la carpeta que llevaba bajo el brazo le conferían la apariencia de un espectro, hasta el punto de que podrías pasar junto a él sin percatarte de su presencia.

— Así que habéis venido a ver a vuestro padre —dijo con voz seca, aunque al mismo tiempo nos dirigió una enorme sonrisa, como si conversar con los familiares de los pacientes internados en la UCI fuera su pasatiempo favorito.

—¿Es usted su médico? —preguntó Nia.

—Es posible —respondió el doctor Plummer clavándole los ojos.

El contraste entre su gélida voz y su cálida sonrisa era escalofriante, casi como si se tratara de dos personas diferentes compartiendo un mismo cuerpo.

—¿Podemos verle? —Callie cogió las flores que sostenía Nia y se las enseñó—. Le hemos traído esto.

—Todo a su tiempo —replicó el médico, inclinándose para examinar las pegatinas con nuestros nombres—, Nia, Hal y Callie.

Cuando leyó el nombre de Callie, me pareció percibir cierta decepción en su voz, como si esperase encontrar a otra persona en su lugar.

—Los tres hijos de Thornhill —dijo en voz alta, y se cruzo de brazos antes de proseguir—. Bueno, bueno, bueno. ¿Y qué os trae por aquí?

—Ya se lo hemos dicho. Estamos buscando a Roger Thornhill —dijo Nia.

Me pregunté si el hecho de llamarlo Roger Thornhill en lugar de «nuestro padre» significaba que ella también empezaba a darse cuenta de la fragilidad de nuestra coartada.

—Sí, ya sé que a los tres os encanta buscar gente, ¿no es así? —sugirió el doctor Plummer.

Aquel comentario nos cayó como un jarro de agua helada.

—¿Qué? —exclamó Callie.

—¿Qué insinúa? —preguntó Nia con su habitual tono borde, acercándose para encararlo.

El guardia, que hasta entonces había permanecido junto a la puerta, también avanzó unos pasos, pero el doctor Plummer le hizo un gesto para que retrocediera.

—Tranquilo, no hay necesidad de montar un escándalo —después de calmar al gorila, añadió casi en susurro—. ¿Qué habéis descubierto?

Nia ignoró su pregunta.

—¿Dónde está Thornhill? —inquirió.

—¿Y ella? ¿Dónde está? —replico el médico apretando los dientes.

—No sabemos de quién está hablando. Solo hemos venido a ver a Roger Thornhill —respondió Nia sin dejarse amilanar por la furia que veía en sus ojos.

—Eso me han dicho —respondió Plummer—. Por desgracia, Thornhill ya no está en el hospital.

—¡¿Qué?!—exclamó Callie.

El doctor se encogió de hombros, como si lamentara profundamente no poder ayudarnos. Después se acercó hasta el escritorio de la enfermera y dejó la carpeta que había traído sobre el mostrador.

—Necesito que me archives esto cuando tengas un momento —murmuró, y la enfermera asintió con la cabeza.

Me pregunté si habría alguna conexión entre esa carpeta y el señor Thornhill, o si sería de otro paciente con el que Plummer justo estuviera trabajando cuando se enteró de que estábamos allí.

—¿Le ha ocurrido algo? —preguntó Callie.

El médico se dio la vuelta con el rostro enrojecido por la furia.

—¿Por qué os negáis a responder a mi pregunta?

—No tenemos nada que contarle —Nia había adoptado su postura de combate, con los brazos cruzados y un pie adelantado—. Si no piensa decirnos dónde está Roger Thornhill, nos largamos y se acabó.

—¡Que niños tan adorables! —exclamó el doctor dirigiéndose al guardia—. ¿No es enternecedor ver el cariño que sienten por su padre?

El guardia esbozó una sonrisa sarcástica, pero no dijo nada.

¿Se podría considerar esto una emergencia? ¿Había llegado el momento de pulsar el botón rojo?

—Me alegro de que se sienta conmovido, doctor —dijo Nia, remarcando la última palabra con tanto sarcasmo que casi pareció un insulto.

O una pregunta.

—Sí, sí, realmente conmovido —dijo Plummer, oteándonos a través de sus lentes. Después se las quito y empezó a limpiarlas—. Sabéis que hacerse pasar por familiares de un paciente es un delito, ¿verdad? —devolvió las gafas a su sitio y nos escrutó nuevamente a través de ellas—. Y, si no me equivoco, no sería la primera vez que os las tenéis que ver con las fuerzas del orden de Orion, ¿no es cierto? Y también tengo entendido que no sienten especial simpatía por ti, ¿no es así, Hal Thornhill? —dijo acentuando el apellido con sarcasmo, y sus ojos se clavaron en mí.

Hice un gran esfuerzo por sostener la mirada, pero fue Nia la que intercedió:

—¿Nos está amenazando?

En lugar de sentirse ofendido, el doctor Plummer se echó a reír con una risa amarga y espeluznante, sin ningún rastro de humor.

—Nada de eso, señorita. Jamás se me ocurriría amenazar a tres chicos tan encantadores. Prefiero, simplemente... vigilarlos. Ver qué se traen entre manos.

—Ah, ¿y acaso eso no es un delito? —exclamó Nia.

El doctor Plummer dejó de reírse tan rápido como había empezado.

—Mira, jovencita, antes de empezar con amenazas legales, piensa de qué lado estás —sonrió, satisfecho por la agudeza de su comentario

—Así es, todos deberíamos saber de parte de quién estamos.

El doctor Plummer no dijo nada más y, segundo después, desapareció por la doble puerta de la UCI, seguido muy de cerca por el guardia.

En cuanto se marchó, Callie y yo nos acercamos a Nia y chocamos los cinco con ella.

—¡Nia, eres una chica Bond! —exclamé.

—De eso nada —me corrigió ella meneando la cabeza—. Soy James Bond en persona.

Levanté las manos para indicarle que no pretendía ofenderla, mientras Callie esbozaba una pequeña sonrisa. Me di cuenta de que le temblaba la mano con la que sostenía las flores.

—Callie —dije—, dame eso y salgamos de aquí.

Alargué la mano hacia el ramo y, durante un segundo, me pareció que Callie iba a dármelo, pero de repente cambio de opinión y retrocedió.

—¡Espera!—susurró mirando de reojo a la enfermera—. Tengo una idea.

—¿Se puede saber que...? —empezó a decir Nia, pero se calló al darse cuenta que la tipa nos estaba mirando.

—Os sugiero que os marchéis de aquí. De inmediato —se puso en pie, precedida por su falsa sonrisa de animadora.

Sin apenas separar los labios, Callie murmuró:

—Seguidme la bola.

Y dicho esto, los tres nos acercamos lentamente al mostrador de enfermería. Cuando ya casi lo habíamos alcanzado, Callie empezó a decir:

—Bueno, ya que hemos traído las flores, sería una pena que...

Y entonces se encogió de hombros y pegó un traspie, llevándose por delante a Nia, que cayó al suelo dando un grito. Callie aterrizó sobre el mostrador y le tiró el centro encima a la enfermera.

—¡Idiotas! —gritó la chica cuando el agua de las flores se derramó sobre su uniforme y su escritorio—. ¡Sois tontas de remate!

Pasó la mano sobre su mesa para limpiarla, produciendo una cascada de agua que se estrelló contra el suelo.

—Ay, lo siento mucho —dijo Callie, apoyándose sobre el escritorio—. Creo que el teclado se ha salvado, pero...

La enfermera empezó a sacar pañuelos de papel para secar el teclado de su ordenador.

—¡Largaos de aquí! —estalló.

Callie se apartó del mostrador y ayudó a Nia a levantarse.

—Lo siento muchísimo, de verdad —volvió a decir.

La enfermera retrocedió un paso y se oyó un crujido de algo rompiéndose.

—¡Cuidado con el cristal! —añadió Callie, y a continuación nos susurró—: Larguémonos de aquí.

No hizo falta que lo dijera dos veces. Nia y yo echamos a correr detrás de ella. Atravesando el pasillo y cambiamos la lentitud del ascensor por la potencia de nuestras piernas. Mientras bajábamos por las escaleras de cemento, poco iluminadas y casi desiertas, se me ocurrió pensar que estábamos en el típico sitio donde el asesino arrinconaba al protagonista en las películas. Por suerte no nos topamos con nadie, y finalmente Callie empujó la puerta bajo el cartel de SOLO SALIDA y salimos a la calle, envueltos por la frescura del atardecer de Orion.

—¡Menuda pérdida de tiempo! —exclamé, dándole una patada a un contenedor que había por allí.

—El médico se refería a Amanda, ¿verdad? —preguntó Nia—. Es decir, decirme que no estoy teniendo alucinaciones...

—Lo he pillado —dijo Callie, que corría detrás de mí.

—Sí, todos lo hemos pillado. La cuestión es... ¿Por qué la buscan? —dijo Nia, exasperada.

—No —dijo Callie, poniendo una mano sobre el hombro de Nia y la otra sobre el mío.

Cuando nos dimos la vuelta para mirarla, caímos en la cuenta de que su rostro, al contrario que los nuestros, rebosaba entusiasmo y excitación.

—Lo que quiero decir —añadió—, es que he pillado esto.

Se metió la mano bajo el grueso poncho verde y sacó algo. Un instante después, ondeó ante nuestros ojos un sobre con el nombre de Roger Thornhill impreso en la lengüeta.

Capítulo 10



Transcrito por Angie J. Menkaure

Corregido por Valeria

Nia dio una palmada y luego un giro sobre sus talones.

—¡Madre mía! ¡Tú sí que eres James Bond en persona! Parece mentira que hasta hace nada escribieras tu nombre terminando en i.

—Voy a hacer como si no lo hubiera oído —replicó Callie, pero por su sonrisa estaba claro que no le había molestado en absoluto el comentario de Nia.

No perdimos más tiempo y abrimos la carpeta. Por lo finita que era, no esperaba encontrar dentro una novela, pero daba por hecho que habría un puñado de informes médicos y alguna información sobre sus parientes cercanos, datos sobre si era alérgico a la penicilina o cosas así. Pero lo único que había era un papel con el membrete del hospital y apenas tres frases:

«Roger Thornhill fue ingresado en el Hospital General de Orion el 24 de marzo, tras sufrir un traumatismo cerebral en el hueso esfenoideas que el provocó lesiones intra-axiales. El 27 de marzo fue trasladado del centro para quedar bajo el cuidado del Dr. Joy, en su laboratorio de Baltimore (Maryland). Los informes médicos del señor Thornhill quedan bajo custodia del Dr. Joy, cuyos datos se especifican más abajo».

El nombre del lugar donde se encontraba Thornhill estaba tachado y la firma que había debajo estaba era ilegible.

En la parte inferior de la página había dos letras garabateadas: la primera podría ser cualquier cosa, y la segunda parecía una J.

—Ha desaparecido —susurró Nia.

Callie sostuvo el papel en alto para examinarlo a la luz del ocaso.

—Es imposible leer lo que pone debajo de este tachón. No se distingue ni una sola letra —nos miró con impotencia—. No lo pillo. ¿Se supone que debemos buscar a ese tal doctor Joy?

—¿Y cómo podría Amanda saber algo de él? El mensaje era que fuéramos a ver a Thornhill —señaló Nia, cada vez más exasperada.

—O puede ser —propuso Callie— que nos mandara a buscar a Thornhill porque sabía que eso nos conduciría al doctor Joy.

La mención de Baltimore me recordó a Frieda. No había vuelto a tener noticias suyas. ¿Sería una simple coincidencia que Amanda me hubiera llevado a la misma ciudad donde el doctor Joy tenía su laboratorio?

—Entonces, ¿por qué no nos mandó directamente a Baltimore, a buscar a ese tal doctor Joy? —preguntó Nia, visiblemente afectada por aquella nueva decepción.

—Amanda conoce a una mujer en Baltimore, una artista llamada Frieda —dije—. Un día me la presentó. ¿Creéis que puede haber alguna conexión entre ella y ese médico?

Las dos se quedaron mirándome, sus ojos parecían rogarme que encontrara una solución, y pronto.

¿Pero qué podía hacer? No tenía ni idea de por qué Amanda nos había enviado ese centro de flores, ni por qué me había dejado un reloj con esa inscripción tan misteriosa, ni por qué Louise nos había dado una caja que éramos incapaces de abrir.

—Puf —suspiré—. Ni siquiera sabemos cuál es su verdadero apellido...

Por segunda vez, Callie y Nia intercambiaron esa mirada que tanto ponía en duda mi cordura. Lo había dejado pasar cuando estuvimos en Tócala Otra Vez, Sam, pero después de todo lo que nos había pasado aquella tarde, ya no podía más. Mi paciencia había llegado a su límite.

—¿Sabéis qué? Me largo —me acerqué a mi bici y le quité el candado. Cuando Nia y Callie me llamaron, me di la vuelta para gritarles—: ¡No estoy loco!

Por supuesto que no. De repente, otra idea me vino a la mente.

—Y si lo estoy, ¡es por culpa de Amanda!

Pasé una noche horrible, sin dejar de darle vueltas al coco. Al día siguiente, cuando me crucé con Callie en el vestíbulo del instituto, me sentía terriblemente avergonzado por mi estallido de furia. Al ver que ella me saludaba como si no hubiese ocurrido nada, me entraron ganas de abrazarla.

—Hola —me dijo con una sonrisa—. He traído la caja —añadió señalando su mochila.

Levanté los pulgares, intentando poner algo de optimismo a la situación. Sí, había que ser positivos: después de todo lo que había ocurrido, las cosas tenían que mejorar. Nunca volvería a discutir con ellas, y empezaba a confiar en que lograríamos abrir la caja durante el ensayo, y que allí encontraríamos la respuesta a algunas de las incógnitas que rodeaban a Amanda. Seguro.

—¡Vamos a conseguirlo! —exclamé apoyando una mano en la espalda de Callie, embargado por una curiosa mezcla de entusiasmo y esperanza.

Nia nos llamó y nos saludó desde el otro lado del vestíbulo. Su camiseta azul eléctrico destacaba muchísimo entre la multitud, y recordé los tiempos en que la mayor preocupación de Nia era pasar desapercibida.

Nos abrimos camino hacia ella y, cuando llegamos, Nia hizo una pompa con el chicle, como si así quisiera borrar todos aquellos días en los que había sido una don nadie. Comparado con Nia, Cisco Rivera era un chaval de lo más normal (aunque a algunas os pueda parecer una locura); guapote, sí, y un buen atleta también, pero mucho menos interesante que su hermana. Me pregunté durante cuánto tiempo seguiría siendo el «guay» de los hermanos Riviera.

Por cierto, Nia tampoco hizo ningún comentario sobre mi rabieta del día anterior.

—Muy bien chicos. Atravesamos esa puerta, firmamos lo que haya que firmar y después nos reclinamos en un rincón a solas con eso —dijo señalando la mochila de Callie.

—¡De acuerdo! —exclamó Callie, pero me dio la sensación de que su entusiasmo era un poco forzado.

—¿Estás bien? —le pregunté en voz baja mientras seguíamos a Nia al interior del salón de actos.

—Sí, claro —respondió rápidamente—. Es solo que...

Entonces alguien empezó a dar voces desde el otro lado de la sala: Heidi Bragg.

—¡Solo porque vaya a ir vestida de chico, no quiere decir que no pueda estar divina!

Sentada al borde del escenario, se apartó un mechón de pelo de la cara y dirigió una sonrisa a todas las personas que estaban repartidas por las butacas del auditorio, montando su numerito de diva.

—Es... ella —susurró Callie señalando a Heidi con la barbilla.

Cuando propuse la idea de aprovechar los ensayos para examinar juntos la caja, me había olvidado por completo de que Heidi era la principal de la obra. Ahora que caí en la cuenta, me sentí fatal.

—Ay, Callie, no sé en qué estaba pensando. Si te sientes incómoda... no te preocupes, ya nos encargaremos nosotros de la caja. Es una locura que estés aquí.

Nia se paró en seco en mitad del pasillo de butacas, y Callie y yo estuvimos a punto de llevárnosla por delante.

—Menudo panorama, ¿eh? —comentó pero por la expresión de su rostro, parecía más inquieta que cabreada.

Probablemente se dio cuenta de lo violenta que podía ser esta situación para Callie. Nia y Heidi nunca se habían llevado bien, pero entre Callie y Heidi las heridas del pasado aún no habían cicatrizado.

—Oye, Callie —dijo Nia fingiendo serenidad—, si prefieres no quedarte, lo entendemos, no pasa nada...

Callie se echó atrás la melena rizada en un gesto que, irónicamente, recordaba un poco a Heidi. Sus ojos desafiantes empezaron a centellear.

—¿Y qué queréis que haga? ¿Qué me quede me casa esperando junto al teléfono? De eso nada, monada.

No sé si fue mi imaginación, pero me pareció que sacaba pecho mientras lo decía.

Al escuchar la voz de Callie, Heidi giró la cabeza hacia nosotros. Esperé a que soltara alguna bordería como la vez que se puso a insultarla, cuando Callie se sentó con nosotros en la cafetería pasando de sus

antiguas amigas, las Chicas I. Pero en vez de eso, Heidi nos miró fijamente durante unos instantes y después apartó la vista sin decir una palabra.

Lejos de sentirme aliviado por su silencio, me estremecí. Esa chica daba miedo. Desde que puse los pies en Orion, todos hablaban sin parar de lo buena que estaba Heidi Bragg, pero a mí siempre me había dejado frío. No había duda de que era guapa, pero en un sentido completamente... sintético. No veía que se diferenciara demasiado de uno de esos maniqués que vemos en las tiendas de ropa.

—Vamos, chicos. Tenemos que encontrar a la señora Garner —dijo Nia, como dándonos a entender que lo mejor que podíamos hacer era ignorar la mirada de Heidi.

—Vale, vale, estaba equivocado, lo admito —me defendí—. Denúnciame si quieres.

—Pienso hacerlo, Hal Bennett, y tranquilo, que serás el primero en saberlo —dijo Nia, intentando que no se le cayeran los alfileres que tenía entre los labios, y pasó a mi lado cargada con una inmensa pila de ropa, arrastrando una cola de tela tras de sí.

Desde el momento en que le dijimos quiénes éramos y por qué estábamos allí, la señora Garner nos puso a trabajar. Antes de que pudiéramos decir nada, Callie y Nia quedaron al cuidado de la señora Hayworth, la profesora optativa de Economía del hogar. Solo habíamos coincidido un par de veces, cuando salieron del almacén cargadas con telas e instrumentos de costura. Desde entonces, no las había vuelto a ver.

Y yo tampoco es que estuviera ocioso precisamente. El bosque de Arden, pintado en la tela que haría las veces de decorado, parecía obra del hijo de Jackson Pollock y Georfia O’Keeffe. Estaba compuesto por unas extrañas figuras alargadas y una serie de manchurriones que supuse que eran arbustos, o tal vez las cabañas de los gnomos de Arden (aunque, por lo que recuerdo de las lecturas en clase de Lengua, no me suena que hubiera gnomos en esta obra).

—Enséñanos un poco de tu magia, Hal —dijo la señora Garner.

Sin ningún tipo de reparo, me dio un abrazo delante de todo el mundo. Los ojos le brillaban como si estuviera a punto de echarse a llorar.

—Confío en ti —añadió en un susurro.

—Pues... gracias —murmuré.

En vista de lo horrible que era el bosque de la tela, tuve que contenerme para no pedirle un soplete en lugar de las brochas y los botes de pintura, que me mostró a continuación.

Me llevó veinte minutos encontrar a alguien que supiera subir y bajar las telas de los decorados porque, aunque había un montón de gente pululando por allí, nadie tenía ni idea de cómo funcionaba el mecanismo. Siempre terminaban diciéndome que era mejor que esperase a la señora Wisp antes de meter mano en los decorados.

—No les estoy metiendo mano, solo los estoy arreglando —le solté a la última persona a la que pedí ayuda, que, como todas las demás, se limitó a encogerse de hombros cuando le dije que bajara el maldito decorado.

¡Tampoco pedía tanto! Solo un poco de tranquilidad para poder trabajar en mis dibujos, o pasar un rato a solas con las chicas para resolver por lo menos una de las incógnitas que nos había dejado Amanda. Pero en vez de eso, me vi encaramado a una escalera y estirando el brazo a más no poder para alcanzar la tela del decorado. Mi intención era convertir lo que parecía un platillo volante verde en algo que recordase (aunque solo fuera un poquito) un elemento de la naturaleza.

Amanda Valentino, cuando te encontremos, pagarás por esto.

Pero al fin y al cabo estaba pintando, y la cosa no habría estado tan mal de no ser por tener que escuchar a Heidi Bragg profanando el texto de Shakespeare. Admito que no soy un gran fan del Bardo, pero sus versos jamás habían despertado un deseo tan fuerte de salir por patas. Heidi era una actriz horrible, siempre sobreactuaba. Sus pausas dramáticas y su evidente falta de oído musical para recitar los soliloquios eran una verdadera tortura. ¿Qué había hecho yo para merecer me eso? Llegó un punto en el que no me habría importado gritar a los cuatro vientos todo lo que sabía sobre Amanda si con ello hubiera conseguido cerrarle el pico a Heidi.

Por lo general, cuando estoy pintando, ni siquiera me entero del móvil; pero en aquella ocasión, di gracias al cielo cuando sonó, pues así podría

distraerme un poco de la pésima interpretación de Heidi. Estaba tan ansioso por saber quién llamaba que, cuando fui a contestar, se me cayó la brocha al suelo, a tres metros de mis pies. Vi que tenía un mensaje de texto. Era de Cornelia.

AKBAN D PUBLICAR STO.

NO SÉ SI S LO Q SPERABAS.

S D LibreXaSerTú&Yo.

LibreXaSerTú&Yo. ¿Sería el Nick de Frieda? A continuación, mi hermana había incluido el texto del post.

HAL. SI ERES TÚ EL QUE ME ENVIA SMS

MÁNDAME UN SMS DICIENDO

QUÉ TE COMPRASTE EL DÍA

QUE NOS CONOCIMOS EN BALTIMORE.

—Vamos, Hal. Ya tienes la ropa guay, el peinado moderno y el pendiente. Ahora solo te falta esto para completar tu *look*.

—Deja de comerme la oreja, Valentino. Paso de todo ese rollo de los *looks* y otras chorradas por el estilo —respondí, un poco cohibido.

Estábamos en una tienda de ropa *vintage*, en el centro de Baltimore.

Amanda sostenía en alto una vieja chupa de cuero. La cremallera de plata centellaba en contraste con el desgastado material.

Amanda vestía una falda ceñida y una chaqueta de color azul marino, y tenía el pelo recogido en un moño. Llevaba unas zapatillas grises y unas medias con costuras en la parte trasera. Normalmente no me fijaba tanto en su aspecto, pero hoy era clavadita a las fotos de mi abuela, que había trabajado de secretaria en el Nueva York de los años 50.

—Hal Bennett, ¿de verdad pasas de tener tu propio *look*? —me preguntó ladeando la cabeza, como si le estuviera tomando el pelo.

—Déjalo, anda —le dije agarrándola del brazo que no sostenía la chaqueta—. Vamos a ver a Frieda.

El tono de mi voz debió convencerla de que estaba diciendo la verdad, porque dejó caer la chaqueta al suelo como si tal cosa.

Después, tomó mis manos entre las suyas y se quedó mirándome fijamente durante lo que me pareció una eternidad.

—Tienes un *look*, Hal, una estética. Pareces una persona con una profunda sensibilidad: un pintor que además toca la guitarra y es capaz de correr cinco kilómetros en menos de quince minutos.

Pese a la intensidad de su mirada, o puede que debido a eso mismo, me eché a reír.

—Mira, sobre lo de ser sensible no te sé decir, pero en cuanto al resto... No parezco ninguna de esas cosas Valentino. Es lo que soy.

—¡A eso me refiero! —exclamó, y a continuación se agachó, recogió la chaqueta y me obligó a probármela.

Con Amanda era mejor tomarse las cosas con humor y no discutir, así que me puse la cazadora sin rechistar y ella se colocó frente a mí para alisarme el cuello.

—¡Ajá! —dijo como si estuviera muy contenta contemplando un cuadro que acabase de pintar.

—¿Satisfecha? —pregunté

Me hizo moverme unos pasos a la izquierda y darme la vuelta para que me mirase en el espejo de un probador.

Debo admitir que la cazadora me sentaba de miedo. Era amplia de espaldas y se estrechaba en la cintura. Parecía que acababa de bajarme de la moto rumbo a una fiesta de los Rolling Stones.

—No negaré que tienes un buen ojo para la ropa, Valentino.

No obstante, empecé a sentirme fuera de lugar, porque nunca llegaría a molar tanto como aquel chaval que aparecía ante mis ojos en una chupa de cuero.

—Venga, vámonos de una vez —dije al tiempo que empezaba a quitarme la cazadora.

Pero Amanda me detuvo poniéndome una mano en el pecho.



—Ahora vas a decirme que la ropa define a la persona que la lleva y que por eso tengo que comprarme esta cazadora, ¿no es así? —le dije.

Amanda negó lentamente con la cabeza.

—¿No lo entiendes, Hal?

—¿El qué? —de repente, pasamos de estar bromeando a hablar completamente serio.

—La naturaleza nos crea para que seamos nosotros mismos, no para que finjamos ser alguien que no somos.

Esta vez fue mi turno de negar con la cabeza.

—Sigo sin pillarlo —admití.

Amanda me respondió sonriendo:

—Te estoy diciendo que no necesitas esta cazadora para dejar de ser como eres. Y por eso... insisto: cómpratela.

Con el corazón acelerado, introduje el número de Frieda y empecé a escribir la respuesta. Estaba tan nervioso que ni siquiera me paré a acortar las palabras, como hacía siempre.

UNA CAZADORA NEGRA DE CUERO

ESTILO VINTAGE. HAL.

Apenas unos segundos después, mi móvil volvió a sonar. Abrí el nuevo mensaje que me acababa de llegar y el texto se desplegó en la pantalla.

TNEMS Q VERNNS. COGE EL TREN D LS 13:42 A BLATIMORE EL SBADO.

NO VOLVEREMS A HBLAR HSTA NTONCS.

Había una última frase: seis palabras en las que no faltaba ni una sola letra.

Desde ninguna parte

Melissa Kantor



NO SE LO DIGAS A NADIE.

Capítulo 11



Transcrito por Yurani

Corregido por Coni

Fui a Baltimore solo.

Sé que debí contarles a las chicas lo del mensaje de Frieda (y en un principio tenía pensado hacerlo), pero al final me lo callé. Eso sí, en mi mente, no dejaba de sonar la voz de mi madre diciendo:

¿Qué te gustaría que hicieran ellas si estuvieran en tu lugar?

Obviamente, querría que me lo contaran.

El viernes, a la salida del instituto, Callie y Nia no paraban de repetir que tenía que haber alguna manera de convencer a nuestros padres para que nos dejaran ir a Baltimore, y así podríamos buscar al doctor Joy. Intenté cambiar el tema rápidamente.

—¿Os habéis dado cuenta de que nadie, salvo Thomhill, parece saber que deberíamos estar castigados el sábado por lo de la pintada de su coche?

En cuanto terminé la frase, recordé que mi padre siempre dice que las coincidencias no existen. ¿Había mencionado lo del castigo porque me remordería la coincidencia? ¿Acaso una parte de mí deseaba que las chicas propusieran ir a Baltimore el sábado? Si eso ocurriera no tendría otro remedio que presentarles a Frieda o contarles que había quedado con ella al menos.

No sé si era eso lo que esperaba, pero el caso es que me salió el tiro por la culata, pues enseguida me echaron medio en cara que iban a pasarse todo el sábado encerradas en el salón de actos diseñando trajes porque cierta personita las había metido en un marrón que parecía no acabar nunca. Y para colmo de males, el trabajo de esa persona innombrable no la obligaba a hacer horas extra el fin de semana...

—Vaya, menudo capullo —dije en broma, antes de montarme en la bici y salir del aparcamiento.



Me dije a mí mismo que si no les contaba nada sobre aquel encuentro, era solo porque Frieda me pidió expresamente que no lo hiciera. Lo malo sería que me hubiera pedido lo contrario y yo no lo hubiera hecho ¿no?

Al final, incluso traté de convencerme de que era más seguro que fuera yo solo en lugar de arrastrarlas conmigo (ya, claro, ni que fuera yo aquí el héroe que las hubiera salvado de las garras de aquel implacable doctor). Me repetí un monto de cosas para acallar la conciencia, pero cuando me subí al tren el sábado, me di cuenta de que la verdadera razón era mucho menos altruista.

Quería ir a Baltimore solo.

Quería ser la persona que descubriera la pista que nos faltaba para encontrar a Amanda.

Y no quería compartir los recuerdos de aquel día que pasábamos en la ciudad: la emoción al ver que Frieda me consideraba un artista, la satisfacción de sentirme como un adulto al pedir el almuerzo en una cafetería cuando mis compañeros estaban todavía en clase... Aquel fue uno de los días más felices de mi vida: algo muy íntimo, un día que solo nos pertenecía a Amanda y a mí.

No sé si pensar así me convertiría en una idiota integral, pero aparté aquellos pensamientos por un momento y me centré en la carpeta que me dio Cornelia cuando salí de casa. Le había dicho que iba a pasar la tarde en los ensayos de la obra (nota mental: añadir «Miente a su hermana pequeña» a la lista de grandes logros de Hal Bennet). Ella miró extrañada antes de añadir que me había imprimido una copia de todo lo que se había publicado en la web en los últimos dos días.

—He pensado que a los tres os gustaría verlo —dijo.

Cuando mencionó a las chicas, no pude evitar viajar la mirada y, tras murmurar algo a modo de contestación, cogí la carpeta y pulsé el botón para abrir el garaje, donde tenía la bici. Mi madre estaba en una conferencia sobre la educación universitaria para adultos, no pude evitar pensar que no le harían ninguna gracia mis planes de aquella tarde.

Cuando el tren salió de Orion, me puse a hojear la carpeta de Cornelia. Mis ojos se clavaron en el tatuaje de henna que tenía en la parte interior del antebrazo. Pase los dedos por encima del dibujo del puma, pensando en todo lo que había ocurrido desde que Amanda me había



convencido para hacérmelo. Tenía la sensación de que la persona que me enseñó que los púas era fuertes y solitarios, que vigilaban su territorio y cuidaban de él, comprendería mi necesidad de ir Baltimore solo.

La idea de que Amanda me entendería, dondequiera que estuviese, me hizo sentir mejor, y mientras seguía examinando las paginas que había impreso Cornelia, dejé de sentirme como la criatura más egoísta e inmadura del mundo.

En la primera hoja encontré un mensaje de alguien que opinaba que Amanda había participado en un experimento científico que la había vuelto invisible, y que ya no había conseguido recuperar su aspecto normal.

Solté una risita y pasé de página, al testimonio de una chica de Saint Albans, Wyoming. Por lo visto, su padre había tenido un ataque al corazón y parecía imposible que fuera a recuperarse. Amanda había estado a su lado día y noche, en la puerta de la UCI, esperando noticias. Finalmente, su padre sobrevivió y, mientras la chica escribía el mensaje, estaba ayudando a su madre a preparar la cena.

En la hoja siguiente había un texto escrito por una tal Poppy, contaba que hasta que Amanda llegó a su vida, los demás se reían siempre de ella por su timidez y su ropa remendada. Amanda se la encontró en un día llorando en el baño y le prometió que dejarían de molestarla. No hace falta decir que lo consiguió.

En otro mensaje, una chica juraba que Amanda estaba en Kansas. Hablaba de una tal Amanda Valentory (¿siempre casualidad, o algo más?) que se presentó a las pruebas para el equipo de fútbol de su instituto y que le hizo una pintada al coche del director antes de desaparecer.

Negando con la cabeza, pasé a la siguiente página y me encontré con un artículo publicado por un usuario anónimo. Hablaba de una mujer llamada Annie Beckendorf, que había muerto en un accidente de tráfico unas semanas antes de que Amanda apareciera en Orion. Según el artículo, la señora Beckendorf fue atropellada por un Mercedes azul que se saltó un semáforo en rojo a toda velocidad, en lo que podría ser una persecución en la que había otro coche implicado, pero no se había logrado identificar al conductor. Al parecer, el Mercedes lo conducía una mujer. La persona que nos envió el artículo también había escaneado una lista de los efectos personales de la señora Beckendorf;

una lista que, según decía el encabezado, era propiedad de la Oficina Forense de California. Mejor no pensar en cómo había logrado acceder a los archivos privados de un juez de instrucción...

Me puse a revisar la lista para ver si conseguía relacionar de alguna manera a Amanda con esa tal Annie Beckendorf. Y ahí estaba: una llave. Al parecer, además del bolso, el móvil y la ropa, Annie Beckendorf llevaba «una llave antigua bañada en plata» en el momento de su muerte.

De inmediato me vino a la cabeza la llavecita de plata de Amanda llevaba siempre atada al cuello. Su aspecto cambiaba proactivamente a diario: el color del pelo, la ropa, e incluso a veces el acento y el color de su piel. Pero siempre llevaba esa llave colgada de un lazo azul.

Entonces me asaltó un terrible pensamiento ¿Y si Amanda era la conductora del Mercedes? ¿Y si había matado accidentalmente a esa mujer y por eso estaba huyendo? Sería muy propio de ella llevar un talismán que le recordase lo que había hecho, algo que ni por un segundo le dejara olvidar el accidente. ¿Es posible que fuera su propio sentimiento de culpa el que hizo ver que Callie guardaba un secreto? ¿Que sabía que Heidi Bragg había atropellado a Beatrice Rossiter la noche en que se dio una vuelta con el coche de su padre?

Sin darme cuenta, había marcado el número de Callie en el móvil, pero lo colgué rápidamente, apretando el botón de finalizar llamada como un desesperado. ¿Qué se supone que iba a decirle?

Hola, Callie, soy Hal. Os he mentado a Nia y a ti, voy de camino a Baltimore y quiero compartir contigo una teoría que se me acaba de ocurrir ¿Te pillo bien?

Siendo sinceros, Amanda no parecía la clase de persona que sale huyendo después de atropellar a alguien. Pensé en la chica a la que acompañó día y noche cuando su padre estaba en la UCI, y también en la chica a la que protegió de los idiotas abusones de su clase. Vale que podrían existir buenos samaritanos que resulten ser unos asesinos, pero era incapaz de imaginarme a Amanda robándole un coche a alguien, y menos atropellando a una persona.

A Heidi Bragg, sí, pero a Amanda, no.

Al pensar en Heidi y en cómo había atropellado a Beatrice Rossiter con el coche «prestado» de su padre, recordé que había visto el nombre de



Bea en la vista de Thornhill. ¿O me lo había imaginado? Ya no estaba seguro.

Cogí el móvil y le mandé un mensaje a mi hermana.

¿HS PODIDO NTRAR N EL ORDNADOR D THONHILL?

Como si hubiera estado esperando mi mensaje. Cornelia me respondió en menos de un minuto.

STOY MU LIADA CN LA WEB Y CN LS DBERES SIENTO NO PODR SATISFACR DUD DSEOS MAJSTAD. BSS,

Le respondí enseguida:

MXS GRACIAS X LA CARTA TIENE CSAS INTRESANTS.

A este mensaje no me respondió, y supuse que andaría muy ocupada con otras cosas.

Cuando me subí al tren en Orion, el cielo estaba nublado, y ahora unas gotas de lluvia se deslizaban por la ventanilla, creando un efecto hermoso al desdibujar las casa y el paisaje que se veían pasar a toda velocidad. Por inercia, saqué el cuaderno y empecé a dibujar, pero no estaba de humor, me di cuenta de que echaba de menos a las chicas; me resultaba extraño seguir con la búsqueda de Amanda por mi cuenta, sin ellas. Cuando el tren llegó a Baltimore, me sentí como un completo imbécil. ¿Qué esperaba, que Amanda apareciera por arte de magia en el andén? ¿Qué en vez de viajar en el espacio, hubiera viajado en el tiempo, hasta ese día que fuimos juntos a la ciudad?

Guardé mis cosas en la bandolera. En el asiento contrario al mío, vi un ejemplar del periódico alternativo de Orion, *The Midnigter*, y lo guardé también. A Amanda le encantaba ese periódico me pareció muy curioso encontrarlo ahí. En cuanto regresara a casa, les contaría todo a las chicas: el mensaje de Frieda, el viaje a Baltimore para reunirme con ella, las hojas impresas de Cornelia... Incluso les hablaría del reloj y de la maldita inscripción que no me dejaba dormir. Sonreí al pensar en la bronca que me echaría Nia por venir solo y por no ser capaz de descifrar el regalo de Amanda sin ayuda. Ya podía verla en mi cabeza diciéndome: «Parece que no eres el Llanero Solitario después de todo, ¿eh?» Aunque no sé yo si las chicas conocerán a este enmascarado personaje, tal vez solo nos gustará a los chicos. Imaginarse a Nia de pequeña viendo reposiciones de *El Llanero Solitario* me hizo soltar una carcajada, y aun seguía riéndome cuando me apeé del tren, a merced de

la intensa lluvia. Me cubrí la cabeza con la capucha y eché a correr hacia la estación. Aunque no era una distancia muy larga, acabé calado hasta los huesos.

Una vez al otro lado de las puertas automáticas, abrí el mensaje de Frieda y, solo por si acaso, releí las instrucciones que había memorizado la primera vez que las leí.

NS VEMS N LA VIEJA STACIÓN DE TREN.

Miré a mí alrededor. El lugar donde me encontraba era tan nuevo como si aun tuviera la etiqueta puesta: las máquinas de billetes relucían y las sillas de plástico de colores parecían recién estrenadas. El suelo de linóleo estaba bastante desgastado, pero salvo eso, era como si acabaran de cortar la cinta inaugurando la apertura de la estación. No había duda, esta tenía que ser la estación nueva.

A pesar del letrero que colgaba por encima de su cabeza, el tipo que estaba en el mostrador del punto de información no parecía muy dispuesto a dar información de ninguna clase. En lugar de eso, me trataba como si yo fuera una especie de lunático con una sola misión en esta vida: amargarle la existencia.

—¿Otra vez aquí? —preguntó.

Estaba haciendo un sudoku cuando me acerqué a la ventanilla, y era evidente que cada segundo que lo mantenía apartado de esa tarea le suponía un problema.

—Necesitaría averiguar dónde está la estación vieja —repetí.

—¿Qué quieres decir con «vieja» —preguntó el tipo rascándose una mejilla que pedía a gritos un buen afeitado. Parecía tan desconcertado que llegué a preguntarme si no hablábamos el mismo idioma.

¿Y si Frieda me había tomado el pelo, arrastrándome hasta Baltimore en alguna especie de búsqueda absurda?

Pero... ¿por qué?

Inspiré profundamente y volví a intentarlo.

—Esta estación es nueva, ¿verdad? Es decir, que se ha construido hace poco ¿no?

—Puedes apostar a que sí. Hace dos años —respondió el tipo con tanto orgullo como si fuera él quien hubiera puesto la primera piedra.

—Entonces tiene que haber una estación que estuviera antes que esta, ¿verdad? ¿Dónde está?

El tipo me miró como si mis palabras acabaran de confirmarle que había perdido la chaveta.

—Estaba aquí mismo —y por si no hubiera pillado el sentido de sus palabras, señaló el suelo que pisábamos—. Hubo que derribarla para construir la nueva.

Mi madre siempre dice lo orgullosa que se siente cuando, de pequeño, los demás niños me cogían un juguete en el parque y yo nunca me pegaba con ellos, sino que negociaba para que me lo devolvieran. Jamás he sido una persona violenta, pero juro que en ese momento me entraron ganas de pegarle un puñetazo a la pared.

—Ya no queda nada —dijo el tipo— un promotor quería convertir la sala de espera en un restaurante como el... ¿Cómo se llama?

Entonces se dio la vuelta para dirigirse a alguien que estaba en el interior de la oficina, fuera de mi campo de visión.

—Oye, Eddie, ¿cómo se llama ese sitio que hay en Nueva York, en la Grand Central Station?

No pude escuchar la respuesta de Eddie, pero el tipo me la repitió enseguida.

—The Oyster Bar —sonrió ante la idea de ver un sitio así en su estación—. La vieja sala de espera es un lugar muy agradable, pero ahora está cerrado al público, la entrada está bloqueada con tablonés.

—¡Espera un momento! —exclamé casi gritando y el tipo me miró con el ceño fruncido, por interrumpir su ensoñación con el Oyster Bar—. ¿Quiere decir que todavía está en pie?

El tipo negó con la cabeza y lanzó una mirada fugaz hacia el otro extremo de la estación.

—Mira, chico, como ya te he dicho, en ese sitio no hay nada. Ya no queda nada. Pero yo ya había echado a correr en la dirección que me habían señalado sus ojos.

—¡Gracias! —exclamé.

Cuando me giré, solo me dio tiempo a verle negar con la cabeza mientras volvía a concentrarse en su sudoku.

No tengo por costumbre ignorar órdenes directas como NO PASAR, especialmente cuando están escritas en letras gigantes. Pero situaciones desesperadas exigen medidas desesperadas, así que cuando llegó el momento, no dudé ni un instante, como si en lugar de NO PASAR pusiera PASEN, POR FAVOR.

Atravesar aquellas puertas fue casi como viajar atrás en el tiempo. Lo que en la estación nueva era todo plástico, metal y neón, aquí era madera y cuero. Una hermosa sala de espera surgida de otro siglo. En una de la paredes colgaba un enorme reloj que se había detenido para siempre en las 9:05, y en lo alto había unas claraboyas de vidrio ahumado que dejaban pasar la grisácea luz del exterior. No me extrañó que alguien quisiera conservar este lugar, ya fuera como un restaurante, una galería o una tienda; cualquier cosa con tal de evitar que esas increíbles rejillas de metal y esos magníficos suelos de madera desgastada no acabasen en el desaguce.

De pronto escuche una voz que decía mi nombre. Me di la vuelta de inmediato y vi a Frieda al otro lado de la sala. Llevaba la cabeza envuelta en una bufanda oscura para protegerse de la lluvia. Crucé la estación a toda prisa para reunirme con ella, y al llegar me estrechó las manos con fuerza.

—Lo has conseguido —susurró.

—Sí. Hola, Frieda.

Parecía que había envejecido desde la última vez que nos vimos, aunque pueda que solo fuera efecto del cansancio. Cuando se quitó la bufanda, comprobé que su melena seguía tan crespa, alborotada y llena de canas como siempre, pero el brillo en sus ojos se había apagado. Enseguida nos sentamos en un banco cercano, y me dio la impresión de que le suponía un gran esfuerzo mantenerse en pie.

Frieda recorrió aquella estación polvorienta y desolada con una mirada nerviosa.

—Tenemos muchas cosas de que hablar, y no estoy segura de cuánto tiempo nos quede —aunque no llegaba a ser un susurro, Frieda hablaba en voz baja, tanto que me costaba escucharla con el ajetreo de la estación nueva de fondo.

—Sabes algo de ella, ¿verdad? —la frase se escapó de mi boca sin que pudiera evitarlo.

Frieda me clavó los ojos como si quisiera preguntarme algo. Le sostuve la mirada hasta que asintió con la cabeza de forma casi imperceptible. El corazón empezó a latirme con fuerza.

—¿Qué te ha...?

Pero Frieda me interrumpió antes de que pudiera terminar la pregunta.

—No puedo contarte lo que me ha dicho, así que no me lo preguntes.

Recordé lo contundente que podía llegar a ser.

«Jasper Johns es el único genio del arte moderno. El impresionismo está tan sobrevalorado que me da ganas de vomitar. Una sociedad que valora tan poco a los artistas como la nuestra, se merece todo lo malo que pueda ocurrirle».

Aquella vez que almorzamos juntos, Frieda había hablado con la misma rotundidad, era mejor no discutir sus palabras y, en cualquier caso, tenía muchas otras preguntas que hacerle.

—Frieda, ¿qué sabes del doctor Joy?

La expresión de cansancio que había tenido hasta hacia un momento se desvaneció por completo. Ahora parecía inquieta, alerta, y dio un respingón antes de responder.

—¿Qué sabes tú del doctor Joy? —replicó.

—Pues que el... —de repente, me di cuenta de que ni siquiera sabía a ciencia cierta si era un hombre o una mujer. Nia me habría matado por hacer una presunción tan machista— o ella ejerce aquí, en Baltimore, y que bajo sus órdenes nuestro subdirector, el señor Thornhill, fue trasladado del hospital de Orion a su laboratorio.

Frieda apoyó la barbilla sobre las manos entrelazadas. Se quedó callada durante unos instantes, como si estuviera decidiendo lo que podía contarme y lo que no. Finalmente, rompió el silencio.

—El doctor Joy es un hombre, pero ahora no podrás encontrarlo —se limitó a decir.

¿Por qué estaba tan segura de ello? Habíamos visto sus papeles. Sabíamos que su laboratorio estaba en Baltimore.

—¿Y por qué no? Su labo...

Frieda alzo ligeramente la voz, pero fueron sus palabras las que me silenciaron.

—Hace dos días, y sin previo aviso, dismantelaron por completo el laboratorio de Joy. Desde entonces está desaparecido.

Los acontecimientos se sucedían antes mis ojos a tal velocidad que fui incapaz de reaccionar. Era como nadar contra la corriente.

—Pero Callie, Nia y yo vimos la carta con su firma...

Ahora fue Frieda la que se sorprendió.

—¿Callie, Nia y tú?

Me agarró del hombro con más fuerza de la que le habría creído capaz.

—¿Qué estabais haciendo juntos? —preguntó.

En su voz percibí algo parecido al... pánico. No conseguí entender la causa de tal ansiedad. ¿Acaso habíamos hecho algo mal?

—¿Que qué estábamos haciendo juntos? —repetí— pues seguir la pistas de Amanda.

Frieda me había localizado a través de la web, así que tenía que haber visto también los nombres de las chicas.

De repente, me soltó el hombro y le quitó importancia a mi explicación con un gesto de la mano.

—Si, ya sé que la estabais buscando. ¿Pero me estás diciendo que fuisteis todos al hospital?

—Sí, así es.

¿Acaso pensaba Frieda que los tres éramos una especie de amigos virtuales, de esos que se relacionan en internet pero no en el mundo real?

—No tenía idea... —murmuró Frieda, y a continuación volvió agarrarme la mano y me dijo con tono apremiante—: ¿Pero es que no os dais cuenta de que es peligroso que estéis juntos? Cuando estáis juntos...

De pronto, escuchamos un ruido a lo lejos, como si una pila de latas de pintura o alguna otra cosa metálica se hubiera derrumbado. Intercambiamos una mirada y pude ver mis propios pensamientos reflejados en el rostro de Frieda.

Aquel ruido no provenía de la estación nueva.

Durante unos segundos que parecieron eternos, apenas nos atrevimos a respirar. Una vez pasados, tardé un rato en volver a la realidad. Frieda había empezado a hablar en susurros y a toda velocidad.

—Vuelve a la estación, quédate en la zona donde haya más gente. Coge el primer tren que salga para Orion y sube a un vagón que esté lo más lleno posible.

—¡Espera! —grité, en contraste con sus susurros—. ¿Qué ibas a decir? ¿Por qué es peligroso que estemos juntos?

Se escuchó otro ruido, esta vez producido por una pieza circular de metal que giraba y giraba... hasta finalmente caer con un golpe seco sobre el suelo de madera.

—Pero, Frieda, ¿qué pasa contigo? No puedo dejarte aquí.

Friega me obligó a ponerme en pie, me llevó hasta la puerta y me empujó en la dirección por la que había venido.

—Sé como desaparecer. Ahora, corre.

Se acabaron las preguntas. Era el momento de seguir órdenes, así que... eché a correr.

Capítulo 12



Transcrito por Susana

Corregido por Lornian

Ha caído en sus manos.

Es peligroso que estéis juntos.

Ha caído en sus manos.

Es peligroso que estéis juntos.

Esas frases se repitieron en mi cabeza como un mantra durante todo el viaje de vuelta. Incluso mi corazón parecía latir al ritmo de esas inquietantes palabras. Recordé la última carta que le envió Amanda a Thornill, su alusión al peligro, su petición de ayuda...

¿Se puede saber qué estaba pasando?

Saqué el móvil para marcar el número de Callie. Me temblaban las manos. Saltó el buzón de voz y tuve que hacer un gran esfuerzo para no colgar.

Es peligroso que estéis juntos. ¿Qué parte de esa frase era incapaz de comprender? ¿De verdad iba a poner a las chicas en peligro solo porque necesitaba compartir todo lo que bullía en mi interior?

—Hola, soy Callie, deja tu mensaje...

Al escuchar su voz (me dio igual que estuviera grabada), recordé el tono rojizo y el aroma que desprendía su pelo. El champú, el perfume o lo que fuera que utilizara me hacía pensar en una soleada mañana de primavera cada vez que lo olía.

¿De verdad correría el riesgo de ponerla en peligro?

—Esto... Hola, Callie, soy Hal. Escucha... Te... te veré el lunes. Durante el ensayo... de la obra. Y eso, ¿vale? Hasta luego.

El mensaje que había dejado era tan ridículo y sin sentido que incluso

la mujer que estaba sentada frente a mí enarcó una ceja y puso una mueca. Tuve que contenerme para no espetarle algo como: «Mire, señora, la vida de mi amiga podría estar en peligro si hablo con ella, así que discúlpeme si no soy capaz de articular dos palabras seguidas, ¿vale?». Pero lo que hice fue girar la cabeza para mirar el cielo a través de la ventanilla; estaba tan oscuro que parecía la boca de un lobo. Aquel paisaje que me resultó tan hermoso durante el camino de ida, ahora me parecía siniestro. Pensé en todos los horrores ocurridos ahí fuera, y me estremecí.

Si al estar juntos corríamos peligro, ¿quería eso decir que al separarnos estaríamos a salvo? Esta pregunta se formó en mi mente mientras salía de la estación montando en bici. Por primera vez, me alegré de que la única manera de llegar hasta mi casa fuera atravesando las calles más bulliciosas del centro de Orion.

Esto era una locura. Tenía que decírselo a las chicas. Intenté llamarlas al móvil, pero ninguna me lo cogió, y supuse que un mensaje en el buzón de voz no sería la forma más apropiada para contarles mis temores. Había pensado probar más tarde, pero entonces llegó mi madre de la conferencia y se empeñó en que Cornelia y yo viéramos *Historias de Filadelfia*. Por alguna extraña razón, se había acordado de que ninguno la habíamos visto y quiso enmendar aquel «crimen» cultural. Las llamé cuando terminamos de cenar y de ver la peli, pero ya debían de estar acostadas, porque tenían el móvil apagado. Yo también me fui a dormir, pero me quedé despierto durante horas y no conseguí conciliar el sueño hasta las primeras luces del amanecer.

Cuando me desperté, eran las diez pasadas. Sin siquiera salir de la cama, les mandé un mensaje a las chicas.

¿QDAMOS HOY?

Cuando bajé al piso de abajo, encontré una nota de mi madre

Buenos días, dormilón.

Cornelia y yo hemos ido a desayunar.

Te traeremos unos bollos de Rosie's.

Un beso,

Mamá.

Rosie's era la cafetería favorita de mi familia. Sus gofres belgas eran una tentación más que suficiente para montarme en la bici y unirme a mi madre y mi hermana en el centro.

Fui a vestirme con la idea de salir para allá, y de camino pasé junto al estudio. Se supone que es una especie de despacho casero con un escritorio, un ordenador y un archivador. Pero, por lo general, cuando mi madre tiene mucho trabajo se queda en la oficina, y en lo que respecta a mi padre, le vale cualquier rincón de la casa porque siempre va acompañado de su portátil. Como yo tengo un ordenador en mi cuarto, la única persona realmente utiliza el «despacho» (mamá insiste en llamarlo así; para los demás es, simplemente, el «rinconcito») es Cornelia, que se mete allí para hacer los deberes.

Me detuve junto a la puerta y eché un vistazo al interior. Mis ojos se detuvieron en el armario de archivo.

Mi madre siempre andaba metiendo cosas dentro, pero no tenía ni idea de qué.

Es peligroso que estéis juntos.

Bennet, Henry.

Bennet, Cornelia.

Bennet, Katherine.

Bennet, Edmund.

No es que tuviera prohibido abrirlo ni nada de eso, pero, de manera inconsciente, empecé a inventarme excusas válidas por si Cornelia y mamá volvían de improviso y me pillaban husmeando los papeles familiares.

¿Hay folios en el archivo? ¿Es aquí donde están guardados los cuartuchos de tinta de la impresora?

¿Estáis papá y tú metidos en alguna actividad secreta o ilegal?

Agarré el tirador superior y tiré suavemente de él. El armario de madera era bastante antiguo, pero como mi madre odia que se atasquen los cajones, después de comprarlo en un rastrillo lo restauró a conciencia para que se deslizaran sin problemas. Lo saqué hasta que no dio más de sí y me puse a hojear los archivos que contenía. *American Express. Cornelia, informes médicos. Programa de puntos para viajeros frecuentes*

de una aerolínea. Cerré el primer cajón y pasé al siguiente. Aquí había una enorme pila de agendas. Mis padres son unos anticuados, y a mi madre le gusta guardar todo: calendarios, agendas... Dice que es por un tema de impuestos, pero yo creo que en realidad las conserva para cuando discutimos por cosas como si fuimos a cenar a Luigi's la noche que vimos *El Rey León* en el cine, para sacar en ese momento la libreta apropiada y confirmar si fue así o no.

Metí la mano y saqué la primera agenda que encontré. Era de 2006. La abrí por una página al azar que resultó ser el día 14 de septiembre. Ponía: «13:30 Dr.Pinto»

El doctor Pinto era nuestro dentista; al parecer, el día 14 de septiembre de 2006, a las 13:30, mi madre había ido a su consulta.

Cada vez parecía menos probable que mi madre estuviera ocultando algo.

En ese momento, sonó mi móvil. Un mensaje de Nia.

TNGO DÍA N FAMILIA, MISA

Y DBERES D LNGUA.

NS VMOS MÑNA.

Una menos.

Volví a cerrar el cajón sintiéndome un poco culpable por haberlo abierto. ¿Qué esperaba encontrar? Si mis padres estuvieran ocultando algo, ¿de verdad lo guardaría en un cajón junto con las notas de mi hermana? ¿Es que los espías no tienen cajas fuertes o escondites secretos?

Por haber invadido la intimidad de mis padres, me impuse el castigo de quedarme en casa. Adiós a los gofres de Rosie's. Aunque sí que me comería el bollo que me trajeran mamá y Cornelia, eso seguro. Tampoco es que hubiera encontrado nada comprometedor, ¿no?

Mientras me dirigía a la cocina para prepararme un zumo de naranja, mi móvil volvió a sonar. Esta vez era un mensaje de Callie.

LO SIENTO, TNGO EXAMEN TOXO

D HISTORIA MÑNA.

T VEO N L NSAYO.

Vale: Dos de dos.

¿Qué debía hacer? ¿Llamarlas y contarles lo que me había dicho Freida? ¿O me debería esperar a decírselo en persona?

Mientras seguía debatiéndome, de repente reparé en las excusas que me habían dado las chicas, y una alarma empezó a sonar en mi cabeza. Me habían aplazado la entrega de las prácticas de laboratorio de Biología, pero aún no había escrito mi redacción de Historia. Si no hacía los deberes, me castigarían, y entonces ya sí que podía despedirme de los ensayos de la obra. Me bebí el zumo de un trago y subí corriendo a mi cuarto. Tenía cosas más importantes por las que preocuparme que unos estúpidos deberes, pero intenta explicarle eso a una madre, y más a una como la mía.

Una hora más tarde, cuando estaba terminando una de las prácticas de laboratorio, escuché la puerta del garaje.

—Hal, ¿estás despierto? —me llamó mi madre a voces.

Después la oí subir las escaleras, antes de detenerse en el umbral de mi habitación.

—Hola, cariño, ¿qué tal todo?

No levanté la vista del folio porque estaba seguro de que si la miraba a los ojos, descubriría de inmediato que había estado hurgando en sus cosas.

—Bien —me limité a responder.

—Te hemos traído un bollo.

Entonces alcé la cabeza y vi que sostenía en alto una bolsa blanca de papel. Tenía el mismo aspecto de siempre: media melena recogida en una coleta, sudadera, vaqueros rojos y unas Converse de color verde chillón. Me dirigió una sonrisa y meneó la bolsa en el aire.

—Está relleno de crema de arándanos.

¿Por qué estamos en la lista de Thornhill, mamá? ¿Hay algún aspecto importante de nuestras vidas que no me hayas contado?

Pero para preguntarle eso, tendría que contarle como había descubierto que su nombre estaba en la lista de Thornhill, y no sería muy propio de ella decirme: «Lo comprendo, Hal. Si no quieres contarme como has

accedido a un listado secreto en el ordenador del subdirector de tu instituto, no pasa nada. Ni siquiera aunque se trate del mismo hombre que ahora se encuentra en coma en el hospital de Orion... Un momento, ¿qué dices? ¿Qué ya no está en el hospital de Orion? ¿Qué no sabes dónde se lo han llevado? Bueno, la verdad es que no es asunto mío, pero si quieres seguir investigando esos crímenes, pues adelante. Te ayudaré en todo lo que pueda».

Sacudí la cabeza para terminar esa absurda conversación mental.

—Gracias, mamá —dije.

Entonces ella entró en mi habitación, me dio un beso en la frente y dejó la bolsa con el bollo sobre mi escritorio.

—De nada, cariño —después se agachó y me dio un breve achuchón—. Te quiero.

—Yo también, mamá.

Mientras abría la bolsa, me di cuenta de que esas eran las únicas palabras sinceras que le había dicho a mi madre en las últimas semanas.

Aquella noche también dormí fatal, y supongo que mi aspecto debía decirlo todo, porque durante el almuerzo Nia me preguntó si me ocurría algo. Quise contarle todo lo que había pasado en Baltimore, pero la cafetería estaba abarrotada y había demasiado ruido como para poder mantener una conversación en voz baja, incluso aunque contara con unos sentidos tan agudos como los suyos.

—Estoy bien —solté con brusquedad, cabreado por tener que esperar.

—Vale, vale —dijo Nia levantando las manos, como queriendo demostrar que no llevaba ningún arma.

Después se concentró en su comida: una elaborada recopilación de verduras, una especie de salsa de tomate y un pan casero.

Bajé la mirada hacia mi sándwich de mantequilla de cacahuete y mermelada, un poco espachurrado.

—¡Nuestros padres no tienen nada en común!

Nia sumergió un pimiento en la salsa y le pegó un bocado.

—Bueno, yo no diría eso —se quedó reflexionando unos instantes—. Los cuatro están vivos.

—Venga ya —dije, poniendo los ojos en blanco.

—Pero es cierto —insistió, encogiéndose de hombros—. Y además, están casados.

—¿Y qué? ¿Piensas que Thornhill hizo esa lista basándose en que la gente estuviera viva y casada? ¿Y después qué? ¿Metió unos cuantos adolescentes de Orion al azar, para rellenar?

Hablar de la lista de Thornhill me puso de los nervios, así que volví a guardar el sándwich en el papel albal. Había perdido el apetito.

—Todos viven en Orion —prosiguió Nia con serenidad—. Todos tienen estudios universitarios y al menos un hijo...

—¡Podemos decir lo mismo de no sé cuantos miles de personas! —exclamé, prácticamente gritando.

Un chaval al que no conocía de nada levantó la vista hacia nosotros desde la mesa de al lado. Le respondí con una mirada fulminante hasta que decidió seguir con lo suyo.

—Estoy cabreado con Amanda por hacernos esto —murmuré.

—¿Estabais saliendo juntos?

—¿Qué?

Me quedé tan sorprendido por la burrada que acababa de soltar Nia que estuve a punto de caerme de la silla. Nia me observaba con el tenedor en la mano y un trozo de pimienta entre sus dientes.

—¿Por qué me miras así? —preguntó—. Amanda estaba buena, de eso no hay duda. Y tú eres un tío. No me parece nada raro suponer algo así.

—No se puede... salir con Amanda —dije, titubeante.

—¿No se puede... o tú no pudiste? —Nia se tragó el pimienta, sin dejar de observarme.

—Mira, Nia, hay chicas que... —sacudí la cabeza, como si con ello pudiera poner fin a la conversación.

Pero, por desgracia, no fue así.

Nia no me quitaba ojo de encima.

—Está bien, mira, ya sabes cómo... —empecé a decir, pero lo pensé mejor.

Quería hablarle de la vez que hice *rafting* con mi familia hace años: la adrenalina recorriendo tu cuerpo al recorrer las blanquísimas aguas a toda velocidad, la mareante intensidad con la que salíamos disparados de un lado a otro, la sensación de estar a punto de golpear contra las enormes rocas del río...

Eso es lo que sentía cuando estaba con Amanda: emoción, nervios... Me hacía sentirme vivo, pero al mismo tiempo temer por mi seguridad.

¿Cómo podía ponerme a pesar en romances en una situación así?

En los últimos kilómetros de la ruta, el río se ensanchaba y los rápidos desaparecían. Entonces podía tumbarme en la lancha boca arriba y contemplar las azuladas montañas que se perdían en la distancia. Era un caluroso día de verano, el agua centelleaba bajo la luz del sol y el aire tenía un aroma embriagador. De vez en cuando pasábamos junto a una explanada de flores silvestres tan coloridas y brillantes que parecían parte de un decorado. La vida era perfecta y apacible, y deseé que aquella tarde durase eternamente.

Solo he vuelto a sentirme así cuando he estado con Callie.

¿De verdad era necesario que Nia tuviese esa información? Estar con la hija pequeña de los Rivera era como pasar un día patinando sobre un lago helado: vigorizante, divertido, emocionante en ocasiones. Pero siempre tenías que andarte con cuidado para no caerte.

Cuando quedó claro que no iba a terminar la frase, Nia se encogió de hombros.

—Vamos, que prefieres guardártelo para ti, y estás en todo tu derecho.

Las chicas se lo cuentan todo. Desde siempre he tenido más amigos que amigas, y Cornelia no es precisamente la persona más femenina del mundo, pero sé bien que mi madre se tira la mitad de los días al teléfono. No creo que Callie y Nia sean como hermanas, ¿pero de verdad quería arriesgarme a que Nia le dijera a Callie que hubo un momento en el que me sentí atraído por Amanda?

—Amanda no me gustaba, Nia. No en ese sentido —dije, e hice un gran esfuerzo por no bajar la mirada.

—Entiendo —contestó, y por su forma de asentir con la cabeza, creo que se quedó satisfecha con mi respuesta.

Cuando terminaron las clases, estaba tan cansado que podría haberme echado a dormir en cualquier sitio, incluso en la mitad del pasillo. Y mi aspecto debía andar igual que mi estado de ánimo, pues nada más verme en los ensayos, Callie me preguntó:

—Hal, ¿estás bien?

Hizo amago de levantar la mano y pensé que iba a tocarme la frente para comprobar si tenía fiebre, un gesto típico de mi madre. Al pensar en la calidez de la mano de Callie sobre mi piel, estuve a punto de olvidar que debía mantenerla alejada de mí por su propio bien.

Nia estaba echando un vistazo al programa de la obra y contando algo.

—Veinticinco —dijo al fin, doblando el papel—. Dile a Hal que el día del estreno, mientras él disfruta de la obra sentado entre el público, nosotras tendremos que supervisar veinticinco cambios de vestuarios.

Se giró hacia mí y me lanzó una mirada fulminante que, curiosamente, me pareció de lo más entrañable.

Recordé la advertencia de Freida:

Cuando estáis juntos...

No tengo ni idea de lo que habría dicho si hubiera podido terminar la frase, pero sí sé como la habría terminado yo.

Cuando estáis juntos, sois felices.

Desde el escenario, la señora Hayworth empezó a agrupar a sus tropas.

—Chicos, necesito al equipo de vestuario.

Tenía que contarles lo de Frida.

—Escuchad, chicas...

—¡Ahora! —exclamó la señora Hayworth.

—Esa mujer es peor que un dictador —gruñó Nia.

Callie me dirigió una mirada inquisitiva, a la que respondí encogiéndome de hombros. Llevaba queriendo contárselo desde el sábado, así que podría esperar un par de horas más.

—No pasa nada, después os lo cuento. Mientras tanto, ¿no tendrás algo para mí ahí dentro? —pregunté señalando su mochila.

El viernes por la tarde había pintado la última hoja del último árbol de Arden, que por fin parecía un bosque. A las chicas todavía les quedaba un montón de trabajo por delante, pero yo tenía al menos una o dos horas libres.

Callie asintió y se descolgó la mochila del hombro. Lo hizo con tanta facilidad que pensé que iba a ser más ligera, así que al cogerla me confié y estuve a punto de dejarla caer al suelo.

—¡Cómo pesa esto!

Callie me sonrió con una expresión un tanto enigmática.

—A veces me parece que pesa una barbaridad y otras la levanto como si nada —se encogió de hombros—. Supongo que depende de lo cansada que esté.

Sin duda, después de dos noches sin dormir, yo sí que estaba terriblemente cansado. Me encaminé hacia el final de la fila central de butacas, mientras las chicas se dirigían al escenario. Nia se fue murmurando algo sobre «la gente se come el marrón y no para de trabajar, mientras otros disfrutan de su tiempo libre». La palabra «tiempo» me recordó el reloj de Amanda y su misteriosa inscripción. Y también el hecho de que no había logrado descifrar lo que estaba intentando decirme.

¿Y ahora pretendía descubrir el secreto de la caja? Pues iba listo.

No había vuelto a verla desde que estuvimos en la tienda de Louise, salvo en las fotos. El salón de actos estaba bien iluminado y pude ver los grabados que nos había descrito Callie durante nuestra charla por Internet. Ahora que tenía la caja entre las manos, esperaba ver con más claridad los dibujos, pero aquel laberinto de hojas y enredaderas era tan confuso que no sabía decir si había figuras sueltas entre los grabados.

Me concentré en el diseño, buscando imágenes ocultas, y recordé el verano en que nos mudamos a Orion, justo antes de empezar la secundaria. Callie y su madre me llevaron a ver las estrellas e intentaron enseñarme a identificar las constelaciones, pero yo no era capaz de distinguir ninguna de las formas que me señalaban. Todo lo contrario, identificaba lo que yo creía que eran constelaciones que en realidad no existían. Acabé diciéndoles que las agrupaciones de

estrellas tenían tanto de ciencia como la alquimia. En vez de enfadarse, la madre de Callie se echó a reír y me dijo que era un «hombre de poca fe».

Al recordar sus palabras, pensé en lo fuerte que se había mostrado Callie cuando tuvo que afrontar la desaparición de su madre. No podíamos decir lo mismo de su padre. Yo también quería tener fe, mucha fe, ¡toneladas de fe! Quería que los dibujos de aquella caja fueran un mapa. Un mapa del tesoro que nos señalase el camino hasta...

—Hola, forastero.

Levanté la cabeza de golpe y vi que en el asiento de al lado estaba la última persona a la que esperaba encontrar sentada allí: nada menos que Heidi Bragg.

Me habían ocurrido un montón de cosas raras en las últimas dos semanas, pero que Heidi Bragg se acercase a hablar conmigo era sin duda una de las más extrañas.

No dije nada. Solo podía pensar en cómo había insultado a Callie, en lo mal que se lo había hecho pasar a Nia en el pasado y en el hecho de que había atropellado a Bea Rossiter con el coche de su padre.

Mi madre dice que solo debemos odiar a gente como Hitler, Pol Pot, Idi Amin y George W. Bush. No podía evitar pensar que, si la conociera un poco mejor, añadiría a Heidi Bragg a esa lista.

Llevaba una camiseta rosa muy escotada que mostraba las razones por las que todos los chicos andaban locos por ella. Puso un pie sobre la silla que tenía delante y empezó a hablarme como si fuéramos amigos de toda la vida.

—Bueno, ¿y qué tal te va?

—¿Qué es lo que quieres, Heidi? —repliqué con brusquedad.

—Tú siempre tan simpático... —me dijo, y luego se estiró dejando escapar un sonoro bostezo. Después señaló la caja y añadió—: Qué bonita. ¿Es tuya?

No sé por qué, pero me dio la impresión de que ya conocía la respuesta incluso antes de formular la pregunta. No obstante, supuse que me estaba volviendo un poco paranoico. No sabía a quiénes nos enfrentábamos, pero estaba segura de que el doctor Joy no había sido

secuestrado por una panda de quinceañeras atiborradas de brillo de labios que se hacían llamar por un nombre tan estúpido como las Chicas I.

—No —respondí al fin.

—Entonces, ¿de quién es? —Heidi me dirigió una sonrisa coqueta, como si mi actitud distante no fuera otra cosa que una forma de tontear con ella.

—Es de Callie.

Mi intención era que el nombre de Callie causara un efecto en ella, que lo viera como una declaración de cuál era mi bando en aquella guerra de popularidad que la propia Heidi habría declarado. De hecho, estaba deseando que Heidi dijera alguna burrada sobre Callie para así poder... Bueno, por ridículo que parezca, quería defenderla a toda costa, del mismo modo que Spiderman salvaba siempre a Mary Jane.

Pero, para mi sorpresa, en lugar de hacer una mueca o ponerse a insultar a su antigua amiga, Heidi se limitó a suspirar.

—Ay, supongo que Callie me odia —ladeó ligeramente la cabeza, como si no quisiera que fuera testigo de su dolor—. Seguro que ni siquiera vendrá a la fiesta que voy a organizar en mi casa para todos los que han participado en la obra, ¿verdad?

No supe cómo responder a eso. ¿De verdad Heidi estaba sorprendida de que Callie la odiase?

La caja pesaba tanto que la dejé en el asiendo de al lado, y después me di la vuelta hacia Heidi.

—¿Hablas en serio?

Heidi se quedó mirando el escenario. La señora Garner estaba dando instrucciones para que algunos miembros del equipo colocasen un pequeño montón de lo que seguramente debía ser tierra, pero que en realidad recordaba a otra sustancia del mismo color marrón.

—¿No lo entiendes, Hal? —preguntó Heidi negando con la cabeza.

Entonces bajó tanto la voz que tuve que inclinarme hacia ella para escucharla.

Al hacerlo me sorprendió percibir el agradable aroma de su perfume.

Era un olor distinto al de Callie, más parecido al que llevarían esas mujeres glamurosas pero esqueléticas que salen en las revistas que hay en la consulta de mi dentista.

Me extrañaba que Heidi no oliera a azufre o algo parecido.

—¿Qué tengo que entender, Heidi?

La chica volvió a suspirar, como si el recuerdo que estaba a punto de compartir conmigo le causara un dolor inmenso.

—Callie y yo fuimos amigas durante mucho tiempo. Ya sabes que nos convertimos juntas en las Chicas I y de eso... —miró un instante al techo antes de proseguir—. De eso hace casi tres años.

—¿Adónde quieres llegar, Heidi?

Heidi se apoyó en el reposabrazos de la butaca y empezó a jugar con un mechón de su pelo. La forma en que movía el dedo índice entre su melena resultaba casi hipnótica.

—¿No lo pillas, Hal? Callie me traicionó.

No me creía lo que estaba oyendo.

—¿Que Callie te traicionó? Pero si dijiste que estaba muerta para ti. Y también nos llamaste «raritos y pringados» delante de todo el instituto.

Heidi negó con la cabeza.

—Callie me hizo mucho daño, Hal —tragó saliva—. No estoy orgullosa de cómo actué, pero ¿nunca has hecho nada de lo que después te hayas arrepentido?

Muy a mi pesar, pensé en mi viaje a Baltimore. No fue una de mis decisiones más acertadas, que digamos.

—No sé qué decir —respondí honestamente.

¿Era posible que nos hubiéramos equivocado con Heidi? Recordé lo mucho que Nia odiaba a Callie al principio, pero, con el tiempo, había llegado a confiar en ella. ¿Podría ocurrir algo parecido con Heidi Bragg?

—¿Sabes, Hal? A veces me pregunto... —continuó Heidi soltando una risita.

—¿El qué? —inquirí, presa de la curiosidad.

Y de repente, la risa de Heidi se volvió tan fuerte que algunas personas de las filas delanteras se dieron la vuelta para ver cuál era el chiste. Confuso, vi como Heidi se ponía en pie.

—¿Quieres saber qué me pregunto, Hal?

De repente, la chica triste y dolida que había estado sentada a mi lado, hacía apenas unos segundos, desapareció. En su lugar estaba, simplemente, Heidi Bragg, tan falsa y prepotente como de costumbre.

—Te lo diré —dijo—. Me pregunto cómo alguien tan pardillo como tú se las arregla para sobrevivir. Eso es lo que no dejo de preguntarme.

Y dicho esto, se dio la vuelta y atravesó el pasillo central hasta llegar a la parte delantera del salón de actos, en donde estaba reunida la mayoría de los actores.

Me quedé a cuadros.

¿Acaso me habría imaginado toda la conversación?

Me giré y vi el asiento vacío a mi lado, como si acabara de hablar con un fantasma. No podía comprender por qué motivo Heidi se había acerca a mí para confiarme sus sentimientos, y después iba y me soltaba un comentario tan... tan gratuito como ese. ¿A qué venía insultarme así como así?

De repente tuve un horrible presentimiento. Pues claro que había un motivo, y uno muy concreto, además. Antes incluso de que empezara a girar la cabeza hacia la izquierda, estaba seguro de lo que me encontraría. O mejor dicho, de lo que no me encontraría.

Y así fue. Cuando mis ojos se posaron sobre el asiento donde había dejado unos minutos antes la caja de Amanda, confirmé lo que ya sabía.

El asiento estaba vacío.

La caja había desaparecido.

Capítulo 13



Transcrito por lili28

Corregido por Lornian

—¿Y para qué narices te creías que se había acercado a hablar contigo?

—Pues pensé que...

No tenía nada que hacer contra la furia de Nia, y me resultó imposible acabar la frase. Sabía cómo sosegarla, pero solo cuando se enfrentaba a otras personas, no a mí directamente. Estar cara a cara con ella, mientras echa espuma por la boca... es algo que no le deseo a nadie.

—¡Déjame adivinar! —empezó a ondear las manos en el aire, como si consultase una bola de cristal imaginaria—. Sí, ya lo sé, no me lo digas. ¡Tuviste una corazonada! Dejar que Heidi Bragg se apropiara del objeto máspreciado de Amanda...

—Sí, vale, la he cagado. ¿Contenta? —ya les había contado mi frenética búsqueda por todo el pasillo de butacas, en pos de la caja y de la propia Heidi—. ¿Es que tú nunca has metido la pata o qué?

Sobresaltado, oí el eco de la voz de Heidi en mi cabeza.

«¿Nunca has hecho nada de lo que después te hayas arrepentido, Hal?».

Pues sí, Heidi, lo cierto es que sí: crear las mentiras que salían de tu boca.

Nia echaba chispas por los ojos.

—Esto no es una metedura de pata, Hal. ¡Es la cagada más grande de...!

Estábamos en la explanada de césped que se extendía delante del edificio de nuestro instituto. Mientras Nia me ponía a caldo, Callie permanecía callada. Su silencio me hizo pensar que quizá no estuviera tan furiosa conmigo como Nia.

—Callie, yo... —empecé a decir en voz baja, suplicante, pero ella negó con la cabeza y levantó una mano para hacerme callar.

—Si hubiera sido cualquier otra persona, Hal... Pero ¿Heidi? ¿Después

de todas las cosas que ha ido diciendo de mí? —dijo.

Callie tenía los ojos bañados en lágrimas que, al parpadear, se deslizaron por sus mejillas. Recordé aquella noche en la colina de Crab Apple, cuando nos contó lo que le había ocurrido a Beatrice Rossiter. Aquella vez me dejó que la consolara, pero ahora era yo la persona que la había hecho llorar.

—Tengo que irme —dijo Callie de repente, tal vez avergonzada por su llanto.

Nia y yo la observamos mientras se alejaba, pero en realidad era yo el que estaba más lejos de ellas dos. A Callie debían de temblarle las manos, porque le costó un buen rato quitarle el candado a la bici. Una vez que lo consiguió, se marchó a toda velocidad sin mirar atrás, ni siquiera para despedirse.

—Solo para que quede claro: ¿te das cuenta de que, por tu culpa, la posesión más preciada de Amanda está en manos de su peor enemiga? —me dijo Nia cuando Callie desapareció de nuestra vista.

Aunque solo estaba resaltando lo evidente (o puede que fuera por eso, precisamente), sentí la necesidad de defenderme.

—Tampoco te pases, Nia. ¿Cómo estás tan segura de que esa caja era más importante para Amanda que cualquiera de los otros objetos que había en la tienda? ¡No lo sabes!

—¿Ah, no? Pues no recuerdo que Louise nos advirtiera de que su bolso de piel de serpiente no debía caer en manos equivocadas —Nia soltó una risita amarga antes de señalarme con un dedo acusador—. Sigue diciéndote que no es para tanto, Hal, y tal vez así consigas que se convierta en realidad.

—Heidi ni siquiera sabe que la caja es de Amanda —señalé a la desesperada—. A lo mejor lo único que quería..., no sé, era demostrar que podía quitármela.

Nia se cruzó de brazos y se quedó mirándome, antes de continuar con sus sarcasmos.

—Tienes razón, Hal. No sabemos para qué la quiere. Puede que solo lo haya hecho para molestar a Callie, o a lo mejor es que sencillamente le gustaba —y como si hubiera apretado un interruptor, su tono cambió de inmediato a otro más duro y acusador—. ¿Eso es lo único que se te

ocurre para defenderte, Hal? ¿Qué no debemos preocuparnos por Heidi porque no sabemos para qué quiere la caja de Amanda?

—Yo...

Ya estábamos. No sé cómo, pero Nia siempre conseguía hacerme quedar como un idiota integral. Y mientras yo seguía ahí plantado con cara de imbécil, Nia se acercó a su bicicleta, le quitó el candado y salió del aparcamiento.

—¡Gracias por tu comprensión! —grité sin demasiada convicción, pero Nia estaba demasiado lejos (en todos los sentidos) para responderme.

Al verla desaparecer bajo el manto del atardecer, comprendí el devastador alcance de sus palabras. Hasta ese momento, había estado demasiado ocupado intentando aplacar su ira.

Por tu culpa, la posesión más preciada de Amanda está en manos de su peor enemiga.

Tenía razón: era mi culpa. Había perdido el norte, y prácticamente se la había dado sin rechistar. Por lo poco que sabíamos, aquella caja podría contener un mapa que nos llevara hasta Amanda, o puede que incluso algún tipo de carta en la que nos explicase la razón de su desaparición. No había duda de que serían objetos que tendrían valor para ella, cosas que habría querido mantener a salvo no solo porque alguien la estuviera persiguiendo y pudiera quitárselas, sino porque eran... suyas.

La primera clave del éxito es confiar en uno mismo —dijo Amanda.

—¿Qué?

En el tren de vuelta de Baltimore, yo seguía disfrutando de los recuerdos del día más perfecto de mi vida. Frieda y yo habíamos mantenido una conversación muy interesante sobre arte, sobre John Currin (para mí era un fraude; para Frieda, un genio), sobre la financiación pública del arte, sobre la fortaleza del óleo frente al placer de las acuarelas, sobre la necesidad de mostrar tu trabajo frente al deseo de mantenerlo en privado... El *loft* donde vivía, que también le hacía las veces de estudio, estaba lleno de cuadros (algunos empezados, otros ya terminados), bocetos rápidos e innumerables fotos recortadas de revistas y grapadas al tablón que cubría

toda una pared. El suelo, que antaño debió de ser blanco, tenía tantos chorretones de pintura que no desentonaba de los lienzos que colgaban a nuestro alrededor. La luz entraba a través de tres inmensas claraboyas, y una de las paredes estaba totalmente acristalada. Parecía que no había nada entre los tejados de los demás edificios y nosotros. Hablar con Frieda me hizo ver que tenía opiniones sobre cosas a las que nunca había creído dar importancia, y me imaginé a mí mismo viviendo algún día en un *loft* como ese, ya fuera en Nueva York, en Roma o, qué narices, incluso en Baltimore.

Por primera vez, pude observar de cerca cómo era la vida de un artista.

—He dicho que la primera clave del éxito es confiar en uno mismo — repitió Amanda.

Aquella mañana salimos de casa muy temprano y caminamos junto a la ribera del río durante casi un kilómetro disfrutando de las vistas del puerto. El viento empezó a levantarse hasta convertirse casi en un vendaval. Pese a todo, el pelo de Amanda apenas se había despeinado y seguía recogido en aquel moño al estilo de los años 50.

—Ah —respondí.

Amanda me observó a través de sus gafas, que llevaba sujetas del cuello con una cadena. Estoy seguro al noventa por ciento (con Amanda, ese es el máximo porcentaje de certeza al que uno puede aspirar) de que no necesitaba esas gafas en absoluto.

El traqueteo del tren parecía mecarme como si fuera un niño. Quise cerrar los ojos y empezar a imaginarme una vida de ensueño en un *loft* soleado con el suelo cubierto de pintura y una máquina de café italiana como la que tenía Frieda (aunque he de reconocer que nos preparó uno demasiado amargo para alguien tan poco cafetero como yo).

—¿Confías en ti, Hal?

¿Confiaba en mí? Buena pregunta. ¿Creía en mí lo suficiente como para perseguir mi sueño y dedicar mi vida al arte?

No estaba muy seguro.

Amanda me lanzó una mirada intensa, penetrante.

—Porque yo sí que confío en ti, Hal.

Se quedó callada, con sus ojos clavados en mí, como si nada. Y entonces, justo cuando yo estaba a punto de apartar la mirada, me cogió la mano y la estrechó suavemente entre las suyas.

—Confío plenamente en ti, Hal.

—Pues... gracias —respondí—. Me alegra que confíes en mí, Valentino, pero ¿no te parece que deberías ponerme a prueba, para saber si soy digno de tu confianza? —añadí medio en broma.

Amanda se quitó las gafas, apoyó la cabeza en el asiento y esbozó una sonrisa que, con el tiempo, he llegado a comparar con la de la Mona Lisa.

—Lo haré, Hal Bennett. Ten por seguro que lo haré.

Aquel día dijo la verdad. Me había puesto a prueba.

Y yo le había fallado.

Pensaba que ya me había acostumbrado a que mi padre estuviera siempre de viaje, pero el alivio que sentí al llegar a casa y ver su maleta en el descansillo me hizo comprender lo mucho que lo echaba de menos cuando no estaba.

—¿Papá?

—En la cocina —la casa olía de maravilla, así que su respuesta no me sorprendió en absoluto.

Se me hizo la boca agua con el aroma del ajo dorándose en aceite de oliva que seguí hasta la encimera, donde mi padre estaba cortando alguna verdura que no logré identificar. Mi madre, mi hermana y yo siempre nos metemos con él por ser tan quisquilloso cuando se trata de cocinar. En todas sus recetas hay que cortar cientos de ingredientes en trozos diminutos y colocarlos cuidadosamente en varios montoncitos antes de añadirlos a la salsa en un proceso que podría llegar a durar... horas. Papá se defiende diciendo que hay que ser muy minucioso en la cocina. Mamá, por su parte, siempre le replica que debe tomárselo con más calma, como hace ella; pero Cornelia y yo hemos probado la comida de mamá y, para ser sinceros, más le valdría relajarse un poquito menos.

—¿Cuándo has llegado? —pregunté, sacando el taburete que había debajo de la encimera y sentándome a verle cocinar.

De joven, mi padre se había pasado varios veranos trabajando de pinche de cocina, así que sabía cortar, picar y trocear con la misma destreza que esos tipos que anunciaban cuchillos en la teletienda. Siempre me quedo mirándole como hipnotizado.

—Hace una hora, más o menos. Cuéntame, ¿qué tal el instituto?

—Pues...

¿Cómo se supone que debía contestarle?

Pues resulta que una amiga ha desaparecido, así que mis otras amigas y yo estamos intentando encontrarla, y tenemos razones para creer que la persiguen unos desalmados que quieren hacerle mucho daño.

Está claro que lo que dije finalmente no tuvo que ver nada con eso.

—Bien, supongo que bien.

Había una bolsa de patatas abierta sobre la encimera, así que agarré un puñado.

—¿Solo bien? —preguntó mi padre sin detenerse en su labor con el cuchillo.

Algo en su tono de voz me hizo pensar que era consciente de que no le había dicho toda la verdad.

Me llevé la última patata a la boca y alargué la mano para coger más. Mi padre se quedó callado, pero no sabría decir si quería hacerme sentir incómodo para sonsacarme más información, o si sencillamente le daba igual permanecer en silencio. Como ya he dicho antes, mi padre no es precisamente la persona más sociable del mundo.

Finalmente, me vi en la necesidad de decir algo:

—Amanda sigue desaparecida.

Papá asintió y dejó caer un puñado de aceitunas que tenía en la tabla de cortar dentro de un cuenco que estaba a su derecha. Después se dio la vuelta para apagar el fogón donde había puesto la sartén con el aceite y los ajos. Habitualmente no diría que un hombre se mueve con movimientos gráciles, pero es así como describiría a mi padre cuando está en la cocina.

—Lo sé, me lo ha dicho mamá —respondió después de limpiar la tabla, y se dispuso a cortar un tomate en daditos incluso antes de que la hortaliza tocara la madera.

—¿Qué más te ha contado?

Amanda nunca le había caído especialmente bien a mi madre. De hecho, creo que estuvo a punto de llegar a odiarla. No es que sea una persona demasiado cuadrada, pero no le gustaba que cambiara constantemente de vestuario y de personajes. Le parecía algo bastante perturbador, y pensaba que Amanda no era una buena influencia para mí. Cuando se enteró de su desaparición, me dijo que lo sentía mucho y que esperaba que la encontraran pronto, pero lo que en realidad quería decir era: «Espero que la encuentren y la metan en un centro para chicos problemáticos, que es donde debería estar».

Tal vez por esa razón, mi padre no respondió a mi pregunta.

—Es algo preocupante —dijo.

—¡Pues claro! —exclamé.

No tenía intención de gritar, pero era un auténtico alivio que otra persona (y encima un adulto) pensara lo mismo que yo sobre la desaparición de Amanda. Sin lugar a dudas, se trataba de un asunto que debería despertar cierta inquietud.

Ante mi muestra de preocupación, mi madre me habría empezado a preguntar miles de cosas: «¿Por qué estás tan preocupado? ¿Acaso sabes algo que no quieres contarme?». Pero mi padre se limitó a decir:

—Quiero que tengas cuidado —hizo una pausa, dejó el cuchillo y me miró fijamente durante un rato antes de añadir—: Ten mucho cuidado, Hal.

¿Eran imaginaciones mías, o estábamos hablando de algo más que la desaparición de Amanda y de la agresión al señor Thornhill?

—Papá... —comencé a decir, mi voz casi un susurro—. Papá, ¿tú sabes... algo?

Mi padre tiró el tomate troceado dentro del cuenco y alargó la mano para coger otro. Lo sostuvo en alto durante unos instantes que se me hicieron eternos, escrutando su brillante piel roja como si allí pudiera encontrar las respuestas a todas sus preguntas.

—Sé algunas cosas —me dijo por fin.

Sabía que no podía contarle a mi madre lo de la lista de Thornhill, pero ¿y a mi padre? ¿O le iría inmediatamente con el cuento a mamá?

Papá empezó a trocear el tomate, pero de pronto se detuvo.

—Si pudiera protegerte de todos los males del mundo, lo haría. Lo sabes, ¿verdad? —añadió en un tono muy serio, sin apartar la vista de la tabla.

Cuando levantó la mirada, me sorprendió ver que tenía los ojos llorosos.

Me limité a asentir, porque me había quedado sin palabras. Esa reacción no era propia de mi padre. Mi madre es capaz de ponerse a dar gritos como una loca solo con la idea de que Cornelia y yo moriremos de viejos algún día. ¿Pero mi padre? ¿Mi padre al borde de las lágrimas, preocupado por nuestra seguridad?

Definitivamente, aquí estaba pasando algo.

Papá se aclaró la garganta y empezó a hablar en su tono de voz normal, así que me pregunté si de verdad había sido testigo de su reacción anterior a solo habían sido imaginaciones mías.

—No hay duda de que tienes que lidiar con muchas cosas: una amiga desaparecida, nuevas amistades... Callie siempre me ha parecido una chica estupenda, y he oído hablar muy bien de Nia.

Un momento, ¿cómo habíamos llegado hasta ahí? Estaba a punto de contarme algo, ¡seguro!

—Papá... —empecé a decir.

—¿Todavía sigues cortando cosas, papá? —dijo Cornelia, que había entrado en la cocina sin que nos diéramos cuenta.

—¡Hola! —mi padre se dio la vuelta para mirarla y añadió—: ¿Seguro que no quieres echarme una mano?

—Paso. Hal, ¿puedo hablar contigo un segundo?

La voz de mi hermana delataba ansiedad. Bueno, digamos que toda la ansiedad que podía adquirir la voz de una chica tan pasota como ella. El corazón me dio un vuelco. ¿Habría encontrado algo? ¿Habría encontrado a alguien? De repente, me sentí muy intrigado por lo que fuera a decirme. Aun así, me quedé indeciso. Cornelia siempre estaba a

mano; en cambio, mi padre apenas paraba por casa últimamente.

—Anda, vete a ver qué quiere tu hermana —me dijo entonces papá.

Aunque su tono de voz era inofensivo, aquellas palabras sonaron como una orden, así que me puse en pie de inmediato. Cuando mi padre no tenía intención de hablar, resultaba imposible sonsacarle nada.

—Cenaremos en cuanto llegue mamá —añadió mientras salíamos de la cocina, y un segundo después encendió la radio.

—Cornelia, ¿alguna vez te has preguntado a qué se dedica papá exactamente? —le dije mientras entrábamos en el comedor.

—Es consultor en una agencia internacional de socios de mercado. Están especializados en coordinar fusiones para empresas internacionales que...

¡Madre mía! Se trataba de la misma cantinela que ponía en los folletos. A menudo papá se los dejaba en casa, tirados en cualquier rincón.

—Sí, ya sé —repliqué impaciente—. Esa es la versión oficial, pero a veces me pregunto si... Si además de eso, hace algo más.

—Sí —dijo Cornelia.

—¿Sí? —giré rápidamente la cabeza para mirarla—. ¿Quieres decir que sí que hace algo más?

—Quiero decir que yo también me lo he preguntado alguna vez —me respondió mi hermana con serenidad.

—¿Entonces...?

—Voy a enseñarte algo —me interrumpió—, pero no tenemos mucho tiempo. ¿Quieres verlo o no?

Dicho así, parecía algo importante. La posibilidad de que nuestros padres llevaran una doble vida también lo era, claro, pero tendría que esperar. Al menos por ahora.

—¿De qué se trata?

—Me gustaría hablar contigo sobre el ordenador de Thronhill.

El ordenador del subdirector. ¿Habría conseguido acceder a sus archivos? Porque si así fuera, tal vez podría enmendar mi metedura de pata. Si les enseñaba a las chicas aquella maldita lista, puede que

terminaran perdonándome por haber perdido la caja de Amanda. Puede que todo volviera a ser como antes...

—¿Qué pasa? ¿Has conseguido entrar? —sin darme cuenta, casi había empezado a gritar.

No sé si fue mi histérica reacción o por la brusquedad de mi tono, pero Cornelia me lanzó una mirada fría y levantó una mano para indicarme que o recuperaba la compostura o pasaría de hablar conmigo.

No hace falta decir que hice un esfuerzo sobrehumano por serenarme.

—¿De verdad piensas hacer algo con su cuenta de Facebook?

—¿Qué? —recordé la conversación que tuvimos sobre el tema—. No, Cornelia, estaba de coña. Pensé que lo habías pillado.

—¿Y por qué debería saber que era una broma?

A veces mi hermana se toma las cosas tan al pie de la letra que resulta exasperante.

—Cornelia, todo esto que está pasando no pinta nada bien. Amanda sigue desaparecida y el señor Thornhill está en coma y hasta puede que lo hayan secuestrado. ¿De verdad piensas que perdería el tiempo gastándole una broma pesada a un hombre que yace inconsciente en una cama de hospital, no se sabe dónde?

Cornelia se encogió de hombros.

—Bueno, ¿entonces por qué te tomaste ese tiempo para tomarme el pelo?

—¡Cornelia! —exclamé.

Me costó contenerme para no dar gritos a diestro y siniestro. No obstante, mi hermana no pareció inmutarse.

—Déjate de tonterías —dijo mientras consultaba su reloj—. Mamá no tardará mucho en llegar.

Tenía razón. En cuanto volviera del trabajo, mamá empezaría con el interrogatorio de siempre preguntándonos qué tal en el instituto, nuestro día y todo eso.

Papá era todo lo contrario, así que no suponía ningún problema que estuviera pululando por aquí. No obstante, si pretendíamos emprender

actividades, digamos, cuestionables, más nos valía llevarlas a cabo mientras nuestra madre estuviese fuera de casa.

Acompañé a Cornelia hasta el despacho. Nada más ver el armario de archivo, se me cayó la cara de vergüenza. Mi hermana se dejó caer sobre la silla giratoria que había frente al escritorio y me hizo un gesto para que me sentara en el sofá. Detrás de ella, el salvapantallas del ordenador mostraba un banco de peces tropicales de colores chillones que nadaban felices en su salado paraíso digital.

—¿Qué sabes de redes informáticas unilaterales? —preguntó.

—Pues... nada —respondí.

Cornelia hizo una breve pausa, como si estuviera intentando traducir algo de un idioma a otro.

—Veamos, en la mayoría de las redes informáticas, los datos pueden fluir en ambas direcciones —Cornelia levantó los brazos y apretó los puños—. Por eso puedo introducir una información en este ordenador —meneó el puño derecho— y recuperarla en este otro —añadió haciendo lo mismo con el izquierdo—. O a la inversa: del izquierdo al derecho.

—Hasta aquí, te sigo —dije con entusiasmo.

Empecé a sentirme cómodo. Una de las mayores virtudes de mi hermana es que puedes hablar con ella de ordenadores y enterarte de algo sin tener ni idea del tema.

—Bien. Una red unilateral es algo diferente —dijo Cornelia tras comprobar que mi analfabetismo informático no era tan grave—. En la red unilateral, la información solo pude viajar en un sentido.

—¡Claro! ¡De ahí lo de «uni»! —exclamé.

Mi hermana pasó por alto mi comentario y prosiguió con su discurso.

—Entonces, una red unilateral sirve básicamente para proteger una base de datos central a la que acceden personas desde otros terminales remotos.

Aquella última frase me hizo perder ligeramente la confianza en mis conocimientos sobre el tema en cuestión.

—Vale, ahora sí que me he perdido...

Suspirando, Cornelia lo intentó de nuevo con una explicación más sencilla.

—Imagínate que tienes una empresa. Si quieres que tus empleados puedan trabajar en casa, tiene que haber un sistema que les permita enviar su trabajo a un ordenador central, dentro del edificio, ¿no? Pero claro, tampoco quieres que la competencia se cuele en esa unidad principal y se descargue tu receta secreta para hacer las mejores galletas de chocolate del mundo —nuevamente volvió a servirse de la metáfora de los puños—. El empleado X trabaja en casa, prepara una presentación en PowerPoint y la envía por correo electrónico al departamento de diseño de tu empresa, para que preparen los folletos de la reunión del día siguiente —señaló cada uno de los lugares con uno de sus puños—. Y si el competidor Y intenta introducirse en tu red para conseguir la receta, no logra hacerlo porque la información solo puede entrar en el sistema, no salir de él.

—Ya lo pillo.

—Algunas redes unilaterales funcionan a la inversa. Es posible que quieras darles a tus empleados la posibilidad de sacar información de una red central sin que ellos puedan descargar nada ni instalar nada en esa red, como un virus, por ejemplo. En cualquiera de los casos, la unilateralidad es algo básico para la protección de datos de un montón de redes informáticas. Incluso la CIA y la Agencia de Seguridad Nacional trabajan con sistemas unilaterales.

—Un momento, ¿sabes cosas sobre los sistemas informáticos de la CIA y la NSA?

Mi hermana se quedó mirándome en silencio.

—Perdona —me disculpé, y la dejé continuar.

—Endeavor tiene una red informática unilateral.

Por increíble que parezca, había estado tan atento a la explicación de Cornelia sobre las redes unilaterales que había olvidado por completo por qué estábamos hablando de ellas. Sin embargo, en cuanto salió el nombre de nuestro instituto, me centré de inmediato.

—Entiendo —asentí con toda la firmeza de la que fui capaz.

—Eso significa que los profesores pueden introducir las notas escolares en el sistema desde su casa, pero, por ejemplo, no pueden descargar el

historial académico de un alumno.

—Entiendo —repetí.

—Pero hay una excepción.

Tenía la garganta seca, así que en vez de contestar, me limité a asentir con la cabeza.

—Un usuario ha cambiado la dirección del sistema unilateral.

Me pasé la lengua reseca por los labios.

—¿Quieres decir que ese usuario puede sacar información del ordenador central de Endeavor?

—Sí, y además nadie puede acceder a su ordenador desde Endeavor —añadió asintiendo con la cabeza.

—Y ese ordenador es... —empecé a decir.

—El portátil del señor Thornhill —dijimos al unísono.

Nos quedamos en silencio unos segundos, mientras yo asimilaba el descubrimiento que acababa de hacer mi hermana.

—En realidad, no es tan complicado —prosiguió Cornelia—. Básicamente, lo que hizo nuestro subdirector fue reemplazar o, mejor dicho, complementar el sistema unilateral que ya había con otro sistema inverso y cerrado entre su portátil y el ordenador central del instituto.

Mi cabeza daba vueltas a tanta velocidad que me perdí un poco en la siguiente explicación, algo sobre que era como un «cubo» con la capacidad de atraer datos interconectados con otro terminal remoto.

—La cuestión es —terminó, quizá porque ya lo había dicho todo o quizá porque vio que no la seguía desde hacía rato— que el ordenador de Endeavor reconoce el portátil de Thornhill y le transmite información.

—Así que me estás diciendo que si logramos acceder al portátil de nuestro subdirector, podremos conseguir los datos que se descargó —anuncié.

Por primera vez, me sentí un poco decepcionado. No hace falta ser un genio de la informática para saber que si entrábamos en ese portátil, tendríamos la información que estábamos buscando.



—Lo que te estoy diciendo es que el ordenador del instituto reconocerá a cualquier ordenador que piense que es el portátil del señor Thornhill —corrigió mi hermana.

Aunque me costó unos segundos darme cuenta de lo que eso significaba, cuando lo pillé me puse en pie de inmediato.

—Así que si el ordenador del Endeavor piensa que este —señalé el equipo que había sobre el escritorio, detrás de Cornelia— es el portátil de Thornhill...

—Le dejará acceder a todos los documentos que contiene —y dicho eso, Cornelia se giró sobre la silla y pulsó una tecla.

Un instante después, la pantalla cambió y ante mis ojos apareció un escritorio que me resultaba familiar, un escritorio que ya había visto antes en el despacho del subdirector, hacía menos de una semana. Un escritorio que pensé que jamás volvería a ver.

Capítulo 14



Transcrito por Fany

Corregido por Anna

—**P**ero hay un inconveniente —me advirtió Cornelia mientras yo me afanaba en examinar la lista.

Michael Zalin... Aquel nombre no me decía nada. *Zoe Costas...* Si no recordaba mal, era de nuestro curso. *Samara Cole...* Ni idea. La lista no estaba ordenada alfabéticamente, así que me puse a revisarla con la esperanza de encontrar algún nombre conocido. *Beatrice Rossiter y Frieda Levinson...* ¡Ajá! Algunos nombres, pero no todos, tenían al lado un icono con forma de clip. Seguí avanzando. Ahí estaba: *Henry Bennett*. Cuando iba a pinchar con el ratón sobre el icono, Cornelia me tocó la mano para llamar mi atención.

—He dicho que hay un inconveniente —su tono de voz me dejó claro que requería el cien por cien de mi atención.

—Perdona. Te escucho —con gran esfuerzo, aparté los ojos de la pantalla para mirar a mi hermana.

—El ordenador central de Endeavor piensa que este —señaló el equipo que teníamos delante— es el portátil de Thornhill.

—Sí, ya lo he entendido —le repliqué, impaciente.

—Por tanto, si el verdadero portátil de Thornhill intenta acceder alguna información, el sistema sabrá que ocurre algo raro.

Sentí un escalofrío.

—¿Y qué es lo que hará el sistema exactamente cuando se dé cuenta?

Cornelia se encogió de hombros con la misma indiferencia que si le hubiera preguntado si mañana iba a llover.

—Ni idea.

—¿Cómo que ni idea?

—Pues que no te sabría decir. Depende del nivel de seguridad que

tenga. Tal vez lo haya configurado para que se pueda acceder simultáneamente desde dos ordenadores distintos.

—Ah —respondí, aliviado—. Entonces, guay.

Pero mi alivio duró poco.

—O tal vez —añadió Cornelia— el sistema envíe un virus a los dos falsos ordenadores de Thornhill para destruirlos.

Pensé en todos los lugares donde podría estar el portátil de Thornhill: en su despacho (lo más probable), en la comisaria, en poder del doctor Joy o en manos de las misteriosas personas de las que habló Frieda.

—Y la cosa puede complicarse todavía más —continuó Cornelia.

—Ojalá no estuviéramos teniendo esta conversación.

—Es posible que la conexión entre el portátil de Thornhill y el sistema de Endeavor tenga un localizador por GPS.

Me sentía completamente perdido.

—¿GPS? ¿Cómo el que lleva mamá en el coche, y con el que siempre se pierde?

—Sí, esa cosa que lleva mamá en el coche y que te dice cómo llegar a los sitios y dónde estás tú.

—Vale, vale —añadí—. ¿Y eso qué quiere decir?

—Quiere decir que si alguien sabe o descubre lo que ha hecho Thornhill, dicha persona podría localizar su portátil utilizando la señal GPS.

Reflexioné sobre las palabras de Cornelia y después señalé el ordenador de mamá.

—Entonces esa persona también sería capaz de localizar nuestro ordenador.

—Así es —dijo.

—Podría descubrir la localización física de nuestro ordenador.

—Así es —repitió.

—Y esa persona... —empecé a decir, pero esta vez no me dejó terminar.

—Lo que creo es que deberías encontrar lo que sea que estés buscando cuanto antes, para que podamos apagar el ordenador.

—Y si lo apagamos, ¿podríamos volver a entrar en él?

Mi hermana se encogió de hombros.

—Tal vez. Como te he dicho, depende del nivel de seguridad que le haya puesto Thornhill.

—Así que me estás diciendo que tengo que encontrar lo que busco a la de ya, y que tal vez nos resulte imposible volver a acceder a esta información —resumí.

—Sí —dijo Cornelia al tiempo que se levantaba —exactamente eso te estoy diciendo.

Hay un sueño que se me repite con bastante frecuencia. Intento marcar un teléfono o abrir una puerta, pero me tiemblan tanto las manos que o bien soy incapaz de marcar los números apropiados, o bien se me cae el llavero al suelo una y otra vez.

Pues bien, mientras revisaba a toda velocidad la lista de Thornhill desde el ordenador de mi madre, tuve la sensación de estar en uno de esos sueños. Cuando quise hacer clic sobre el icono que había junto a mi nombre, terminé dándole a uno que estaba dos líneas más abajo: Sol Rosa. De inmediato, la pantalla se llenó de fotos de alguien a quien no conocía, y cuando intenté retroceder, no alcé el cursor lo suficiente y terminé abriendo una de las carpetas del archivo de Sol Rosa. De repente me encontré con una página escaneada de un expediente académico de primaria, en donde descubrí que Sol era un hacha en caligrafía. Volví a la página anterior, y esta vez sí pinche sobre el icono correcto, al lado de mi nombre.

El contenido de aquella carpeta era igual de desconcertante que el anterior. Había por lo menos una docena de fotos más. La primera correspondía a un viaje que mis padres y yo hicimos por el país (en ese momento, mi madre estaba embarazada de Cornelia). Los tres salíamos posando delante de un letrero que decía: «Altitud: 3.862 metros». De fondo se veían las cumbres de varias montañas altísimas entre la niebla. Mis padres sonreían a la cámara y yo hacía un gesto con el pulgar levantado. No conservaba ningún recuerdo de aquel verano, y no tenía ni idea de donde estábamos en el momento en que se tomó la foto.

En la siguiente aparecíamos mi padre y yo sentados en un bote, pescando. Ninguno de los dos miraba a la cámara, como si no supiéramos que nos estaban fotografiando. Eché un ojo a la siguiente imagen, en la que salía atravesando la línea de meta en una carrera en la que participé hace dos años, los 10.000 metros de Orion, justo antes de entrar en el equipo de atletismo al año siguiente.

El corazón empezó a latirme con fuerza. ¿Qué estaba pasando aquí? ¿Por qué tenía Thornhill todas esas fotos? Parecía como si me hubiera estado espiando...

Cerré la carpeta y abrí un documento llamado L-C33159. Era una lista de direcciones que correspondían a los lugares donde habíamos vivido: nuestras dos casas en Filadelfia y nuestro domicilio actual en Orion. Abrí otro archivo y me encontré ante el árbol familiar de la familia Bennett.

También había un montón de documentos más: boletines de notas, historiales médicos, test de inteligencia... Incluso informes de agudeza visual y auditiva que ni si quiera recordaba haber hecho. Regresé a la lista principal y pinché el nombre de Cornelia. Nuevamente apareció una recopilación de fotos, direcciones y registros escolares. Ver tanta información privada sobre los miembros de mi familia estaba empezando a ponerme de los nervios. Algo cayó sobre el teclado y me di cuenta de que estaba sudando a chorros.

Me pasé una mano por la frente y accedí a los datos de una desconocida, Maude Cooper. Maude era una mujer bajita de unos 50 años. En la primera foto aparecía delante de una casa acompañada de un hombre, puede que su marido. Maude también vivía en Orion, igual que Stefanie Stone y Laden Chapel.

De vuelta en la lista principal, me metí en los archivos de Beatrice Rossiter. Había olvidado lo guapa que era antes del accidente. Había una imagen en la que aparecía junto a su madre (una mujer afroamericana muy alta y atractiva) y su padre (bastante más bajito, de piel pálida y unas gafas enormes) delante de un restaurante que, por su apariencia, parecía encontrarse en alguna ciudad europea.

Pinche en una carpeta llamada PC13342+12267 y de repente apareció ante mí una foto en blanco y negro de dos chicas sonrientes que llevaban unas pelucas idénticas. Se parecían tanto que por un segundo pensé que Beatrice tenía una hermana, pero cuando me fijé mejor dejé escapar un grito. La chica que estaba con ella no era su hermana.

Era Amanda.

—Hola, chicos, ¡ya he llegado!

Estaba convencido de que escucharía la puerta del garaje y que tendría tiempo de salir de cualquier archivo que estuviera examinando y abrir una página en blanco de Word, pero quedaba claro que me había equivocado. Oí que mi padre gritaba algo y después mi madre empezó a llamarme.

—¡Hal! ¡Ven a decirme hola!

¿Beatrice y Amanda eran amigas? Nunca las había visto juntas, y además, ella no la había mencionado ni una sola vez.

Claro que eso tampoco era ninguna novedad.

—¿Hal? ¿Estás arriba?

—¡Ya voy, mamá!

Beatrice y Amanda. ¿Lo sabrían las chicas? No, Callie nos había contado todos los detalles sobre el accidente de Beatrice. No me entraba en la cabeza que se le hubiera olvidado mencionar que Amanda quería que enmendase su error porque era amiga de Beatrice.

—¿Hal?

Por lo cerca que oía su voz, supe que mamá estaba a escasos pasos del despacho. Si entraba y me pillaba contemplando una foto de Amanda, empezaría hacerme preguntas. Demasiadas preguntas. Cerré la imagen, volví a pinchar en el icono junto a mi nombre y luego me giré hacia la puerta, esperando que los nervios no me delatasen.

Pero entonces me di cuenta del terrible error que había cometido al abrir la carpeta con mis archivos. Sin duda, las fotos de nuestra familia llamarían la atención de mi madre cuando se acercara para ver en qué estaba trabajando. Tenía que... Tenía que...

—¡Aquí estás! —exclamó, apareciendo en la puerta todavía envuelta en su impermeable de color rojo chillón y con su sombrero amarillo en la cabeza.

Era demasiado tarde. Mamá sonreía con los ojos brillantes. Se alegraba de que estuviéramos todos en casa. Esperé a que esos mismos ojos se abrieran de par en par al ver la pantalla del ordenador, pero lo único

que hizo fue asentir y saludarme.

—¡Papá está en casa! —dijo entusiasmada.

¿Qué se le dice a una madre para no cabrearla cuando está resaltando lo evidente?

—¡Sí! —exclamé, intentado igualar su entusiasmo.

¿No se había fijado? ¿Estaba tan distraída por la perspectiva de una cena familiar (de las pocas que tenemos y en la que encima no le tocaba cocinar) que no había reparado en las fotos? O puede que... ¡Claro! El salvapantallas había acudido al rescate, y a no ser que le entusiasmaran los peces tropicales, pasaría totalmente de la pantalla del ordenador.

—¿Qué tal tu día? ¿Bien? —me preguntó mientras se quitaba el sombrero.

—Sí, sí, ¡desde luego! —mi alivio se había transformado en verdadero entusiasmo, e incluso llegué a dar una palmada.

—Me alegro, cariño —se acercó a darme un beso en la frente antes de dirigirse de nuevo a la cocina—. Papá dice que la cena estará en media hora, más o menos.

Me llevé la mano a la frente, que seguía cubierta de sudor, y suspiré profundamente. Necesitaba calmarme. Y necesitaba un plan. Revisaría los archivos de las personas a las que conocía y luego los compararía con los de los desconocidos. ¿Qué tenía en común Maude Cooper conmigo? ¿Y Callista Leary con Stefanie Stone? Metí la mano en uno de los cajones del escritorio, saqué un cuaderno con el emblema de la Universidad de Orion y agarré un lápiz de la taza que había sobre la mesa. Ya estaba listo para seguir con mi investigación.

Pero cuando me giré, en lugar de encontrarme con un montón de peces de colores, me topé con una pantalla negra. Ni peces ni fotos mías. Solo oscuridad. Pulsé la tecla del espacio y el *enter*, pero nada. Ninguna reacción. Agudicé el oído y me di cuenta de que no solo era cosa de la pantalla, sino que el ordenador entero se había apagado por completo. Con el corazón en un puño, apreté el botón de encendido.

Nada.

Volví a pulsarlo, esta vez manteniéndolo apretado durante unos cinco segundos. Al soltarlo, conté hasta treinta y lo intenté de nuevo.



Nada.

Ya no me quedaba ninguna duda. Mi ordenador había muerto, y algo o alguien tenía la culpa.

Es peligroso que estéis juntos.

Ha caído en sus manos.

Por tu culpa, la posesión más preciada de Amanda está en manos de su peor enemiga.

Apoyé la cabeza sobre la fría superficie de plástico del teclado e intenté convencerme de que todo saldría bien. Pero no lo conseguí.

Capítulo 15



Transcrito por Lornian

Corregido por Anna

A medida que fue pasando la semana, me di cuenta de que mi vida estaba volviendo a ser tal y como había sido antes de la llegada de Amanda; como si mi relación con las chicas no hubiera sido más que una de esas amistades de verano que terminan con el fin de las vacaciones. El viernes, a la hora del almuerzo, me crucé en el pasillo con Charlie, el batería de Girl Like Me.

—Ey, tío, ¿dónde te habías metido? —me dijo dándome una palmada en la espalda.

No supe qué responderle. Podría haberle dicho que había estado con unas amigas, pero ya no sabía si Callie y Nia volverían a hablarme alguna vez. ¿Debía contarle que había estado con mis guías?

Sí, claro Hal. ¿De verdad quieres que piensen que andas metido en algún rollo raro en plan Hare Krishna?

Empezamos a caminar juntos en dirección a la cafetería.

—Tío, la semana pasada te perdiste el peor ensayo del mundo. La madre de Brian nos echó la peta porque decía que tocábamos demasiado alto. Brian le respondió que eso es lo que se supone que hace una banda de música, y ella le contestó que le parecía estupendo, pero que en ese caso fuéramos una banda más tranquilita —Charlie remarcó sus palabras como si no le entrara en la cabeza que alguien no fuera capaz de apreciar el rock clásico—. Incluso nos hizo apagar los amplificadores, como si fuéramos los Girl Like Me versión acústica.

No le estaba escuchando realmente, pero, por suerte, para hablar con Charlie no tienes que prestar toda la atención del mundo. El chaval se las apaña perfectamente él solito.

—Sí —respondí, totalmente ajeno a lo que me decía.

—Menuda movida, ¿eh?

Llegamos a la cafetería y, cuando Charlie llevaba ya un rato hablándole a la nada, por fin se dio cuenta de que yo no lo seguía.

—¿No vas a comer? —me preguntó, dándose la vuelta para mirarme.

Era mediodía y la cafetería empezaba a llenarse. Eché un vistazo a la sala, pero no vi a las chicas. Sintiéndome aliviado y decepcionado al mismo tiempo, negué con la cabeza.

—No, tengo que hacer cosas en el aula de dibujo.

—Está bien. Nos vemos luego, Picasso —dijo Charlie.

—Hasta luego —me despedí.

Mientras Charlie se perdía entre aquella multitud de estudiantes hambrientos, me pregunté si debería sentarme para comer con los compañeros del grupo, hablar de música, planear la actuación para el concurso de talentos, discutir sobre si U2 era una de las mejores bandas de la historia o si sus canciones estaban sobrevaloradas... Era algo que habría hecho hace apenas unos meses: juntarme con compañeros que no llegaban a ser del todo mis amigos, pero que se acercaban a parecerlo.

Antes de conocer a Amanda, me habría conformado con eso.

¿Por qué ahora no?

O dio esta canción! —exclamé al tiempo que me tapaba los oídos para intentar silenciar hasta la última nota de *Silly love songs*.

Amanda bebió un sorbo de su café mientras la melodía sonaba a todo trapo por los altavoces de Aqua.

—Sí, es una canción bastante mala —dijo.

Su disfraz me recordaba a alguien. Llevaba varios brazaletes negros de goma en el brazo, y una peluca corta. Cada vez que mi madre se ponía con una tarea doméstica que odiara a muerte, como pasar la aspiradora o limpiar el frigorífico, siempre escuchaba viejos discos de Madonna a todo volumen, así que no me costó demasiado relacionar una cosa con la otra.

Me encantaba hablar de los Beatles con Amanda, así que me incliné sobre la mesa, entusiasmado.

—¿Y sabes por qué es una canción tan mala? Porque Paul McCartney es un

desastre componiendo.

Para demostrar su desacuerdo, Amanda arqueó una ceja.

—*Revolution, Dear Prudence, Rocky Raccoon...* ¿Es necesario que siga?

Como a ninguno nos gustaba la canción, me sorprendió que se pusiera a defender a McCartney. No obstante, no me fue difícil replicarle.

—Fue John Lennon quien escribió esas canciones —aseguré.

—Lennon y McCartney —me corrigió—. Mira los créditos del disco.

—Que John Lennon tenga la bondad suficiente como para compartir los créditos de esas canciones con él no lo convierte en un compositor decente. Basta con escuchar a los Wings, la banda de McCartney.

—Cuando, los dos eran jóvenes, iban juntos a las fiestas y se quedaban en un rincón escribiendo canciones —dijo Amanda, sonriendo al imaginarse la escena.

—¿Sabes qué? —le repliqué—. Me gustaría ver una transcripción de esas conversaciones. «Oye, Paul, ¿podrías dejar de hacer unas letras tan cursis?». «Lo siento, tío, es lo único que sé hacer».

—Cada amigo es un mundo para nosotros, un mundo que no existe hasta que ese amigo llega a nuestra vida —dijo Amanda mientras deslizaba la cucharilla por el borde de su taza.

Pero daba igual lo que dijera, seguía sin convencerme.

—Odio a Paul McCartney —sentencié, y cuando Amanda volvió a enarcar una ceja, me retracté, aunque solo un poco—. Está bien, odio al Paul McCartney post-Beatles. ¿Contenta?

Amanda esbozó una sonrisa triste y negó con la cabeza.

—No puedes odiarle. Odiar a Paul sería como odiar a John.

Lo que acababa de decir era una locura tan grande que estuve a punto de atragantarme con el chocolate caliente.

—¿Odiar a John? ¿De verdad me estás acusando de odiar a John Lennon?

—Una amistad fuerte como la suya —Amanda unió sus dedos, llenos de anillos,

para ilustrar su opinión— cambia para siempre a las personas que la comparten.

—Pues es una pena que Paul no cambiase un poco más. Quizá así su música post-Beatles no hubiera sido tan mala.

Sin dejar de mirarse las manos, Amanda prosiguió con suavidad.

—Puede que no fuera así para nada. Puede que John absorbiera toda la genialidad de Paul, o que Paul sintiera una pena tan profunda cuando los Beatles dejaron de existir que nunca llegó a recuperarse. También es posible que Paul solamente fuera él mismo cuando estaba con John, y que a John le pasara lo mismo cuando estaba con Yoko —me lanzó una mirada pícaro, sabiendo que no echaría a perder la oportunidad de poner verde a Yoko Ono—. La cuestión es que sin Paul McCartney, el John Lennon que todos conocimos jamás habría existido. Los amigos de verdad influyen en tu personalidad tanto como tus padres o tu familia. Ponen su granito de arena para que seas tú mismo.

Empecé a serenarme un poco.

—Entonces, me estás diciendo que debería dejar de odiar a Paul.

—Fue John el que lo dijo, no yo —señaló Amanda—. Y ahora te toca a ti, déjame escucharlo de tus labios.

Y por primera vez desde que éramos amigos, fui yo el que se sacó una cita de la manga.

—*Love is the answer* —dije citando la canción de los Beatles.

El amor es la respuesta.

Entonces levantamos las tazas y brindamos por la memoria del gran John Lennon, cantando al unísono otro verso de aquella canción: «*And you know that for sure*».

Y tú lo sabes bien.

¿Ese era el problema? ¿La amistad con las chicas me había cambiado para siempre? ¿Nunca volvería a ser el Hal que era antes de conocerlas? Mientras volvía a casa desde el instituto, con el reloj de Amanda en un bolsillo y el móvil silenciado en el otro, sentí más simpatía por Paul

McCartney de la que jamás habría creído posible. Sí, tras la muerte de su mejor amigo se había convertido en un cantante de pop cursilón, bueno, ¿y qué? Al menos no se pasó el resto de su vida deambulando por ahí sin hacer nada o elaborando absurdas teorías conspiratorias sobre la muerte de John.

Ojalá pudiera decir lo mismo de mí.

El sábado por la mañana, mi padre y yo salimos juntos a correr. Llevaba toda la semana esperando pasar un rato a solas con él, así que dejé que me hiciera un montón de preguntas sobre el instituto, el grupo y mis dibujos. Después ya le interrogaría yo sobre lo que había querido decir el otro día, en la cocina. Pero mi plan se fue al traste porque, cuando doblamos la esquina de Briar Lane, nos encontramos con mamá y Cornelia.

—¡Sois más lentos que el caballo del malo! Casi nos hacemos viejas de tanto esperar —exclamó mi hermana, apoyada en un lateral del coche.

Mamá había bajado la ventanilla de su asiento y nos saludaba eufóricamente.

—¿A quién le apetecen unos crepes en lugar de seguir haciendo ejercicio?

—Me apunto a lo de los crepes —respondió mi padre, que incluso parecía aliviado por aquella propuesta.

—¿Y unos batidos de postre? —añadió mamá.

—¡Me parece estupendo! —exclamó papá.

—Y todo gracias a Anna, ¿eh? —le dijo mamá guiñándole un ojo.

Puse los ojos en blanco. Mi plan para sonsacar información a mi padre se había ido al garete, y antes de que pudiera darme cuenta, íbamos de camino a Rosie's sentados en el asiento trasero del coche. Pero bueno, qué le vamos a hacer. Aunque tenía muchas ganas de hablar con él, tuve que conformarme con los exquisitos batidos que servía Anna (la mejor camarera del mundo, no podría estar más de acuerdo con mi madre). Un buen premio de consolación, dicho sea de paso.

Durante el resto del día, no pude pillarlo a solas en ningún momento, y más tarde tuvo que irse de viaje de negocios a Toronto. Después de

despedirnos, me tumbé en la cama y empecé a repasar mentalmente nuestra conversación.

Si pudiera protegerte de todos los males del mundo, lo haría.

Solté un gruñido y giré para ponerme boca arriba. En realidad, mi padre no tenía por qué saber nada. Una chica había desaparecido y, poco después, alguien había agredido al subdirector del instituto en su propio despacho. Visto lo visto, no era nada raro que papá se preocupase por mí y me dijera que tuviese cuidado. No obstante, el hecho de que yo hubiera interpretado aquel comentario como un indicio de que mi padre sabía algo sobre Amanda, solo era una prueba más de que, de una manera lenta pero inevitable, estaba empezando a perder la cabeza.

—¿Hal?

Mi madre abrió la puerta nada más llamar. Yo ya tenía asumido que esa costumbre suya era lo más cerca que estaría nunca de llamar antes de entrar.

Al verme tirado en la cama con el chándal y las zapatillas, se cruzó de brazos y torció el gesto.

—¿Qué? —repliqué—. He salido a correr sin papá muchas veces, ya lo sabes.

Que mi madre no me dejara salir a correr solo no me ayudaba especialmente en esos momentos, que digamos.

—Nadie te ha puesto bajo arresto domiciliario, cariño. Lo que pasa es que no creo que sea apropiado que vayas así vestido al espectáculo.

—¿Qué espectáculo?

—¿Cómo que qué espectáculo? —entró en la habitación y entonces reparé en que iba vestido con unos pantalones muy chulos y un suéter largo, además de un brillante collar de cuentas de plástico—. Pues la obra de teatro en la que habéis estado trabajando. Ya te dije que iríamos todos juntos a verla.

¿De verdad me había dicho que iríamos a ver *Como gustéis* aquella noche? Aunque, claro, tampoco es que le hubiera hecho demasiado caso últimamente. Bastante me comía la cabeza pensando si las chicas volverían a hablarme alguna vez, o si mi hermana, mis padres y todos mis seres queridos corrían un grave peligro.

Mamá seguía mirándome, con una ceja enarcada.

—¿Es que no piensas ponerte al menos una camisa?

Bueno, tampoco es que tuviera nada mejor que hacer...

—Ponte algo bonito, anda —dijo mientras salía de la habitación—. Ya sabes que...

—...es una muestra de cortesía hacia los que están en el escenario —terminamos la frase al unísono.

Había oído esa frase miles de veces, cada vez que íbamos a un concierto o al teatro.

—Así es. Y ya que te lo sabes tan bien, aplícate el cuento —añadió antes de cerrar finalmente la puerta de mi cuarto.

Había un montón de familias en el vestíbulo del Endeavor esperando para entrar en el salón de actos.

Pero la primera persona con la que nos encontramos nada más cruzar la puerta fue el padre de Callie. Cómo no. Tenía mucho mejor aspecto que la última vez que lo vi, un día que vino a buscar a Callie con su camioneta. Mamá empezó a hablar con él y a los pocos minutos se les unieron los Rivera. Llevaban unos trajes muy elegantes y más bien parecían estrellas de cine en lugar de los padres de unos chicos de nuestro instituto. La señora Rivera le preguntó a mi madre si estaría interesada en colaborar como voluntaria en no sé qué mercadillo de libros. Estuve a punto de soltar una carcajada. ¿Acaso existía alguna actividad en la que mi madre no quisiera participar?

Sabía que las chicas estarían entre bastidores, atareadas con los trajes, pero no pude evitar echar un vistazo a mi alrededor, por si las veía. Jamás en mi vida me había sentido tan solo.

Cisco Rivera se acercó a mí y me estrechó la mano. Me preguntó qué tal me iba con mis creaciones y si me había salido alguna oportunidad después de ganar el concurso nacional de dibujo. No me extraña que Cisco sea tan popular. ¿Cómo era posible que un tío tan guay y con tanta vida social como él pudiera recordar que un don nadie como yo, que solo había estado una vez en su casa, había ganado un premio artístico hacía varios meses? Me asombró tanto que se acordara de ese dato, que ni me enteré del nombre de su acompañante cuando me la

presentó. Segundos después, alguien le llamó y Cisco desapareció en medio de un grupo de gente.

Era como ver al alcalde de Orion charlando con sus electores.

La chica que había venido con él tenía una larga melena oscura y, mientras él se dedicaba a saludar a sus colegas del equipo de fútbol, me miró encogiéndose de hombros, como queriendo decir: «Este es el precio que hay que pagar para salir con un chico tan popular». Le respondió con una sonrisa, dudando si debía volver a preguntarle por su nombre o simplemente disimular con la esperanza de que no se diera cuenta. De repente, tuve la extraña sensación de que la había visto en alguna parte.

¿Sería una actriz? ¿Acaso había actuado en alguna peli o en alguna serie de la tele?

—¿Estudias en Endeavor? —me preguntó.

Asentí y aproveché para preguntarle:

—¿Cómo conociste a Cisco?

Quizá su respuesta me ayudase a explicar aquella extraña sensación.

—Nos conocimos en Washington. Yo estudio en la universidad de allí y Cisco vino a la ciudad para un campeonato de fútbol.

Me di cuenta de que era una locura pensar que la conocía. Probablemente me recordase a una de esas modelos que salen en los catálogos de ropa que siempre encontramos en el buzón.

Las luces se suavizaron durante unos instantes y, cuando volvieron a encenderse, dos chicas vestidas de cortesanas atravesaron el vestíbulo haciendo resonar unas campanillas doradas.

—Por favor, ocupen sus asientos...

Las chicas se abrieron paso entre la multitud, que no tardó en dispersarse ahora que las puertas del salón de actos estaban abiertas. Normalmente me hubiera molestado que mi madre me pasara el brazo por los hombros como si fuera un niño pequeño, pero aquella noche me sentía tan solo que no me importó. En cuanto nos sentamos, me apretó la mano y me dijo:

—Qué bonito te ha quedado, Hal.

Se refería al decorado que, iluminado desde detrás, parecía un muro opaco de denso follaje. Mi intención había sido que la audiencia tuviera la impresión de estar mirando a través de un sendero rodeado de árboles. Al parecer lo había conseguido, pero, siendo sincero, la verdad es que daba igual. Cuanto mejor fuera el espectáculo, más puntos ganaría Heidi Bragg. Si pudiera borrar todas y cada una de las hojas que había dibujado durante la última semana, devolviendo así al bosque de Arden su prehistórica apariencia, lo habría hecho encantado. Las luces se apagaron al tiempo que subía el telón y, cuando volvieron a encenderse, ante nuestros ojos apareció el interior de la casa de un noble.

—Recuerdo muy bien, Adam, que a mí me legó nada más que mil coronas y, como dices, al bendecir a mi hermano, le encargó que me educase bien. Y ahí empiezan mis penas...

El chico que interpretaba a Orlando se llamaba Adam, lo cual había sido motivo de bromas entre el reparto cada vez que soltaba su monólogo. Pero esta noche, todos consiguieron representar la escena sin partirse de la risa.

A excepción de los pasajes en los que actuaba la insoportable Heidi, la obra me enganchó con su alocado argumento, sus trágicos amantes, sus chicas disfrazadas de hombres y sus nobles vestidos de pastores. Pero habría dado igual que los actores hablaran en japonés, pues aunque comprendía sus palabras, era incapaz de asimilarlas. No hacía más que pensar en las chicas y en que estarían trabajando como locas al otro lado del escenario por mi culpa, porque se me había ocurrido la brillante idea de participar en esa obra para poder descifrar juntos la caja de Amanda. La misma caja que, dicho sea de paso, me arrebataron ante mis propias narices. Me las imaginé maldiciendo y odiándome cada vez que les llegaba otro traje para remendar. No paraba de moverme y, a mitad del primer acto, mi madre me puso una mano en el brazo y se inclinó hacia mí.

—¿Te pasa algo, cariño? —su voz era un susurro, pero el mensaje fue alto y claro: «Estate quieto, Hal».

—No, no, lo siento —murmuré.

Al salir de casa me había guardado el reloj de Amanda en un bolsillo delantero de los pantalones, y ahora se me estaba clavando en la pierna, pero sabía que si volvía a revolverme en el asiento una vez más, mamá me echaría una buena bronca. Así que me quedé quieto,

concentrándome en el dolor que sentía en la pantorrilla para ver si de esa manera conseguía olvidarme del que sentía en el corazón.

—Creo que no me voy a sentar con vosotras en la segunda parte. Acababa de terminar el descanso, y mi madre y Cornelia se dirigían de vuelta al salón de actos. Me había pasado los últimos quince minutos dando vueltas por el vestíbulo para intentar localizar a las chicas, antes de darme cuenta de que, con tanto trabajo, ni siquiera habrían salido de bastidores.

Aunque tampoco me hubiera servido de mucho encontrármelas por allí. Cuando la gente te hace el vacío, la distancia física no es lo que te separa de ellos, precisamente.

Mi madre alargó la mano para apartarme el pelo de los ojos.

—¿Quieres sentarte con tus amigas, cariño?

—Sí.

Y era cierto. ¡Pues claro que quería sentarme con mis amigas! Lo que no tenía claro es que ellas quisieran sentarse conmigo...

Porque ya no eran mis amigas.

Como si supiera que mi respuesta ocultaba más de lo que parecía a simple vista, mamá me dio un achuchón.

—Nos vemos a la salida —dijo antes de desaparecer con mi hermana entre la multitud.

Pensé en salir del edificio, pero eso suponía volver antes de que terminase la obra o explicarle a la paranoica de mi madre por qué me había marchado a casa de noche y a pata en vez de esperar a que me llevasen en coche. Así que lo que hice fue atravesar el pasillo B y dirigirme al único lugar donde la soledad no me afectaba, por muy solo que estuviera: el aula de dibujo.

No soy de los que se asustan fácilmente, pero a medida que fui avanzando por el pasillo, deseé que el sitio adonde iba estuviera un poquito más cerca del salón de actos. El instituto estaba sumido en la oscuridad, y aunque hacía una noche clara, la luz de la luna apenas conseguía penetrar en el edificio. Cuando por fin abrí la puerta del aula

de dibujo, sentía algo más que una pequeña inquietud. La luz de la bombilla roja iluminaba la estancia. Solo se encendía cuando alguien utilizaba el cuarto oscuro, pero como sabía que a esas horas no habría nadie allí, ni me molesté en dar al interruptor general. Sin pensármelo dos veces, me dejé caer en el viejo sofá, lleno de manchas de pinturas. Y, cómo no, se me volvió a clavar el reloj de Amanda en la pierna. Esta vez metí la mano en el bolsillo y lo saqué. Bajo aquella luz roja, su superficie metálica adquirió un brillo espeluznante. Y, como tantas otras veces, pasé el dedo sobre la inscripción.

I know you (x2) know me.

Me entraron ganas de estrellar el reloj contra la pared, de sumergirlo en disolvente de pintura, de rajarlo con el cúter, de golpearlo y de torturarlo hasta obligarle a revelar su significado.

La feria benéfica Santa Catalina, organizada para recaudar fondos para los niños necesitados, se celebraba en el parque municipal de Orion. No era un evento que me atrajera especialmente, pero Amanda me estuvo comiendo tanto la cabeza que terminé cediendo.

—Venga, Hal, será divertido. ¿No te apetece divertirte un poco?

Estaba plantada en la puerta de mi casa, vestida con pantalones, cazadora y botas de cuero. Todo a juego. Ese vestuario, así como su tono de voz, no dejaban lugar a posibles discusiones.

—Las ferias no son divertidas —repliqué—. Son deprimentes.

—No, lo deprimente es quedarse en casa en un día de otoño tan bonito como este.

Al final, fue mucho más sencillo coger la bici y seguirla hasta el parque que intentar convencerla de que no quería pasarme la tarde comiendo algodón de azúcar, golpeando monigotes con un martillo, lanzando pelotas para derribar pollo o cualquier de esas cosas que se hacen para ganar espantosos animales de peluche en una feria.

Para mi sorpresa, la cosa no resultó ser tan horrible como me esperaba. Había un millón de niños riendo y corriendo de un lado para otro, pintándose la cara y pasándose en grande, y la gente que organizaba los juegos era gente normal y corriente, no los monstruitos de feria que me había imaginado.

De hecho, cuando llegamos a un puesto en el que tenías que derribar patos para ganar un gigantesco oso de peluche, estaba empezando a divertirme y todo.

Me quedé mirando cómo Amanda empuñaba con firmeza la pistola de agua y deslizaba el dedo índice sobre el gatillo. Cerró un ojo para apuntar mejor y, por la intensidad de su mirada, me alegré de no ser uno de esos sonrientes patitos de plástico que flotaban ante nosotros.

—Quiero hablar contigo sobre tus dibujos —dijo sin venir a cuento y sin girarse siquiera para mirarme.

De repente sentí que tenía mucho más en común con esos patos que de lo que pensaba.

—Mejor no —respondí, intentando seguir con el buen rollo, y después metí la mano en la mochila para ofrecerle un puñado de palomitas de caramelo—. ¿Quieres?

—No estamos hablando de chucherías, Hal, sino de tu arte —dijo, y apretó el gatillo.

¡Bam! Un pato menos.

—No, eres tú la que ha sacado el tema. Yo solo intento disfrutar de este precioso día de otoño —inspiré profundamente y extendí los brazos—. ¿Notas el aire?

Amanda ignoró mi comentario meteorológico.

—Es hora de que le muestres al mundo lo que sabes hacer, Bennett —añadió.

¡Bam! Otro pato menos.

Ver cómo Amanda derribaba aquellas indefensas aves de plástico mientras apretada las tuercas con mis dibujos, era más de lo que podía soportar. Me di la vuelta y me apoyé sobre el mostrador de la caseta, con la mirada perdida en la distancia.

—Bueno, respecto a eso... Creo que preferiría que me descubrieran después de muerto. En plan «¡Mirad esto! Pensábamos que era un simple mecánico, pero resulta que fue uno de los mayores genios del siglo XXI».

¡Bam! El chasquido del plástico al chocar el suelo y el tintineo de la campana me permitieron saber lo que había ocurrido, aunque no lo hubiese visto.

—Hal, tus conocimientos de mecánica no darían ni para llenar medio folio. Y en lo que respecta a un descubrimiento póstumo, ¿sabes qué es lo que conseguirías cuando estés muerto?

—¿Ser famoso? —comenté.

—Estar muerto —me replicó.

Y para enfatizar sus palabras (como si hubiera alguna necesidad de hacerlo), acabó con otro inocente patito de plástico. ¡Bam!

—¿Este juego no termina nunca o qué? —pregunté, exasperado—. ¿No has hecho ya la máxima puntuación posible?

—No cambies de tema, Hal —dijo Amanda, que empezaba a parecer enfadada de verdad—. Ya es hora de que le enseñes a la gente lo que haces.

—¡Pues sí quiero cambiar de tema, Amanda! —ella no era la única con derecho a cabrearse—. Y le enseñaré lo que hago a la gente cuando esté preparado.

Sin soltar la pistola, giró la cabeza para mirarme.

—¿Y cuándo será eso? ¿Nunca?

—No es asunto tuyo, pero si así fuera, ¿qué? Si quiero morir dejando un estudio lleno de lienzos y un armario abarrotado de bocetos que nadie ha visto jamás, es problema mío.

—¡No, Hal, no lo es!

¿Era mi imaginación, o Amanda estaba deseando apuntarme con la pistola de agua y empezar a dispararme con el mismo ahínco con el que había derribado esos patos?

—Cuando una persona tiene talento —prosiguió—, debe mostrárselo al mundo. Un gran poder conlleva una gran responsabilidad.

Nos quedamos mirándonos fijamente.

—¿Y qué sabes tú de lo que tengo que ofrecer al mundo?

—Venga, Hal, no me vengas con esas. Ya empiezas con el rollo de siempre.

—¡No es el mismo rollo de siempre! —estaba tan enfadado que dejé caer la bolsa de palomitas al suelo—. ¡Mi arte es privado! Se lo mostraré al mundo cuando sienta que estoy preparado, y si eso supone no hacerlo nunca, pues así sea.

Amanda dejó a un lado la pistola y me clavó un dedo en el pecho. Con mucha fuerza.

—Demasiado tarde, Bennett. Ya le he enseñado tus bocetos al señor Harper. Va a inscribirte en el concurso nacional de arte escolar.

—¿Pero qué estás...? —me quedé mirándola, demasiado sorprendido como para terminar la frase.

Amanda retiró el dedo y prosiguió.

—Es hora de que empieces a formar parte del mundo, Hal. Es hora de dar un paso adelante. O estás dentro o estás fuera —retrocedió unos pasos sin dejar de clavarme los ojos.

—Pero...

—Y no me estoy refiriendo solo a tu arte —sentenció.

Antes de que pudiera decir nada (¿y qué podría haber dicho? ¿Gracias? ¿Vete a la mierda?), se dio la vuelta y se encaminó hacia el lugar donde habíamos dejado las bicis.

Cuando me aclaré un poco las ideas y me dispuse a seguirla, hacía rato que había desaparecido.

—¡Sigo sin saber lo que querías decir! —grité con todas mis fuerzas, en medio de la desolada aula.

Y para mi sorpresa, una voz emergió de la oscuridad, respondiéndome.

—Pues claro, como que todavía no he dicho nada.

Capítulo 16



Transcrito por Lilith Odonell

Corregido por KumikoBuzo

Me puse en pie de un salto con tanta rapidez como si hubiera escuchado el disparo de salida que indicaba el principio de una carrera.

¡Amanda!

Pero la persona que estaba en el umbral de la puerta no era Amanda. Era Callie.

El corazón me latía a toda velocidad y se me secó la boca.

—Me has dado un susto de muerte —solté.

Tenía unas ganas tremendas de verla, pero temí que mi respuesta hubiera sonado un poco brusca.

—¿Con quién estabas hablando?

—Con... —empecé a decir.

¿Cómo podía responder a eso?

Con el pasado. Estaba hablando con el pasado.

—Con nadie —dije al fin.

—Ah.

Volví a recostarme en él sofá, con la respiración acelerada por el susto que me había llevado. Desde luego Callie había escogido el momento más oportuno para aparecer. Pasados unos segundos, se acercó y se sentó a mi lado.

Inspiró profundamente y empezó a hablar con serenidad, como si ya tuviera pensado lo que me iba a decir. Me encogí, a la espera de una buena bronca, pero...

—Te debo una enorme disculpa. Siento muchísimo haberme portado tan mal y espero que me perdones —me dijo.

—¿Qué?

Era yo el que le debía una disculpa, así que sus palabras me tomaron tan de sorpresa que tardé unos instantes en reaccionar. Callie se giró para mirarme, su pálida piel brillaba bajo la luz roja de la bombilla.

—He dicho que lo siento.

—Lo sientes... —repetí, y volví a quedarme en silencio—. Oye, en serio, me he perdido. ¿Por qué me estás pidiendo perdón?

Callie se mordió el labio unos segundos antes de volver a hablar, pero esta vez lo hizo con más titubeos, como si no hubiera podido ensayar esa parte del discurso.

—Porque soy la última persona en el mundo que podría juzgar a alguien por caer bajo el hechizo de Heidi Bragg.

—Pero....

No sabía qué resultaba más increíble: que Callie pareciera decidida a perdonarme, o que describiera con tanta precisión el poder de Heidi. El hechizo de Heidi Bragg. Eso era precisamente lo que había sentido, que me había hechizado.

Lo cual tampoco justificaba mi metedura de pata.

—Callie, escucha, yo... Lo siento mucho, de verdad...

—Chissst —me mandó callar poniéndome un dedo en los labios—. No hace falta que digas nada. Podría haberle pasado a cualquiera. Heidi es lista. Es tan lista que da miedo. Sabe encontrar los puntos débiles de la gente y se aprovecha de ellos.

Recordé la expresión compungida de Heidi, su falso remordimiento por lo mal que había tratado a Callie. No había intentado halagarme ni coquetear conmigo por que nada de eso habría funcionado. Sabía perfectamente que solo había una manera de conseguir que la escuchara: fingir que se arrepentía de lo que le había hecho a Callie.

Había encontrado mi punto débil y lo había utilizado para distraerme.

—Gracias —es lo único que fui capaz de responder, pero tuve la sensación de que era más que suficiente.

De repente, la puerta del aula se abrió de golpe.

—Tenemos exactamente ocho minutos y medio.

Era Nia.

—Lo tomaré como un hola —dije.

Después de hacer las paces con Callie, había esperado la confianza suficiente como para sonreír a Nia.

—Tómalo como quieras —replicó, pero sé que en el fondo ella también me estaba sonriendo—. Así que aquí es donde vienes a lloriquear, ¿eh? Callie tenía razón.

—Oye, que no estaba lloriqueando...

—Sí, lo que tú digas —dijo Nia, negando con tu gesto—. La cuestión es que tenemos... —echó un vistazo a su móvil— menos de ocho minutos y medio para planear cómo quitarle la caja a Heidi Bragg y sus Lelas I. La I es de Idiotas, ¿verdad? —le preguntó a Callie.

—Creo que más bien quiere decir: «Intenta subestimar a tu enemigo y te arrepentirás» —replicó Callie.

—Tienes razón —asintió Nia.

Por el tono de su voz, supe que incluso ella se sentía un poco amilanada por la tarea, casi imposible, de arrebatarle la caja a Heidi.

—¿Quieres dejar de hacer eso, Hal? —gruñó Nia—. Me estás volviendo loca.

—¿Dejar de hacer qué?

Lo único que había hecho era pensar que jamás volveríamos a recuperar la caja, pero a no ser que Nia hubiera desarrollado poderes extrasensoriales de la noche a la mañana, resultaba poco probable que hubiera podido captar mis pensamientos negativos.

—Eso —señaló el reloj de Amanda—. Deja ya de abrirlo y cerrarlo sin parar.

—Perdona, no me había dado cuenta —hice amago de guardármelo en el bolsillo.

—¿Qué es eso? —preguntó Callie.

—Es un reloj de bolsillo —dijo Nia.

Mientras Nia se acercaba a nosotros, recordé de repente la advertencia de Frieda. No estábamos haciendo caso de su aviso...

Callie me quitó el reloj y lo sostuvo en alto. Se lo acercó a la cara y leyó la inscripción bajo la tenue luz.

—*I know you.*

—Chicas —dije—, tenemos que separarnos.

Callie estaba demasiado concentrada en la inscripción como para escucharme, pero Nia sí que lo hizo.

—¿De qué estás hablando? Pero si acabamos de reunirnos, idiota.

—No —insistí—. Es decir, sí, acabamos de reunirnos, pero no deberíamos hacerlo. Es peligroso que estemos juntos.

Justo cuando me disponía a contarles todo lo que había hablado con Frieda, Callie dijo:

—*I know you. You know me...* Pues no lo entiendo...

Giré la cabeza de golpe para mirarla.

—¿Qué has dicho?

—Que no lo entiendo —repitió Callie.

—No, antes de eso.

—He dicho: *I know you. You know me.*

—Eso no es lo que dice —la corregí—. Lo que pone es *I know you*; después un $x2$ entre paréntesis, y por último, *know me*.

Callie negó con la cabeza y me mostró una vez aquella inscripción que conocía tan bien.

—Ese $x2$ entre paréntesis significa que hay que triplicar por dos el elemento que le precede. En este caso, el *you*. Es una notación algebraica.

—Dios mío —susurré.

De repente, comprendí el significado de la misteriosa inscripción. Callie se rió, creyendo que la cara que había puesto se debía a algo completamente diferente.

—No es tan complicado. Simplemente...

—¡No, no es eso! Ya sé lo que significa. *I know you. You know me.*

Las chicas se quedaron mirándome sin comprender.

—Este reloj —dije señalándolo— me lo dejó Amanda. ¡Y la inscripción corresponde al fragmento de una canción! —eché la cabeza hacia atrás, sin saber si echarme a reír o a llorar—. ¡Son los versos de una canción de los Beatles!

—Amanda —susurró Callie.

—¿Y qué? —dijo Nia—. Tampoco es para entusiasmarse tanto, ¿no? En fin, los Beatles tienen canciones muy buenas, como *Day in the life*, pero Michelle no es nada del otro mundo...

Levanté una mano para hacerla callar.

—Es un mensaje —anuncié, antes de tomarme unos segundos para que los engranajes de mi cabeza empezasen a funcionar—. Esos versos son de *Come together*. Es decir, que tenemos que... ¡juntarnos! Amanda nos está diciendo que nos juntemos para encontrarla. No es peligroso que estemos los tres juntos. ¡Es esencial!

—¿De qué estás hablando? —preguntó Nia.

—¿Por qué tendría que ser peligroso? —añadió Callie.

—Frieda dijo que...

Pero las chicas no podían entenderlo porque no sabían nada de mi encuentro con Frieda. Y no lo sabían por que yo no se lo había contado. Y yo no se lo había contado porque estaba tan ansioso por encontrar a Amanda que había olvidado la pieza clave de toda esta búsqueda.

Nosotros. Los tres. Siempre juntos.

Debíamos trabajar juntos.

Escuchamos un murmullo de voces a lo lejos. Venía del salón de actos y fue incrementándose a medida que pasaban los segundos.

—Chicos, tenemos menos de un minuto para colarnos entre bastidores —dijo Nia después de comprobar su móvil, y empezó a caminar hacia la puerta.

—¡Espera! —exclamó Callie—. Todavía no sabemos cómo vamos a recuperar la caja.

—Claro que sí —le replicó Nia dándose la vuelta para mirarnos.

—¿Cómo? —pregunté.

—Juntos —sentenció Nia.

Callie y yo intercambiamos una mirada, desconcertados, y Nia sacudió la cabeza al ver que no nos enterábamos de nada.

—¿Dónde vamos a estar todos juntos en menos de una hora?

—Pues... ¿En ninguna parte? —dijo Callie.

—¿Es que ya no os acordáis de la fiesta para todos los que hemos participado en la obra? —preguntó Nia.

Le hizo un gesto a Callie para que se acercara a ella y Callie obedeció.

De pronto caí en la cuenta.

—La fiesta en casa de Heidi.

—¡Ah, no! ¡Ni hablar! —exclamó Callie meneando un dedo en el aire—. Mirad, no me gusta montar numeritos, pero me prometí a mí misma que no volvería a poner un pie en esa casa.

Nia se limitó a agarrar a Callie del brazo.

—Sí, vale, objeción anotada. Vámonos —dijo arrastrándola hacia la puerta, y justo antes de que la cruzaran, giró la cabeza para decirme—: Dile a tu madre que te deje en casa de Heidi cuando termine la obra.

La puerta se cerró y volví a quedarme solo en el aula de dibujo. Me sentía tan abrumado por todo lo que acababa de ocurrir que me derrumbé en el sofá y cerré los ojos. Estaba exactamente en el mismo lugar donde me había encontrado Callie, pero me sentía diferente, como si me hubiera teletransportado al otro extremo del mundo.

Me toqué el antebrazo donde el tatuaje del puma se desvanecía cada día un poco más.

Un hombre interpreta multitud de papeles a lo largo de su vida.

O estás dentro o estás fuera.



Mi papel de chico solitario había terminado.

Había llegado el momento de actuar como un verdadero amigo.

Capítulo 17



Transcrito por Minerva

*Corregido por **KumikoBuzo***

—**S**abéis que podría estar en cualquier parte, ¿verdad? Tal y como habíamos planeado, mi madre nos llevó a Callie y a mí en coche, y Nia salió con sus padres un minuto después de que nos marcháramos en el Subaru. Me sentía loco de alegría por estar de nuevo con las chicas, pero en el jardín delantero de la casa de los Bragg, mientras las ventanas de la mansión proyectaban sombras juguetonas sobre aquel césped tan bien cuidado, no pude evitar pensar que aquella misión nos venía grande.

—Solo tendremos problemas si nos encontramos con Heidi. Si logramos pasar desapercibidos, lo demás será pan comido —afirmó Nia.

Lo dijo con tanta confianza que me costó creer que estuviéramos hablando de lo mismo. Mi plan era lo más parecido a asaltar la base militar de Fort Knox, y el de Nia, simplemente, conseguir un vaso de limonada (su bebida favorita, por cierto, ¿cómo iba a conformarse con algo tan simple como agua?).

—No te preocupes por eso. Heidi llegará tarde —dijo Callie, que también parecía bastante serena.

Su comentario me dejó desconcertado.

—¿Pero cómo va a llegar tarde a su propia fiesta?

—Se quedará un buen rato arreglándose en su habitación —explicó Callie frotándose las manos—. No perderá la oportunidad de hacer una de sus entradas a lo diva de Hollywood.

—¿Pero si la fiesta es en su casa?! —repetí como un idiota.

Callie y Nia se echaron a reír, como si estuvieran viendo una película de Abbott y Costello.

—Perdona, Hal —se disculpó Callie, tapándose la boca con la mano sin poder contener la risa.

—Sí, perdona —añadió Nia a carcajadas.

—Dejadme adivinar... Se nota que soy un chico, ¿verdad?

—Algo así —respondió Callie, dándome unas palmaditas en el brazo.

Una vez superado el momento ridículo de la noche, nos adentramos en el jardín de los Bragg en dirección a la casa.

Había varios coches aparcados en la entrada, lo cual significaba que o bien los Bragg tenían toda una flota de automóviles o que los invitados más mayores ya estaban allí. Cuando Callie abrió la puerta principal, sin llamar, las voces que llegaron del interior nos confirmaron que no éramos los primeros invitados en aparecer. ¡Qué alivio! Cuanta más gente hubiera, más fácil sería pasar desapercibidos.

Todos los objetos tenían tonos blancos o cremas: los sofás, las alfombras e incluso las paredes, que más que pintadas parecían... tapizadas con una tela sedosa de color beis. A mi derecha, un corro de gente rodeaba la enorme mesa de cristal que presidía el gigantesco comedor. A mi izquierda había un salón a dos alturas que prácticamente superaban en tamaño todo el piso debajo de mi casa. Por primera vez en mi vida, me alegré de ser un negado para las mates; si hubiera podido calcular las probabilidades de encontrar una caja de 30 centímetros de diámetro en un espacio tan grande, habría tirado la toalla, sin duda. Eso sin contar que estábamos dando por hecho que la caja estaba en casa de Heidi, cuando podría estar en cualquier otra parte.

—¿Nos dividimos? —propuse intentando acallar las ideas negativas que me rondaban por la cabeza—. El primero que encuentre algo, que mande un mensaje a los demás.

Ajena a mi sugerencia, Nia se dio la vuelta para mirarnos.

—Dadme vuestros móviles —dijo sin venir a cuento.

—¿De qué estás hablando, Nia? —preguntó Callie desconcertada—. Me has llamado un millón de veces, ya tienes mi número.

Como respuesta, Nia sacó un iPhone del diminuto bolso que colgaba de su muñeca.

—¡Tienes un iPhone! —exclamó Callie, con tanto ahínco que casi se atraganta.

Nia le dio un golpe cariñoso a Callie con el bolso.

—¡No saques tu vena de Chica I! No es mío, me lo ha prestado mi hermano.

—Ya no soy una chica I —le replicó Callie—. ¿Y qué ha pasado con tu móvil?

—Está fuera de servicio —explicó Nia, preparada para introducir nuestros números.

Sus ojos brillaban de tal forma que me pregunté si Cisco estaría enterado de que le había prestado el iPhone a su hermana.

—Venga, daos prisa —nos apremió.

Nia y Callie me mandaron a inspeccionar el piso de arriba, donde había más peligro de toparse con Heidi y el resto de las chicas I. Me pareció la decisión más acertada porque, quitando la escenita en el salón de actos, yo apenas había tenido relación con Heidi y compañía, al contrario que las chicas.

No obstante, eso no me sirvió para tranquilizarme mientras abría la puerta del dormitorio del jefe de policía de Orion.

¡Up! Disculpe, señor, estaba buscando el baño. No, en serio, no creo que haga falta que me saque las esposas, de verdad que ha sido un error. ¡Señor! ¡Señor! Jefe Bragg, ¿ni siquiera tengo derecho a hacer una llamada...?

Traté de alejar ese pensamiento de mi mente, pero cuando me agaché para mirar debajo del escritorio de lo que parecía ser una habitación de invitados, me di cuenta de que me resultaba cada vez más difícil encontrar una excusa creíble para justificar mi comportamiento.

Creo que me dejé la chaqueta la última vez que estuve aquí. ¿Que cuándo fue eso? Pues yo diría que nunca.

Llevaba ya cuarenta minutos buscando, pero lo único que había descubierto era que la señora Bragg tenía tantísimos zapatos que todos los armarios del piso de arriba debían servir exclusivamente para guardar calzado.

Cuando abrí uno en el cuarto de invitados se me cayó una caja encima, y los afilados tacones de los botines rojos que había dentro me dieron de lleno en la cabeza. Se me saltaron las lágrimas. Mientras me frotaba

la zona en la que ya empezaba a notar un pequeño chichón, me sonó el móvil. Era un mensaje de Callie.

VENT AL RCIBIDOR DL PISO DE ABAJO.

STÁ NTRE LA CCINA Y EL SALÓN.

Jamás me había alegrado tanto de recibir un mensaje. Por fin podría marcharme del maldito piso de arriba. De camino abajo, pasé junto a una puerta cerrada en la que no me había fijado antes. Al escuchar la atronadora música de Miley Cyrus, deduje que Heidi seguía dentro. Así que teníamos vía libre, al menos de momento.

Pero la calma iba a durar menos de lo que me esperaba.

—¿Qué estás haciendo, Hal? —me preguntó alguien, mientras bajaba de dos en dos los escalones de la escalera de caracol.

Hice un movimiento tan rápido que estuve a punto de dislocarme el tobillo.

Estaba buscando el baño. Estaba buscando el baño. Estaba buscando...

Pero la persona que me había hablado desde el arco que separaba el vestíbulo del comedor no era un miembro de la familia Bragg, sino la chica que había interpretado a uno de los cortesanos exiliados: Theresa Ax, también conocida como Terry.

¿Sería tan amiga de la anfitriona como para saber que yo no debería estar deambulando por el piso de arriba de la casa de Heidi?

—Pues...

Terry llevaba un sándwich en la mano y me clavaba los ojos. Puede que fueran imaginaciones mías, fruto del sentimiento de culpa sin duda, pero su mirada parecía decir que me tenía calado.

—Perdona, ¿qué has dicho? —dije haciéndome el sueco.

—Te he preguntado que estabas haciendo aquí.

¿Se refería al piso de arriba de la casa de Heidi? ¿Al vestíbulo? ¿A qué?

—Yo...

Una cosa era decirle al jefe Bragg que andaba perdido buscando el lavabo, y otra muy distinta informar a Terry de que no encontraba un sitio donde poder bajarme los pantalones a gusto.

Terry se echó la larga melena oscura sobre uno de sus hombros de tal forma que me pregunté si estaría practicando para entrar en el clan de las chicas I. El siguiente paso era decir que se llamaba «Terri» en vez de «Terry».

—Creo que es la primera vez que te veo en una fiesta —me dijo.

—Oh, bueno, verás...

Sentí un dolor punzante en el tobillo, y de repente el móvil empezó a vibrarme en el bolsillo de la chaqueta.

Terry dio otro bocado a su sándwich sin dejar de mirarme.

—¿Sabes? Creo que deberíamos salir juntos —dijo.

¿Acaso se trataba de otra artimaña de Heidi Bragg? ¿Volvería a ser capaz alguna vez de hablar con alguien sin sospechar que ese alguien pudiera tener un motivo oculto para hacerlo?

—Eh... Sí, claro —respondí, titubeante.

La cocina suele estar del lado del comedor, ¿no? Al menos, en mi casa era así. Mire por encima del hombro de Terry y... ¡bingo!

¡La cocina!

—Bueno... Luego hablamos, ¿vale? —le dije, y salí disparado hacia la puerta que había detrás de la chica.

La cocina estaba repleta de gente que había participado en la obra. Al principio no reconocí a ninguna Chica I, pero cuando me fijé mejor vi por el rabillo del ojo a la pelo oscuro. Creo que se llama Traci. ¿O era Kelli? Estaba llenando un par de vasos con coca-cola *light*, pero me dio la impresión de que me había visto mientras me dirigía hacia el otro lado de la habitación siguiendo las instrucciones de Callie. Pero justo en ese momento, Nia llegó desde el otro lado y se chocó con ella. Traci/Kelli se tambaleó y se le cayeron los refrescos encima de la camiseta.

Traci/Kelli soltó un chillido de furia que no tenía nada que envidiar a los que se escuchaban en los documentales de fauna salvaje del Amazonas. Avancé unos pasos, listo para ayudar a Nia por si me necesitaba, pero ella estalló en carcajadas.

Traci/Kelli se quedó boca abierta.

—¿Te estás riendo de mí, pringada?

Nia se cruzó de brazos sin dejar de reírse.

—Claro que me río de ti, Chica I.

Un par de personas que andaban cerca soltaron una risita al escuchar el comentario de Nia, mientras Traci/Kelli le tiraba los hielos que habían quedado en uno de los vasos.

—¡Te arrepentirás de esto!

Nia negó con la cabeza en gesto burlón.

—Lo dudo mucho.

No pude evitar sonreír. Me escabullí por la otra puerta de la cocina y me encontré con Callie, contemplando una pared a mitad del pasillo.

—Hola —me saludo después de comprobar que era yo, y volvió a mirar la pared.

—Hola —respondí—. Acabas de perderte a Nia haciendo de las suyas. Ha sido increíble.

Me acerqué un poco más para ver qué es lo que había llamado su atención.

Y lo que vi me hizo perder el aliento.

La pared estaba repleta de fotos de la familia Bragg, principalmente de Brittney. Debía haber por lo menos quinientas: los Bragg en una pista de esquí, con las gafas protectoras al cuello y los abrigos desabrochados, a pesar del frío que teñía de blanco sus alientos; Brittney Bragg con los pantalones más cortos que jamás he visto en mi vida, rompiendo una botella contra la proa de un barco llamado... Me acerqué un poco más y entorné los ojos. *El sueño de Brittney*. Lógico. También había una serie de fotos en blanco y negro en las que aparecía la familia en poses para nada naturales: Brittney con una immaculada blusa blanca, el jefe Bragg con vaqueros y una camiseta oscura, Heidi con un vestido sin mangas y su hermano pequeño con el uniforme del equipo de fútbol.

Después estaba la sección internacional de la pared: el señor y la señora Bragg en la Muralla china, en la Acrópolis griega, delante de un barco gigantesco que sin duda los había llevado por los lugares más exóticos...

En todas las fotos, los miembros de la familia Bragg esbozaban grandes sonrisas, aparentando ser la perfecta familia americana que ni de lejos llegaban a ser en la vida real.

No podía salir de mi asombro.

—¿Cómo es posible que una persona tan malvada sea capaz de sonreír así? —pregunté.

—Esto no debería estar aquí —aseguró Callie.

—Ya lo creo, ¿te lo puedes creer? Toda esa familia es una farsa...

Callie negó con la cabeza.

—No, me refiero a esta pared en concreto.

—Sí, ya te escuché antes. Pero bueno, ya sabes que, sin paredes, las casas suelen... venirse abajo —dije, pero añadí rápidamente—: Es coña, no te mosquees.

—Con esos conocimientos que tienes, podrías llegar a ser un gran arquitecto —respondió Callie esbozando una pequeña sonrisa.

Entonces dio un paso al frente y golpeó ligeramente la pared.

—No sé para qué le doy un golpe... Pero bueno, es lo que siempre se hace en las películas.

—¿Crees que está hueca? —me adelanté para darle también un golpe, pero el muro parecía macizo.

—No, no es eso. Mira.

Callie me llevó de vuelta por el pasillo y abrió una puerta que yo había pasado por alto cuando llegué. Era el cuarto de la lavadora.

Sin saber muy bien lo que quería enseñarme, eché un vistazo al interior. La habitación no tenía nada de especial: una lavadora, una secadora y una cuerda para tender la ropa. También había varias cajas de detergente y unos cuantos botes de suavizante en un estante situado por encima de las máquinas, además de una plancha con su respectiva tabla apoyada en la pared, junto a una puertecita que parecía conducir a un armario.

—¿Ves esa puerta? —preguntó Callie.

—Sí, la veo.

—Pues ahora mira esto.

Volvimos a salir al pasillo y Callie abrió otra puerta, situada un poco más allá de la pared de las fotos. La estancia que apareció ante mis ojos me recordó a la habitación familiar de la casa de Nia, solo que aquí la televisión parecía una pantalla de cine. También había una minicadena y una estantería que, en vez de tener libros, también estaba repleta de fotos, en su mayoría de Brittney Bragg, que posaba muy sonriente en compañía de varios famosos y políticos locales.

Callie se quedó mirándome mientras examinaba la habitación.

—¿Qué ves aquí? —me preguntó al fin.

—Que los Bragg son aún más paletos y autocomplacientes de lo que pensaba.

—Cierto —coincidió Callie—. ¿Y qué más?

Supuse que no me estaría preguntando por la decoración (demasiado acero cromado y cristal, para mi gusto).

—Ni idea —confesé—. Me rindo.

—No te desesperes —me dijo Callie—. Yo he estado aquí un millón de veces y nunca me había dado cuenta —se quedó callada unos instantes y después añadió—: Te doy una pista: ¿cómo de grande dirías que es esta habitación?

Miré de una pared a la otra y empecé a calcular mentalmente.

—No soy muy bueno para esto, pero diría que tiene unos seis metros de largo por cuatro y medio de ancho.

—Sí, eso es más o menos lo que pienso yo. Volvamos ahora al pasillo.

La seguí y nos detuvimos justo en el mismo punto en el que la había encontrado cuando llegué.

—¿Qué ves ahora?

Miré la pared llena de fotos, después la puerta del cuarto de limpieza y, por último, la puerta de la otra habitación. Entonces caí en lo que Callie quería decirme.

—Hay un espacio extra entre las dos.

Callie asintió con la cabeza entusiasmada. Volví a fijarme en la pared y pensé en el tamaño de las dos habitaciones en las que acabábamos de entrar. Aunque no fuera ningún experto en calcular distancias a ojo, estaba seguro que sobaban por lo menos tres metros que no correspondían a ninguna de ellas. Lo cual significaba que...

Callie me agarró del brazo y me giré para mirarla.

—¡Hay una habitación oculta! —susurré.

Los ojos de Callie centellaban por la sensación de triunfo.

—¡Sí! ¿Y dónde crees que está nuestra caja?

Capítulo 18



Transcrito por Angie J. Menkaure

*Corregido por **KumikoBuzo***

Callie y yo nos separamos: ella fue a la habitación de la tele gigante y yo me metí en el cuarto de la lavadora. Callie no se equivocaba. El espacio sobrante era más que evidente. A no ser que las paredes de la casa de los Braggs tuvieran más de dos metros de grosor, entre las dos habitaciones había algo más que una simple estantería.

Cuando empecé a examinar la pared, recordé la primera lección que aprendí en las viejas novelas de detectives que tenía mi padre: inspeccionar hasta el último centímetro. Quitando un par de pósters de películas y un molde de madera, no parecía haber ningún hueco para esconder un picaporte. Abrí el armario, pero solo tenía otra foto enmarcada de la señora Bragg, vestida con unas mallas, un sujetador deportivo y una medalla colgada al cuello.

Madre mía, ¿es que esta gente no se cansaba nunca de mirarse el ombligo?

Empecé a palpar las paredes del interior. ¿Y si encendía la luz? Deseché la idea en cuanto vi que la ventana daba al jardín trasero. Alguien podría extrañarse de que hubiera luz en el cuarto de la lavadora. Mejor no correr el riesgo.

Mi móvil pegó un zumbido: un mensaje de Callie.

NADA :—(

Estaba a punto de responderle exactamente lo mismo, cuando la luz del móvil me permitió ver algo. Dirigí la pantalla hacia la pared y encontré, oculta en la junta que separaba el armario de la pared, la cerradura más diminuta que había visto en mi vida. Con las manos temblorosas, le mandé un mensaje a Callie.

ALGO :—)

Segundos después, Callie se reunió conmigo y nos pusimos a examinar mi descubrimiento.

—Bien, bien —susurró—. Es una cerradura, sin duda.

—Ahora solo necesitamos la llave.

—Eso es fácil de decir pero... —dijo Callie.

—Pensemos —dije—. Si fueras el jefe Bragg, ¿dónde esconderías una llave?

—Pues... ¿En la comisaría? ¿En mi llavero?

—Eso suponiendo que solo la necesitase él. ¿Pero y si la señora Bragg también utiliza esta habitación secreta? ¿Y si toda la familia la usa?

Callie se quedó pensativa durante unos instantes.

—Entonces tendría que estar a mano, para que todos pudieran cogerla en cualquier momento.

Asentí con la cabeza.

—Y al tratarse de una llave tan pequeña, lo lógica sería guardarla lo más cerca posible de la cerradura, ¿verdad? —añadí pensando en voz alta.

—Claro, porque si se te cae... sería difícil de encontrar.

—Exacto. No sería buena idea pasearla de un lado a otro de la casa... Porque se podría perder.

Nos dimos la vuelta a la vez con intención de registrar el cuarto de limpieza. La primera vez que lo vi me pareció muy ordenado y limpio y sin demasiados trastos; apenas unas cuantas toallas cuidadosamente dobladas, varios productos de limpieza y alguna que otra cosa por el estilo. Pero ahora que teníamos que buscar una llave de tamaño liliputiense, de pronto me pareció el cuarto más inmenso y caótico del mundo.

—Está bien —dije, esperando sonar más confiado de lo que en realidad me sentía—. ¡Manos a la obra!

Pero al cabo de quince minutos, Callie y yo aún no habíamos encontrado nada.

Desanimados, nos apoyamos sobre la lavadora, contemplando la pared donde estaba la cerradura. Tan cerca y a la vez tan lejos... La sonriente y atlética señora Bragg que colgaba de la pared del armario parecía

burlarse de nuestros inútiles intentos por descubrir los secretos de su familia.

—La señora Bragg tiene un cuerpazo —dijo entonces Callie, sin venir a cuento.

Me quedé mirando la foto. Objetivamente hablando, supongo que Callie tenía razón, pero lo cierto es que Brittney Bragg, al igual que su hija, no me atraía ni lo más mínimo.

—Supongo —respondí.

—Y es taaan discreta... —añadió Callie, indicando con un gesto lo diminuto que era el sujetador deportivo de la madre de Heidi—. Ups, ¿estoy enseñando demasiado? ¡No me había dado cuenta! —dijo imitando una de las risitas tontas de Brittney Bragg.

De pronto, me puse en pie de un salto.

—Espera un momento. ¡No puedo creer que no nos hayamos dado cuenta antes! —exclamé.

—¿De qué? —pregunto Callie, levantándose también.

Crucé la habitación de dos zancadas y descolgué la foto del armario.

—Seguro que si se la pides al estudio donde trabaja, te mandarán una copia firmada —se burló Callie—. «Para Hal, con mucho cariño, Brittney».

—No, no. ¿No te das cuenta? —pasé la mano por el reverso de la foto, quitando los resortes que la sujetaban al marco.

—¿De qué?

Un segundo después, mis dedos se toparon con lo que andaban buscando. Iluminado tan solo por la tenue luz que se filtraba por la ventana, levanté la llave para que la viera Callie.

—Pero... ¿cómo lo has...? —se había quedado boquiabierta ante mi descubrimiento.

Volví a colgar la foto en la pared y metí la llave en la cerradura. Como esperaba, encajó a la perfección. Al escuchar el chasquido del mecanismo al abrirse, me giré hacia Callie con una enorme sonrisa.



—¿De verdad pensabas que alguien como Brittney Bragg pondría dentro de un armario una foto en la que sale tan explosiva?

Y con esta pregunta retórica, abrí la puerta que conducía a la habitación secreta de la familia Bragg.

Capítulo 19



Transcrito por Denissa Levou

Corregido por KumikoBuzo

Tal y como esperábamos, la sala era pequeña, más o menos del mismo tamaño que el cuarto de lavadora. Pero aquí terminaban las similitudes. Mientras que el cuarto de la limpieza, así como el resto de la casa de los Bragg, estaba limpio y ordenado hasta límites enfermizos, la habitación secreta era un caos absoluto: cajas llenas a rebosar de trastos, documentos apilados sobre el escritorio y estantes repartidos por todas las paredes que se combaban bajo el peso de las toneladas de papel que sostenían.

—¡Mira! —exclamó Callie señalando una sillita de madera situada al otro lado de la habitación.

Encima estaba la caja de Amanda.

Nada más acercarnos, pudimos comprobar que alguien había hecho grandes esfuerzos intentando abrirla. Sobre la silla de al lado había un martillo y un destornillador. No sé si fue con esas herramientas precisamente, pero estaba claro que alguien había golpeado su inmaculada superficie de madera con un objeto contundente y afilado. Sentí una furia en mi interior al ver el destrozo que le habían hecho a la caja, tanto como si hubieran maltratado a la propia Amanda.

—Parece que tenían muchísimo interés en su contenido —dije, negando con la cabeza.

—Tenemos que sacarla de aquí.

Y dicho esto, Callie agarró la caja y echó a andar hacia la puerta. De camino, golpeó con el pie una pila de papeles y buena parte de ellos cayeron al suelo.

—¡Mierda! —exclamó.

Dejó la caja sobre el escritorio y se agachó para recoger los papeles. Sin embargo, por cada fajo que colocaba a toda prisa, la pila volvía a derrumbarse.

—Tranqui, tranqui —le dije a Callie.

Me agaché a su lado para ayudarla, y mientras ordenaba los papeles a toda velocidad, aproveché para echarles un vistazo. El primero no me dijo nada. Era el mapa de una ciudad de la que nunca había oído hablar: Saint Cloud o Saint Claude (lo leí demasiado rápido como para estar seguro). Había una X de color amarillo señalando una calle, pero no me quedé con el nombre. Después me encontré con el recibo de una gasolinera y, más tarde, con una factura telefónica.

—Callie, voy a mandarle un mensaje a Nia. Creo que deberíamos pasarle la caja por la ventana del cuarto de la lavadora antes de que...

—¿Qué narices es esto?!

Levanté la vista. Callie estaba de cuclillas, sosteniendo algo entre las manos. Cuando me acerqué hasta ella, comprobé que era una foto en la que aparecían dos niñas pequeñas montadas en sendas bicis. De fondo podía verse la silueta del monumento a Washington.

Me quedé mirando la foto unos instantes antes de decir:

—Oye, esa es...

A Callie le temblaba tanto el pulso que me costó un rato identificar las caras de las chicas, pero estaba casi seguro de que una de ellas era Heidi. Le quité la foto a Callie para verla mejor.

—Es Brittney —me dijo con la voz quebrada y la mirada perdida.

—¿Callie? ¿Estás bien?

—Esa es Brittney Bragg —anunció señalando a una de las niñas con un dedo tembloroso.

Tenía razón. Se parecía bastante a Heidi, pero, por la forma de la mandíbula, sin duda se trataba de Brittney. Además, la bicicleta sobre la que estaba sentada era bastante anticuada, con un asiento banana. No podía imaginarme a Heidi montando en una bici tan pasada de moda, por muy pequeña que fuese.

—¿Quién es la otra chica? —pregunté, deseando decir algo que borrara la expresión de dolor que vi en los ojos de Callie.

—Es mi madre —respondió.

Capítulo 20



Transcrito por Mary Ann ♥

Corregido por **KumikoBuzo**

—**M**i móvil soltó un zumbido.
—¿Brittney Bragg y tu madre eran amigas de pequeñas?
—le pregunté a Callie, al tiempo que sacaba mi teléfono del bolsillo.

—El caso es que no lo eran —respondió Callie—. Al menos, mi madre nunca me ha hablado de ella.

Me sorprendió ver que había recibido un mensaje de un número desconocido, pero entonces me acordé que Nia utilizaba el iPhone de su hermano.

HBÉIS NCNTRADO ALGO?

Respondí rápidamente con otro mensaje, describiendo lo mejor que pude hacia dónde exactamente la ventana del cuarto de la lavadora. Después miré a Callie, que seguía contemplando la foto.

—Tenemos que salir de aquí —la apremié.

Callie asintió con la cabeza, pero no dijo nada.

Me acerqué al escritorio y cogí la caja, sorprendido de que Callie hubiera cargado tan fácilmente con algo tan pesado. De camino a la puerta, nos fijamos en una especie de nevera portátil enchufada a la pared y con la parte delantera de cristal. En el interior había...

—¿Sangre?

Nos agachamos con cuidado para no derribarla y, efectivamente, se trataba de un pequeño refrigerador. Dentro había varios frascos rellenos de una espesa sustancia roja, y cada uno estaba etiquetado con un número seguido de tres letras. Aquello me recordó los archivos de la lista de Thornhill. ¿Se correspondían entre ellos? ¿Por qué ni paraba de encontrarme con aquellas interminables combinaciones alfanuméricas por todas partes?

Junto a las muestras de sangre había otro frasco de plástico de color naranja, parecido al de los antibióticos que me recetaron una vez para la sinusitis. Me acerqué un poco más para leer lo que ponía en la etiqueta y, al ver el nombre del médico que me había hecho la receta, el corazón me dio un vuelco.

—Callie...

Callie hizo amargo de levantarse, pero al escuchar su nombre volvió a agacharse para ver lo que estaba señalando.

—Doctor Joy —leyó.

Nos quedamos en silencio, y luego Callie se giró hacia mí. Ni siquiera se molestó en apartarse el mechón de pelo que le había caído sobre los ojos.

—Esto es lo más asqueroso que he visto en mi vida —dijo—. Larguémonos de aquí.

Asentí y los dos atravesamos la puerta que conducía al cuarto de la limpieza. Tan rápido como pude, guardé la llave detrás de la foto y volví a colgar el marco en su sitio. No sé por qué, pero la sonrisa de autosuficiencia de Brittney Bragg me resultaba más aterradora. Me la imaginé bebiéndose la sangre de esos frascos (presentadora de la tele por el día y temible vampiro por la noche) hasta que Callie cerró el armario, liberándome de las inquietantes imágenes que habían acudido a mi mente. Entonces me dije que no tenía tiempo para esas tonterías. Me asomé a la ventana y vi a Nia escribiendo un mensaje a toda velocidad desde el iPhone de su hermano.

—Eh, Nia, estamos aquí —le susurré.

Pero Nia no dejó de teclear.

—Nia deja eso ya, no hace falta que nos escribas. ¡Estamos aquí! —dije al tiempo que abría la ventana y me asomaba con la caja en brazos.

—No te estoy escribiendo a ti —replicó sin mirarme.

—¿Ah, no? ¿Entonces a quién es?

—Enviar mensaje... enviar... enviar... —empezó a murmurar Nia, casi como si estuviera poseída.

—Oye Nia, no es por nada, ¡pero esto pesa! —le espeté, y por fin conseguí llamar su atención.

—Perdona —se disculpó y enseguida se acercó a coger la caja.

No pude evitar mostrar lo orgulloso que me sentía por el éxito de nuestra misión.

—¿Has visto qué bien lo hemos hecho? —le dije, sonriendo.

De fondo, escuché el motor de varios coches más que habían llegado a la residencia Bragg. Al parecer, nadie quería perderse la fiesta.

Sin dejar de teclear en el móvil de Cisco, Nia dijo:

—Venga, Hal, simplemente has recuperado lo que nunca deberías haber perdido.

Vale, definitivamente tendría que haberme ahorrado el comentario.

—*Touché*. Quedamos en la puerta dentro de cinco minutos —añadí, y volví a meterme en el cuarto de la lavadora.

—Si veis que hay mucha gente y ni me encontráis, reuníos conmigo en la esquina —dijo Nia, justo antes de salir pitando de ahí.

¿De qué estaba hablando? Tampoco había participado tanta gente en la obra como para que no pudiéramos encontrarla. En cualquier caso, le hice un gesto con la cabeza y cerré la ventana.

Cuando me di la vuelta, Callie seguía con la foto en la mano, aquella en la que salían Brittney y su madre.

—No me digas que no debería llevármela —dijo al notar que la estaba mirando.

Eso, sin lugar a dudas, sería lo último que le habría dicho. Si mi madre hubiera desaparecido, me quedaría con todo lo que me recordase a ella sin presármelo dos veces.

—Nunca te diría algo así —le puse una mano en el hombro, y los dos volvimos a contemplar la foto de aquellas dos niñas sonrientes.

—¿Puedo contarte algo?

Su voz sonaba tan débil y temblorosa que me dio la impresión de que estaba haciendo un esfuerzo terrible para no echarse a llorar. Callie prosiguió sin esperar mi respuesta.

—Esta semana ha hecho bastante calor, así que ayer subí al desván para coger algunas prendas de verano...

Al pensar que Callie tenía que hacer eso, sentí una inmensa pena en el corazón. Dos veces al año, mi madre decide de repente que ya es hora de cambiar la ropa para la nueva temporada y se pasa un vertiginoso fin de semana revolviendo los armarios, guardando parte de la ropa en bolsas y lavando la otra parte que, según ella, «huele a armario». Lo siguiente que sé es que, como por arte de magia, los jerséis de mis cajones se han transformado en camisetas, y los vaqueros, en pantalones cortos.

Si mamá desapareciera, ¿quién se encargaría de hacerlo?

—Cuando abrí el baúl donde guardo mis camisetas, encontré un... — Callie hizo un gesto con las manos para señalar algo que se extendía sobre la superficie—. ¿Conoces esas estrellas que se pegan en el techo para formar constelaciones? ¿Esas que brillan en la oscuridad?

Asentí con la cabeza. Cornelia tenía unas cuantas en su cuarto. Teniendo en cuenta que fue mi madre quien las puso, y que sus nociones de astronomía se limitaban a decir lo bonitas que son las estrellas, no estaba muy seguro de que formaran constelaciones propiamente dichas, pero vamos, que entendía lo que Callie quería decirme.

—Bueno, pues... mi madre las había utilizado para hacer un mapa estelar. Es un mapa que te dice dónde están las estrellas en un momento y en un lugar determinado.

Asentí nuevamente y ella prosiguió:

—Pues bien, el mapa estelar del baúl corresponde al cielo de Orion en primavera y... —Callie se sorbió la nariz antes de continuar—. Al principio pensé que podría ser una especie de broma para cuando tuviera que sacar la ropa de verano. Pero después de todo lo que ha pasado —extendió los brazos y supe que se refería a Amanda, a Thornhill, a la desaparición de su madre, a la caja...—, he llegado a pensar que quizá se trate de un mensaje. Que hay algo ahí que debería ser capaz de descifrar. Ya sé que parece una locura, pero...

Le aparté el pelo de la cara. Afuera, los coches se pitaban unos a otros, y el sonido de los cláxones se filtró a través de la ventana. Me di cuenta

que Callie tenía las mejillas bañadas en lágrimas, y se las sequé con suavidad. Ojalá hubiera podido hacer algo más...

—Tu madre volverá, Callie. Seguro que está bien y pronto volverá a casa, ya lo verás.

Entonces ella se estremeció y se enjuagó la otra mejilla con el reverso de la mano.

—Lo sé —dijo, asintiendo enérgicamente con la cabeza—. Lo sé —volvió a decir, esbozando una sonrisa triste antes de añadir—: Es solo que le echo mucho de menos.

Ahora me tocó a mí asentir. Pasados unos segundos, el tono de voz de Callie volvió a la normalidad, y supe que no estaba fingiendo. Se sentía mucho mejor después de haber soltado todo lo que llevaba dentro.

—Bueno creo que ya va siendo hora de que nos vayamos de aquí, ¿no te parece? —dijo.

El murmullo de voces se hacía cada vez más fuerte.

—Parece que la fiesta está siendo todo un éxito. ¡Vaya marcha que lleva la gente! —comenté.

Callie se adelantó y cruzó la habitación. Cuando llegué a su lado, me dio un suave codazo.

—¡Ey! ¿Te puedes creer que hemos conseguido colarnos aquí sin que nos pillen?

Lo dijo con una sonrisita pícaro, y tuve la sensación que de buena parte de su satisfacción se debía a que habíamos robado la caja de Amanda nada menos que de la casa de Heidi Bragg.

—Somos unas máquinas —coincidí.

Callie abrió la puerta y la brillante luz del pasillo bañó el cuarto de la lavadora, cegándonos durante un momento.

Cuando por fin recuperé la visión, me encontré cara a cara con Heidi Bragg y el resto de las Chicas I.

Capítulo 21



Transcrito por Darkiel

Corregido por KumikoBuzo

—¿Se puede saber qué estabais haciendo ahí dentro? — preguntó Heidi.

Le temblaba la voz, no sé si por furia o por miedo.

—Apuesto a que se estaban enrollando —dijo una chica de pelo oscuro.

No era la misma que se empapó la camiseta con los refrescos, sino otra. Nos miraba como si fuéramos un chicle asqueroso que se le hubiera pegado al zapato.

—No creo que ninguno de esos dos sepa lo que es un beso con lengua —replicó Lexa Booker, que también no lanzó una mirada de odio.

Lexa iba conmigo a clase de Biología, pero no tenía ni idea de que fuera una Chica I. ¿Habría empezado a llamarse «Lexi»?

—Os he hecho una pregunta. ¿Qué estabais haciendo ahí? —repitió Heidi.

En ese momento pasaron un par de estudiantes a los que no conocía. Eran mayores que nosotros y ni siquiera me sonaba que hubiesen participado en la obra.

—Ey, tío —dijo uno de ellos a otro chaval que estaba al otro lado del pasillo—. ¿Qué hay?

A lo lejos se escuchó el sonido del timbre de la puerta.

—¿Qué pasa, Heidi. ¿Es que hay algo ahí dentro que no quieres que encontremos? —le respondió Callie, desafiante, con los puños apretados.

El timbre volvió a sonar. ¿Acaso nadie pensaba abrir?

Justo entonces, pasó otro grupito de gente llamando a voces a alguien para que los siguieran.

—Estáis pirados, ¿lo sabéis? —gritó Heidi—. Y esa amiguita vuestra también está pirada, y la única razón por la que pensáis que es tan especial... ¡es porque estáis todos pirados!

El rostro de Heidi se encendió de rabia, hasta el punto de resultar casi irreconocible.

—No, Heidi, resulta que Nia sí que es especial —dijo Callie—. Aquí la única pirada que no tiene nada de especial... eres tú.

El comentario de Callie enfureció tanto a Heidi que pensó que iba a tirarse al suelo a patear de un momento a otro. Y eso que tampoco era para tanto: había oído insultos peores. Muchos de ellos, de boca de la propia Heidi.

—Te arrepentirás de esto, Callie —dijo Heidi, cada vez más enfadada.

Para entonces, el pasillo se había llenado de gente. Nos habíamos ido desplazando poco a poco hacia la pared contraria, a medida que pasaban más y más chicos entre nosotros, ajenos a la escenita que se estaba montando.

—¿Pero quién es toda esta gente? —preguntó la Chica I que se había derramado los refrescos encima.

No obstante, Heidi seguía concentrada en odiarnos con todas sus fuerzas.

—Decidme de una vez lo que estabais haciendo ahí dentro.

—Oye, tranquilízate, que solo es un cuarto de la limpieza —dije, asomando entre un gigantesco grupo de chicas que se abría paso a empujones—. ¿Qué pasa? ¿Te da vergüenza que veamos tus braguitas sucias o qué?

—Hal Bennett, eres un maldito...

Pero la última parte de su frase quedó en el aire, porque Callie y yo nos fuimos pitando de allí, aprovechando que el enorme grupo de chicas que abarrotaba el pasillo nos separaba de Heidi y compañía.

Cuando salimos al jardín, aquello parecía una batalla campal. Durante el rato que había pasado desde nuestra llegada, los alrededores se había llenado con decenas de coches y una interminable riada humana se encaminaba en dirección a la casa de los Bragg. Entre tanta gente, reconocí a varios compañeros de Endeavor, pero también había chicos

que llevaban chaquetas de Harrison, el instituto pijo que hay al otro lado de la ciudad. Me pregunté cómo terminaría una fiesta con alumnos de dos institutos rivales.

Pues mal. No hacía falta ser un experto en psicología adolescente para conocer la única respuesta posible a esa pregunta.

Cogí a Callie de la mano y la arrastré hasta el rincón donde nos esperaría Nia, contento de que hubiera escogido un lugar de reunión alejado de lo que a simple vista terminaría siendo el fiestón más gordo en la historia de Orion.

Cuando la encontramos, me sorprendió muchísimo ver que seguía afanada en escribir mensajes con el iPhone de su hermano.

—¿Qué estás haciendo? —inquirí—. ¿A quién estás escribiendo?

Nia levantó la cabeza y me miró con cara de saber bien lo que hacía.

—A todo el mundo —respondió, bajando la vista a la pantalla del móvil—. Bueno, yo no, en realidad —añadió, y me clavó los ojos, esta vez con una sonrisa pícar—. Sino Cisco.

De pronto, empecé a comprender por qué la fiesta de una obra de teatro escolar estaba tan concurrida.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Callie.

Nia escribió una última cosa y se guardó el iPhone de su hermano en el bolso. Después nos dirigió su mejor sonrisa de niña buena.

—¿Es que no habéis recibido ningún mensaje?

Callie y yo intercambiamos una mirada y después consultamos nuestros móviles. Me di cuenta de tenía un mensaje nuevo en la bandeja de entrada.

FIESTA N CSA D LS BRAGG, TÍOS.

OS VEO ALLÍ! CISCO.

—¿Sabéis qué hay de malo en tener un hermano que es el tío más popular de su clase? —preguntó Nia

Callie y yo nos quedamos mirándola, expectantes.



—Nada —añadió riéndose—. Esperadme aquí un momento. Tengo que devolverle el móvil a Cisco.

Capítulo 22



Transcrito por upsybetzy

Corregido por Coni

Cuando Nia regresó, la seguimos sin rechistar. Pero cuando llevábamos ya caminando un rato en silencio, Callie se paró en seco.

—Oye, Nia, ¿adónde vamos? —preguntó.

—A tu casa —respondió tranquilamente, como si a esas horas de la noche fuera lo más normal del mundo—. Y cambiando de tema, ¿habéis visto cómo brillan todos los trastos de la casa de Bragg? ¿Es que bañan los muebles en purpurina o qué?

Callie no se había movido del sitio.

—Mira, sé que mi padre no es precisamente el padre del año, pero fijo que se mosquea si nos ve aparecer de repente con esto —señaló la caja con la barbilla, porque había insistido en llevarla ella—. Y más si le pedimos un soplete para intentar abrirla.

—Tu padre no está en casa —respondió Nia, que había seguido andando y estaba varios metros por delante de nosotros, así que aceleramos el paso para alcanzarla.

—¿Y cómo estás tan segura de eso? —preguntó Callie, jadiando ligeramente por la carrera.

Pasamos junto a la caseta del portero de la urbanización, que nos saludó con un gesto amistoso. Suspiré de alivio al ver que nos dejaba salir sin sacar una ametralladora automática y obligarnos a tumbarnos en el suelo hasta que llegase el jefe Bragg.

Nia le devolvió el saludo con una sonrisa y finalmente cruzamos la calle hacia Willow Avenue.

—Nia, en serio, ¿cómo sabes que mi padre no está en casa? —insistió Callie cuando ya estábamos a una distancia prudencial de la casa de Haidi.

Íbamos caminando a la par, y al mirar a Nia me di cuenta de que tenía una sonrisa de satisfacción en el rostro.

—He conseguido que mi madre le invitara a cenar con ellos esta noche. Sabía que necesitaríamos un lugar tranquilo para poder echarle un vistazo a la caja. Además, mis padres son colombianos, por lo que sus cenas suelen alargarse hasta tarde.

—¡Es verdad, estaban hablando cuando nos fuimos! —exclamó Callie.

Hice un ademán de coger la caja, pero me dijo que no hacía falta, así que seguimos caminando en silencio un rato más. No podía creer que Nia hubiera pensado en todos los detalles. Mientras yo me preocupaba de si seríamos capaces o no de encontrar la caja de Amanda, ella había estado planeando adónde iríamos para ver su contenido.

Cuándo pasamos junto a una farola, Nia consultó su llamativo reloj.

—Cisco nos recogerá a Hal y a mí a medianoche. Eso nos deja un margen de algo más de una hora.

Asentí. ¿Habría algo en lo que no hubiera pensado?

Seguimos andando callados hasta que finalmente Nia preguntó:

—Hal, ¿Por qué dijiste que era peligroso que estuviéramos juntos? —aunque lo dijo en voz baja, la calle estaba tan tranquila que el eco de sus palabras resonó por todo el lugar.

Inspiré profundamente. Había llegado el momento de sincerarse.

—Tengo que contaros algo... —empecé a decir.

Y a medida que caminábamos, mientras el barrio de las afueras iba dejando paso a la campiña que rodeaba la casa de Callie, les relaté mi encuentro con Frieda y su advertencia de que el doctor Joy había «caído en sus manos». Pensé que las chicas se pondrían furiosas al enterarse que me había ido a ver a Frieda sin decirles nada, pero lo cierto es que me dejaron hablar y no me interrumpieron hasta que llegué a la parte en que Frieda dijo que era peligroso que estuviéramos juntos.

—¡Dios mío!

—Sí, créeme, sé cómo te sientes —coincidí.

Alcanzamos la carretera de Crab Apple justo cuando terminé de contarles mi relato. La noche era fresca, pero andábamos tan deprisa que había empezando a sudar, así que me desabroché la cazadora.

—Puede que Amanda no supiera que era peligroso que estuviéramos juntos —apuntó Callie—. Quizás deberíamos tomarnos en serio la advertencia de Frieda.

—¿Qué? —resopló Nia—. ¿Estás diciendo que deberíamos separarnos solo porque lo diga esa tal Frieda?

Callie negó con la cabeza.

—No, no solo por eso. Es solo que... La inscripción del reloj choca completamente con lo que nos dijo Frieda. ¿Y si Amanda no sabía toda la historia?

Nos acercábamos a la entrada de la casa de Callie. La luz del porche nos guiaba como si fuera un faro.

Esta vez, era yo el que estaba desacuerdo.

—Yo creo que Amanda sí que lo sabía. Estoy seguro. Creo que sabía que podríamos asustarnos y separarnos, y quiso asegurarse de que eso no ocurriera.

De pronto, la pieza de puzle que suponía el regalo de Amanda se colocó en su lugar, con tanta certeza que incluso podía oír en mi cabeza el chasquido al encajar, cual llave que abre una cerradura. Y aquella certeza me hizo pararme seco.

—Por eso me dio un reloj.

Las chicas estaban a unos pasos por delante de mí, en el porche de la casa. Entonces Nia retrocedió hasta el camino de entrada, donde yo me había quedado inmóvil.

—¿Para mirar la hora? —preguntó.

Me quedé con la mirada perdida y tardé un rato en reaccionar.

—No, para que mirásemos por nosotros —pensé en todos los misteriosos personajes de los que había hablado Frieda—. Y para que mirásemos a nuestro alrededor y nos cuidásemos los unos a los otros.

—Cuidarnos los unos a los otros —repitió Callie en voz baja.

Nos quedamos callados durante un rato, asimilando las últimas palabras de Callie.

—Bueno, ya basta de ponerse tiernos —dijo Nia—. Venga, tenemos trabajo que hacer.

Cogió la caja de manos de Callie y se tambaleó ligeramente al sentir su peso.

—Oye, Callie, ¿has estado haciendo ejercicio en secreto o qué? Esto pesa un montón.

—¿Qué? —preguntó Callie, distraída, mientras abría la puerta delantera, que aparentemente no estaba cerrada con llave—. Ah, sí, supongo...

Nia y yo seguimos al interior. Mientras cruzábamos el umbral, me pregunté cómo sería su casa. Aquella noche, su padre no parecía tener tan mal aspecto como durante los últimos meses, cuando andaba por la ciudad sucio, con barba de varios días y con pinta de no haberse cambiado de ropa en una buena temporada. ¿Se notaría eso en su casa, o seguiría siendo como cuando Callie y yo éramos amigos antes de comenzar la secundaria?

Resultó que el interior parecía completamente normal. Callie entró al salón y le hizo un gesto a Nia para que dejase la caja sobre la mesita. Después se encaminó hacia el otro lado de la estancia, encendiendo las luces a su paso, y desapareció al pasar bajo un arco. Me fijé en un puñado de sillas colocadas en círculo en torno a un espacio en el que, supuestamente, tendría que estar la mesa de comedor. Cuando Callie regresó con unos vasos de agua y una bolsa de patatas, no dijo nada sobre la mesa desaparecida, y yo tampoco lo mencioné.

Después, y como si no hubiéramos puesto de acuerdo, los tres nos sentamos en el suelo, en lugar de utilizar las sillas.

La superficie de madera de la caja resplandecía bajo la tenue luz del salón de Callie; cada pieza de color turquesa brillaba como si fuera una estrella. Me quedé mirándola fijamente, y pensé que nadie, jamás, volvería arrebatárnosla. Sentí como si me hubiera quitado un enorme peso de encima.

—Bueno, pues ahora solo tenemos que abrirla —comentó Nia.

—¿No dijiste que tenía unos botones? —le pregunté a Callie.

—Así es, aunque estén bien escondidos —nos explicó.

Cerró los ojos y empezó a palpar lentamente la superficie de madera.

—Aquí hay uno —dijo abriendo los ojos.

A continuación, cogió la mano de Nia y la colocó sobre el lugar al que se refería.

—¡Es cierto! —exclamé.

Entonces Callie me agarró la mano y pasó mi dedo índice sobre el mismo sitio. Al principio no sentí nada, hasta que noté un botoncito perfectamente encajado en el diseño de la caja. Estaba tan bien camuflado que, cuando moví el dedo sin querer, me costó bastante volver a encontrarlo. Los tres nos pusimos en cuclillas y nos inclinamos sobre la caja, casi pegando la nariz a su superficie. Tardamos un rato en distinguir con la mirada lo que había palpado nuestros dedos.

—¡Es un ojo! —exclamó finalmente Nia.

—¿Cómo dices?

Nia inclinó un poco la caja para que la luz incidiera directamente sobre el punto que quería señalarnos.

—¿Veis? Es una especie de... lagarto.

El nombre de aquel animal me trajo algo a la mente, pero no sabía muy bien el qué. Mientras Callie trazaba la silueta de la criatura con el dedo, de pronto caí en la cuenta de lo que era.

—¡El coche! —exclamé—. ¡Los dibujos del coche!

Sin perder un segundo, me metí la mano en el bolsillo y saqué el móvil. Empecé a buscar entre las fotos que tenía guardadas hasta que apareció la que le hice al coche de Thornhill antes de que lo limpiásemos.

—¡Mirad! —les mostré la pantalla.

—Dios mío —murmuró Nia.

El lagarto de la caja era una réplica exacta del que Amanda había dibujado en el coche. O viceversa.

—Aprieta el botón —dijo Callie.

Nia lo hizo. Nos quedamos esperando unos instantes, pero no ocurrió nada. Entonces Callie suspiró y me di cuenta de que yo también había estado conteniendo el aliento.

—Un momento —dije—. Si hay un lagarto, también tendrán que estar los demás animales: el oso, la lechuza y el puma —al nombrar cada uno de ellos, fui señalando a las chicas, y al final me señalé a mí.

—Y el coyote —dijo Nia, añadiendo el tótem de Amanda.

—Y el coyote —repetí.

—¿A qué estamos esperando? ¡Busquémoslos! —exclamó Callie.

Aquella tarea fue, literalmente, como buscar una aguja en un pajar. El diseño de la caja era un cruce continuo de líneas (tan finas que resultaban casi invisibles) que formaban hojas y complicados diseños abstractos, en lugar de los tótems que queríamos encontrar. Al principio nos mostramos reacios a pintarla, pero después de perder de vista el puma al poco rato de encontrarlo, acordamos utilizar el pintalabios de Nia para marcar con una X sonrosada cada botón que localizásemos. Cuando empezaba a pensar que no terminaríamos nunca, Callie iluminó con una lámpara de pie el último tótem de la lista: la lechuza. Me entraron ganas de levantar la cabeza y empezar a aullar como si fuese un puma de verdad. Y creo que lo habría hecho de no ser porque Nia me hizo volver a poner los pies en la tierra.

—¿Y qué hacemos ahora?

Me quedé mirando a las chicas. Habíamos llegado muy lejos. Sin duda tenía que haber un país de Oz al final de este camino de baldosas amarillas.

—A todo esto, ¿pensáis que ese puede ser el tótem de alguien? —preguntó Nia el lagarto.

—Podría. ¿Pero de quién? —añadió Callie, desconcertada.

Nia puso los ojos en blanco.

—Es evidente que no lo sé. Pero aquí están nuestros tótems y el de Amanda, así que es lógico pensar que el lagarto también es de alguien.

—No le demos más vueltas —intervine—. No sabemos de quién es; puede que sea de alguien a quien buscara Amanda y no consiguiera encontrar. Pero vamos, si estaba en el coche, tiene que ser importante.

Callie chasqueó los dedos.

—¡Tal vez sea la persona que le ayudó a pintar el coche! —exclamó—. ¡La que vimos en la grabación!

—¿Y qué sabemos nosotros de él? —gruñí.

—O de ella —corrigió Nia.

—Da igual. El caso es que, lo mires por donde lo mires, el lagarto es importante —coincidí.

Recuperando la confianza, Callie dijo:

—Vamos a pulsar los botones. Los cinco a la vez.

Nia se encogió ligeramente de hombros.

—La otra vez no ocurrió nada.

—La otra vez solo pulsamos uno —replicó Callie.

—Uno, cinco, ¿qué diferencia hay? —dijo Nia—. ¿Qué más da si apretamos todos a la vez o si lo hacemos de uno en uno? Callie me clavó los ojos antes de volver a mirar a Nia.

—Juntaos —dijo—. Ese era el mensaje: juntaos.

Dicho esto, colocó dos dedos sobre la caja, uno en cada uno de los tótems que le quedaban más cercas. Sin decir nada, Nia hizo lo mismo. Por mi parte, localicé el botón del último tótem que faltaba.

—A las tres —dijo Callie—. Una... dos... ¡Tres!

Apreté el botón con todas mis fuerzas, aunque en realidad no habría hecho falta. Nada más presionar el ojo del coyote, sentí como algo se desplazaba en el interior de la caja.

Con un chasquido casi imperceptible, se abrió un cajón, accionado por un resorte.

Capítulo 23



Transcrito por Virgie88

Corregido por Coni

Nia soltó un grito ahogado y a mí me empezaron a temblarme las manos. Nos quedamos inmóviles durante unos instantes hasta que Nia metió la mano en el cajón. Debía de haber como un centenar de hojas de papel, así que sacó un puñado primero y después volvió a introducir la mano para sacar varias más.

—¿Qué es? —preguntó Callie, ansiosa—. ¡Déjame ver!

—Tranqui —le espetó Nia.

Todavía quedaban unas cuantas en el cajón, pero las dejamos a un lado de momento y nos apiñamos en torno a Nia para ver los que tenía en la mano.

—Es un mapa —dije.

El papel que sostenía entre las manos era un mapa de carreteras normal y corriente. Mi madre tiene un montón de ellos en el coche. Seguí con la mirada una gruesa línea negra hasta llegar a...

—De Maryland —dije.

Y así era. Cuando Nia lo desplegó, comprobamos que era una guía de Rand McNally que cubría el espacio entre Virginia y Maryland. Examinamos cuidadosamente hasta el último centímetro del plano, pero no tenía ninguna marca significativa a excepción de lo que parecía una mancha de café en una esquina.

—Está bien, no pasa nada... veamos que más hay —dijo Callie, impaciente, igual que nosotros.

Nia dejó el mapa a un lado y empezamos a revisar el siguiente trozo de papel. Era un recorte de periódico de hacía cinco años dedicado a un tal doctor Cole Tobias, que desapareció sin dejar rastro de su hogar en Ann Arbor, Michigan, apenas unos días después de publicar un importante artículo sobre el cambio climático. Según ponía en la noticia, las autoridades habían concluido que no había indicios de delito.

—Callie —susurró Nia—, esto es igual que lo de tu...

—Sí, lo sé —la interrumpió con brusquedad.

Nia y yo nos quedamos mirándola.

—Lo siento —se disculpó.

—¿Os dice algo el nombre de Cole Tobias, de cuarenta y cinco años de edad? —preguntó Nia, revisando los datos del artículo.

Callie y yo negamos con la cabeza y Nia dejó el recorte junto con el mapa.

—Está bien, dos menos.

La siguiente hoja era la reseña de un libro titulado *El mapa del genoma humano*, escrito por una mujer llamada Maude Cooper.

—¡Un momento! —exclamé.

Maude Cooper... Maude Cooper... ¿De qué me sonaba ese nombre?

—¡La lista de Thornhill! —exclamé chasqueando los dedos.

—¿Qué? —preguntó Nia, alzando la cabeza del papel.

De pronto caí en la cuenta de que no les había contado que Cornelia había conseguido acceder al ordenador de Thornhill y que eso me había permitido revisar más detenidamente la lista de nombres, hasta que alguien nos cortó el acceso. Así que les hice un rápido resumen de lo que había visto.

—¿Amanda y Beatrice Rossiter eran amigas? —Las caras de Nia y Callie eran el vivo reflejo de la confusión.

—Lo sé, parece una locura —dije.

—¿Y estás seguro de que viste el nombre de Maude Cooper en la lista? —inquirió Nia.

—Segurísimo —respondí.

—¿Algún otro descubrimiento o secreto relevante que quieras compartir con nosotras, Hal Bennett? —preguntó Nia fulminándome con la mirada.

—Creo que no, eso es todo.

Nia sacudió la cabeza y volvió a centrar su atención en la pila de papeles.

—Necesitamos más espacio para ir separando las cosas de la caja que sean importantes.

—Pero si todas son importantes —replicó Callie, abrumada—. Solo porque no las entendamos, no quiere decir que no lo sean.

Nia abrió la boca para decir algo y, por la expresión de su rostro, pensé que iba a echarle una de sus broncas.

—¿Por qué no hacemos una pila de papeles aparte solo con los que nos digan algo? —me apresuré a proponer.

—Muy bien. ¿Y esto te dice algo? —preguntó Nia ondeando el artículo sobre el libro de Maude Cooper.

—Bueno, seguro que me dice algo más que eso —respondí señalando el mapa de Maryland que había sobre la mesita.

Nia le echó un vistazo a la pila de papeles que tenía en el regazo, después consultó la hora y finalmente soltó un gruñido.

—No podemos perder diez minutos con cada trozo de papel, o cuando llegue mi hermano no habremos revisado ni la cuarta parte.

Cogió un puñado de lo alto de la pila y se lo dio a Callie, después me dio otro fajo a mí. Sin abandonar nuestras incómodas posiciones sobre el suelo, nos pusimos a leer.

Lo primero que me tocó a mí fue otro mapa, esta vez de Los Ángeles. De nuevo, no había ni una sola anotación en todo el plano, así que lo coloqué sobre el artículo del doctor Cole Tobias y el mapa de Maryland, es decir, en la «pila de misterios importantes todavía sin resolver». El siguiente papel era otro recorte de periódico, esta vez una esquela. Un hombre llamado George Chang había muerto despeñado cuando hacía senderismo por la ruta de los Apalaches. Al parecer, el señor Chang había sido uno de los primeros inversores de Silicon Valley. Seguí revisando algunos datos sobre su trayectoria, pero no encontré nada relevante, así que lo dejé en la pila misteriosa.

—¡Callie escucha esto! —dijo Nia que empezó a leer en alto uno de sus papeles—. La doctora Ursula Leary, natural de Orion, ha recibido un premio honorífico del Instituto Nacional de Ciencia por su trabajo para localizar la galaxia Alpha Benton-554.

Callie se asombró por encima del hombro de Nia sin apartar los ojos del papel.

—Es del *Orion Herald* —me explicó Nia sin apartar los ojos del papel—. Y la noticia está rodeada con un círculo.

El artículo incluía una foto de la madre de Callie y hablaba de que la entrega había tenido lugar en Washington D.C. En la misma página había también un fragmento de otro artículo sobre la financiación de un refugio de animales. Pero dado que no estaba completo y que el círculo rojo solo sobresaltaba a la madre de Callie, estaba claro que Amanda no había guardado ese recorte porque estuviera interesada en la labor de la protectora de animales.

—Mi madre recibió ese premio dos años antes de que Amanda llegara a Orion —dijo Callie, y al levantar la mirada se cruzaron nuestros ojos—. ¿Por qué lo guardaría?

—Y además es un trozo de periódico, no una página impresa sacada del ordenador —recalcó Nia.

—¿Pero entonces Amanda leía el *Orion Herald* dos años antes de venir aquí? —pregunto Callie, incrédula.

—Eso parece —respondió Nia, dejando el recorte sobre el de Maude Cooper.

Me quedé mirando el montón de papeles que tenía entre las manos. En mi confusión, me llevó unos segundos concentrarme en las palabras, pero enseguida me di cuenta de que se trataba de un documento oficial con las palabras *Oficina Médica Forense* impresas en una gruesa tipografía en el encabezado. Era el certificado de defunción de una tal Annie Beckendorf.

—¡Un momento! Esta es la mujer del artículo que publicaron en la web, ¡la que murió atropellada! —exclamé de pronto.

—¿De qué estás hablando? —preguntaron las chicas al unísono.

—Ups... otro detalle que olvidé mencionar —respondí, compungido.

—¡Hal! —gritó Nia, y Callie me dio un puñetazo (bastante fuerte) en el brazo.

—¡Oye! Perdonad, pero ¿quiénes eran las que no me dirigían la palabra? — les recordé—. En cualquier caso no sabía que pudiera tener

importancia. ¿Sabéis los cientos de posts que se publican en la web todos los días? Y además, vosotras también podríais haberlo leído por vuestra cuenta.

Mientras me frotaba el brazo en la zona donde me había dado Callie, les hablé del artículo en cuestión que hablaba de una mujer que había fallecido atropellada en California.

—California —susurró Callie—. Las entradas del cine que encontramos eran de allí.

—Y también hay un mapa de los Ángeles —añadí señalando la pila de papeles misteriosos.

—Chicos —dijo Nia, con la mirada fija en uno de los papeles que tenía sobre el regazo—, escuchad esto.

Empezó a leer el texto en voz alta, pero era un documento cargado con tanta jerga legal que me costó comprender lo que quería decir.

—...por el presente documento se convierte en tutora legal de su hermana pequeña, menor de edad. Los derechos legales de Robin Beckendorf comprenden (sin quedar limitados únicamente a ello) escoger una escuela apropiada para dicha menor; emplear los fondos de las cuentas administradas por su madre, la fallecida Annie Beckendorf (referida, a partir de este momento por su nombre de pila, Annie), para todos los gastos que considere necesarios; la firma de cualquier formulario legal relacionado con dichos gastos o recursos escolares...

—No entiendo nada —interrumpió Callie—. ¿Quién es esa gente?

—Beckendorf —dijo Nia—. Es el apellido de la mujer que murió en el accidente de coche. Y también el de sus hijas.

—¿Serán amigas de Amanda? —pregunté—. ¿O tal vez parientes?

Me había acostumbrado a la idea de que Amanda estaba sola en el mundo, así que me costó bastante asimilar que de pronto aparecieran de la nada unos familiares suyos.

Nia y Callie se encogieron los hombros.

—Todo es posible —dijo finalmente Callie.

Volvimos a quedarnos en silencio, enfrascados en la lectura de los documentos. Me llevé una enorme sorpresa cuando vi que el siguiente

papel de pila era un sobre dirigido a Max y Annie Beckendorf, 451 Lilac Drive, Denver, CO, 56783. No venía la dirección del remitente. Dentro del sobre había una tarjeta con la imagen de una cigüeña que llevaba en el pico una sábana rosa con un bebé dentro. Abrí la carta y leí lo que ponía.

MIS QUERIDÍSIMOS ANNIE Y MAX,

FELICIDADES POR LA LLEGADA DE VUESTRO

NUEVO RETOÑO. LA NIÑA NO PODRÍA

HABER ESCOGIDO MEJOR A SUS PADRES.

UN FUERTE ABRAZO,

JOHN JOY

Tragué saliva y exclamé:

—¡El doctor Joy! ¡El doctor Joy le escribió una tarjeta a la tal Annie Beckendorf cuando nació su hija!

Les enseñé la tarjeta a las chicas, pero ninguna supo decir qué relación podrían tener con todo aquello. Cuando me la devolvieron, la dejé sobre la pila de cosas importantes y seguí revisando los papeles que me quedaban.

No supe qué hacer con una carta datada el cinco de septiembre de este año escolar, firmada por el señor Thornhill y enviada a los padres de los alumnos de Endeavor. La primera página era un calendario de partidos de fútbol; la segunda, una circular del instituto en la que se promovía la política de tolerancia cero en lo que respectaba al consumo de alcohol durante los eventos escolares, tanto dentro como fuera de las instalaciones de Endeavor. Al final de la página había escrito una palabra, y sin lugar a dudas era la letra de Amanda:

¿QUIZÁ?

¿Quizá que? ¿Por qué habría guardado esta carta de Thornhill, que fue escrita un mes antes de que llegara a Orion? ¿Y como la había conseguido? Según tenía entendido, cuando se envió esta carta, ella todavía no se había mudado a Orion. ¿Se la habría enseñado alguien cuando ya vivía aquí? ¿Tendría pensado utilizarla en un artículo para el Spirit?

Antes de que pudiera expresar en voz alta mi confusión, Callie gritó:

—¡Chicos, mirad esto!

Callie había encontrado una foto de Amanda con once o doce años, al lado de otra chica más mayor que tenía la cara parcialmente oculta por la visera de una gorra de béisbol. Amanda parecía una niña normal y corriente: no llevaba peinados ni trajes extraños, ni tampoco accesorios extravagantes. En cambio, llevaba unos vaqueros cortos y una camiseta roja con un texto escrito que no conseguí descifrar. Junto a ellas había una mujer que se tapaba los ojos para protegerse del sol.

De repente recordé que a mi madre le encantaba apuntar las flechas y los lugares en el reverso de nuestras fotos familiares.

—Dale la vuelta, a lo mejor pone algo.

Cuando Nia la giró, comprobamos que había un texto en el reverso de la foto.

Las chicas Beckendorf.

—Pero... —empezó a decir Callie.

Volvimos a girar la foto para mirar a las chicas. No había lugar a dudas: la niña que estaba en medio era Amanda. Lo cual significaba que...

—Dios mío —susurró Nia—. Hal, tenías razón.

—Amanda Valentino y esta niña que se apellida Beckendorf son la misma persona —susurró Callie.

—Y su madre, Annie, murió en ese accidente de coche —añadió Nia.

—Lo que significa —empecé a decir, con el corazón acelerado al recordar el artículo que había leído antes Nia— que tiene una hermana que se llama Robin.

—Que además es su tutora —finalizó Nia.

—¿Y qué pasa con su padre? —pregunté—. ¿Qué pasa con.. — recordé la tarjeta del doctor Joy— Max Beckendorf?

—Igual también ha muerto —dijo Callie.

—O ha desaparecido —comentó Nia.

Las chicas intercambiaron una mirada, pero ninguna conocía la respuesta.

Nia bajó la cabeza y cogió el siguiente papel de su pila: una tarjetita en la que ponía AMANDA en letras rojas y brillantes. Debajo del nombre, en un cuerpo más pequeño, se podía leer: «Aquella que debe ser amada».

Nia le dio una vuelta a la tarjeta. El reverso estaba en blanco, a excepción de una pequeña impresión que decía: LO QUE SIGNIFICA TU NOMBRE S.A.

—Amanda se cambió el nombre —musitó Nia sin soltar la tarjeta—. Lo escogió por lo que significaba. ¡Nada de lo que nos dijo era verdad! —añadió, resentida, al tiempo que lanzaba sobre la mesa la tarjeta, que se deslizó por la superficie de cristal hasta llegar al borde—. ¡Ni una sola palabra!

—Eso no es así —dije.

Nia se dio la vuelta para mirarme. Su rostro reflejaba lo traicionada que se sentía en esos momentos.

—Su madre está muerta, Hal, no de viaje por África ni lidiando con un divorcio. Está muerta. ¡Nos mintió! Ni siquiera fue capaz de decirnos su verdadero nombre —espetó.

Nia apartó con rabia los papeles que tenía sobre el regazo, como si el simple hecho de tocarlos le abrasara la piel. Intenté apaciguarla poniéndole una mano en el brazo. Callie no dijo nada, pero también parecía profundamente herida.

—Amanda hizo que nos juntáramos, y eso no es ninguna mentira —dije—. Es algo real y mucho más importante que el hecho de llamarse Hayes, Stone o Valentino.

Me di cuenta de que estaba apretando el brazo de Nia con demasiada fuerza, como si quisiera forzarla a creer mis palabras, así que la solté.

Nos quedamos en silencio mientras cada uno reflexionaba sobre lo absurdo que era defender a esa chica loca y mentirosa a la que tanto habíamos querido.

—Amanda está metida en un lío —dijo Callie—. En un lío muy serio, además. Eso tampoco es mentira.

Nia permaneció callada durante lo que pareció una eternidad, hasta que finalmente dijo:

—Sí, de eso no hay duda. Aquí está pasando algo gordo. Algo muy, pero muy gordo.

Pensé en el médico del hospital y en los nombre de la lista de Thornhill.

—Y de alguna manera, nosotros también estamos implicados.

Por su forma de hablar, supe que Nia ya había perdonado a Amanda por mentirnos sobre su nombre y su familia.

—Tenemos que publicar todo esto en la web. Es posible que la persona que colgó el artículo sobre su madre sepa algo más.

—Pero así también podrán verlo los que la están buscando, sean quienes sean. Tenemos que andar con cuidado. —dijo Callie.

—Ya veremos lo que podemos publicar y lo que no. De momento, no nos preocupemos por eso. Lo importante es encontrarla —añadí, intentando parecer más seguro de lo que me sentía en realidad.

¿Cómo podríamos encontrar a Amanda antes que las personas que la estaban buscando?

Tenían al jefe de la policía de su parte, a los médicos, a los guardias de los hospitales... todos los adultos en los que desde pequeños me habían enseñado a confiar estaban trabajando para esa gente siniestra y malvada que andaba detrás de Amanda.

Era una misión imposible.

Me sentí abrumado por lo que se nos venía encima, pero entonces sentí los dedos de Callie entrelazándose con los míos.

—Tenemos a Amanda —dijo, su voz casi un susurro, como si me hubiera leído el pensamiento—. Puede que ellos tengan muchas otras cosas de su parte pero nosotros la tenemos a ella. A ella y a nosotros mismos. Estamos juntos en esto.

En la mitad del silencio que sucedió a las palabras de Callie, se oyó el sonido de un claxon pitar dos veces.

Cisco ya había llegado.



Callie me apretó la mano y yo le devolví el apretón. Entonces Nia se unió a nosotros. Y mientras los tres nos abrazábamos, empezamos a entonar los versos de aquella canción de los Beatles que había vuelto a unirnos.

—*Come together*—dijo Nia.

—*Right now*—añadió Callie.

—*Over me*—dije yo.

—¡Juntos!—exclamamos al unísono.

Y aunque sabíamos que Cisco nos estaba esperando fuera, nos quedamos como estábamos, agarrados y en silencio, un ratito más.

Subido: 17 mayo 6:15pm

Hola, Amanda:

O «Querida Amanda», o «¿Qué tal, Amanda?», o lo que sea que se ponga al principio de las cartas.

Yo... bueno, sinceramente, no sé por dónde empezar. Quizás lo más fácil sea un simple, «¿Por qué?», o un «¿Dónde?», quién sabe. Bueno, quién sabe no, TÚ sabes. Tú lo sabes todo, ¿verdad?

¿Cómo te imagino? Por fuera, una persona cualquiera y singular a la vez. Alguien seguro, extravagante. Quizás con el pelo morado, aunque creo que en mi mente eres más como tirando a rubia. Seguramente podría cruzarme contigo un día, me quedaría mirándote y me asombraría; los calentadores hasta el muslo y la falda verde pistacho que podrías llevar jamás me los pondría, pero a ti te quedarían tan bien que me parecerías valiente después de un solo vistazo. Imagino que tienes unos grandes ojos castaños, de esos imperturbables que no cuentan lo que la mente maquina: es imposible leer tus pensamientos. Además, para mí, en mi mente, eres cuidadosa, meticulosa, concienzuda, metódica... y todos los sinónimos que se me vayan ocurriendo que hagan referencia a lo mismo.

Pero bueno, más o menos todo eso da un poco igual. La gran pregunta, la más importante, la que es inexplicable y no se explica sigue siendo «¿Por qué?». ¿Por qué todo esto? ¿Por qué ellos? ¿Por qué en Orion? ¿Por qué no viniste a mi pueblo, que es un aburrimiento y nunca pasa nada?!

Bueno, he mentido. En realidad la(s) gran (des) pregunta (s) es (son): ¿Dónde estas? ¿Y de dónde sales? Porque ese sí que es un misterio misterioso...

Sería genial poder conocerte. Aunque fuera solo por seis meses (aunque en realidad ese no es tiempo suficiente para poder conocer a nadie). Tenerte cerca sería una experiencia curiosa. No estaría mal.

Espero que logremos encontrarte, de verdad que lo espero, y mucho, mucho.

Un be... un salu... no mejor: espero llegar a conocerte, a secas.

Clarita.



NOMBRE EN PROYECTO AMANDA: Clarita

MIEMBRO DEL PROYECTO AMANDA DESDE: 7 de enero de 2011

Cree que Amanda es especial, y a veces ordena su habitación como una excusa para no hacer sus deberes.

Sobre la Autora...

Melissa Kantor



Escritora americana, **Melissa Kantor** es conocida por sus novelas dedicadas a jóvenes adultos.

Su obra más conocida a nivel internacional es su serie de novelas **Proyecto Amanda**.



*Transcrito, corregido, y
diseñado en el blog...*

SWEET OBSESSION

<http://sweetobsession1.foroactivo.net/>

<http://sweetobsession1.blogspot.com/>